



Forjar un cuarto propio

Aproximaciones autoetnográficas a las lecturas
de infancia y adolescencia

Vanina Papalini
Coordinadora





**Universidad
Nacional
Villa María**

Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo A. Podestá"
Repositorio Institucional

Forjar un cuarto propio

aproximaciones autoetnográficas a las lecturas de infancia y
adolescencia

Año
2016

Autores

Papalini, Vanina; Martínez, Alejandra; Silva, Carlos; Gil Juárez,
Adriana y Feliú i Samuel-Lajeunesse, Joel

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

Papalini, V., Martínez, A., Silva, C., Gil Juárez, A. y Feliú i Samuel-Lajeunesse, J. (2016). *Forjar un cuarto propio : aproximaciones autoetnográficas a las lecturas de infancia y adolescencia*. Eduvim.

http://biblio.unvm.edu.ar/opac_css/index.php?lvl=cmspage&pageid=9&id_notice=38943



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

FORJAR UN CUARTO PROPIO
APROXIMACIONES AUTOETNOGRÁFICAS A LAS LECTURAS DE
INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Papalini, Vanina Andrea

Forjar un cuarto propio: aproximaciones autoetnográficas a las lecturas de infancia y adolescencia / Vanina Andrea Papalini; contribuciones de Alejandra Martínez... [et al.].- 1a ed. - Villa María: Eduvim, 2016.

204 p.; 198 x 139 mm.- (Poliedros)

ISBN 978-987-699-343-2

1. Lectura. 2. Lectores. 3. Sociología. I. Martínez, Alejandra, colab. II. Título.

CDD 301

©2016

Editorial Universitaria Villa María

©2016 Papalini, Vanina

Chile 253 – (5900) Villa María,

Córdoba, Argentina

Tel.: +54 (353) 4539145

www.eduvim.com.ar



Editora: Ingrid Salinas Rovasio

Diseño de tapa y maquetación: Silvina Gribaudo



Obra bajo Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

CC BY-NC-ND

Esta licencia permite a Ud. sólo descargar la obra y compartirlas con otros usuarios siempre y cuando se indique el crédito de autor y editorial. No puede ser cambiada de forma alguna ni utilizarse con fines comerciales.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por EDUVIM incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

Forjar un cuarto propio
Aproximaciones autoetnográficas a las lecturas de
infancia y adolescencia

Vanina Papalini
Coordinadora

Con la colaboración de
Alejandra Martínez
Carlos Silva
Adriana Gil Juárez
Joel Feliú i Samuel-Lajeunesse

Índice

Agradecimientos	11
Introducción	13
1. Sobre la lectura como experiencia, como práctica y como herramienta	27
<i>Vanina Papalini</i>	
2. El libro que voy siendo	55
<i>Carlos Silva</i>	
3. De cómo dejé de ser mi otra posibilidad	95
<i>Adriana Gil-Juárez</i>	
4. Literatura infantil y juvenil: fragmentos de una infancia	129
<i>Joel Feliu i Samuel-Lajeunesse</i>	
5. Coros y variaciones en torno a tres historias	157
<i>Vanina Papalini</i>	
6. Indagar e indagarse: reflexiones sobre autoetnografía	181
<i>Alejandra Martínez</i>	

*A Toto, a quien los libros sirvieron fielmente
frente al dolor y al amor.*

*A Ciro, que vuelve maravillosamente resonante
cada palabra.*

Agradecimientos

A Adriana y Joel, por su inteligencia y amistad, y a Carlos, presencia constante a la distancia, que además de su expresiva escritura aportó generosamente su tiempo y sus siempre lúcidos comentarios. Gracias a los tres por los fragmentos de sus vidas que compartieron con nosotros y por el valor de desplegar los acontecimientos que guardan las memorias íntimas.

A Alejandra, compañera indubitable. Casi sin darnos cuenta se tejió entre ambas un tapiz donde vidas y obras se entrelazan dibujando figuras maravillosas. Agradezco su serenidad para escucharme hasta el hartazgo en largas sesiones de café, su capacidad de buen timonel tanto frente a la ocasional fortuna como a los más frecuentes infortunios de nuestros planes. Su valor desinteresado para seguirme en proyectos poco ortodoxos merece más que estas palabras sinceras.

Agradezco a los numerosos lectores y lectoras que entrevisté, en especial a Lucky y a Carlos: sus historias me obligaron a revisar todo lo que creía saber. Le doy gracias también a Valeria Rizo, que me acompañó en muchas entrevistas y etnografías, compartiendo sus ideas e impresiones conmigo.

Un muy especial agradecimiento a editorial EDUVIM. No muchos editores son tan generosos y audaces intelectualmente como Carlos Gazzera. El libro es de él tanto como nuestro, porque no hay ideas que circulen si nadie se atreve a publicarlas.

Agradezco también al universo de afectos que me acompaña; sin ese motor fundamental escribir sería una penosa batalla librada

contra la soledad. A Germán, Malén y Esteban y a Toto, que rara vez puede escapar a la tarea de ser el lector obligado de mis páginas.

Iba a escribir mi propia autoetnografía y no lo hice, un poco por el pudor de no atiborrar estas páginas con mi propia voz, otro poco porque no había quien analizara mi escrito como yo hice con los de los otros autores. Hasta que decidí no escribirla, recopilé notas y revisé mis lecturas. Mis primeros libros “serios” fueron tomados de la biblioteca de mi mamá; rememoro con amor las tapas viejas de color castaño y con ilustración a cuatro tintas de *La Ilíada* y *La Odisea*, las revistas *Femirama* de mi abuela donde encontraba extractos de las grandes obras de la literatura universal, la fundamental colección Robin Hood y los libros de Billiken que mi hermana acopiaba. Tengo el recuerdo indeleble de *Juan Salvador Gaviota* tomado de los anaqueles de mi tía y de algunas revistas y *best-sellers* de mi tío, acarreados sin permiso. Mi familia siempre respetó esa pasión por la lectura aunque les resultara un poco rara. Creo que fue así porque mi mamá, maestra, no daba lugar a ninguna crítica sobre una práctica que valoraba altamente. Probablemente eso me habilitó a pedir los tres tomos de *La guerra y la paz* en versión español y francés como regalo de 15 años, o a suscribirme al Círculo de Lectores a los 17. Con el tiempo, aprendí que los libros pueden ser puentes que nos lleven más allá, o parapetos tras los que nos escudemos.

Dedico esta obra a los lectores y las lectoras, con profundo respeto.

Introducción

La libertad intelectual depende de cosas materiales.

VIRGINIA WOOLF, *Una habitación propia*.¹

En *Una habitación propia*, Virginia Woolf describe magistralmente distintas escenas de lectura: no se piensa ni se escribe igual si se cena una sopa desabrida que perdices en salsas exquisitas; no se actúa ni se siente ni se conversa del mismo modo en un amplio salón bien iluminado con sofás y un hogar chisporroteante que en una austera sala de uso común con una mesa y sillas como único mobiliario. No se lee igual en una biblioteca que en un salón familiar, ni es la misma acción aquella lectura que requiere ocultarse, que esa otra que nos granjea un premio o un comentario aprobatorio. La “habitación propia” se refiere literalmente a lo que significan las determinaciones materiales, pero también, metafóricamente, dice algo sobre lo que la lectura es: una práctica instalada en un mundo en el que vivimos con otros, pero que tiene, no por la sola obra sino en el juego entre la lectura, sus condiciones y el lector –eso que llamo la “máquina lectora”–, la capacidad de crear para nosotros otro universo, tal como una bicicleta accionada por nuestros músculos es capaz de llevarnos lejos de casa, en una dirección que quizá sea sólo una oscura intuición cardinal y no un recorrido específicamente planificado.

¹ WOOLF, V., *Una habitación propia*, Trad. Laura Pujol, 2ª edición, 4ª reimpresión, Barcelona, Seix Barral, 2008, pág. 76. [1929]

Nada más alejado de mi perspectiva que la creencia metafísica en un espíritu humano y en su libertad incondicionada. Somos cuerpo, un cuerpo afectado y capaz de afectar, cuerpo-potencia magmática, cuerpo poroso y enigmático. Es porque somos esta materialidad flexible y capaz de recrearse que podemos forjar una habitación propia, una habitación que existe dentro de una casa. Esa morada pertenece a un poblado, a una región, a un país: a un vasto espacio que habitamos con otros. Forjar una habitación propia es, en definitiva, pensar la lectura como práctica social, práctica material y práctica poética, pero fundamentalmente como práctica encarnada en un agente concreto: el lector.

¿Qué es un libro? ¿Qué es leer?

Parece una obviedad determinar qué es un libro: su presencia ubicua forma parte de nuestras culturas letradas desde hace casi cinco siglos, si tomamos como la definición la que propuso la Unesco en 1964, según la cual un libro es “una publicación impresa no periódica que consta como mínimo de 49 páginas, sin contar las de la cubierta”² Es ésta una determinación pragmática de una claridad meridiana, útil sobre todo a propósitos estadísticos, pero que dice poco de las múltiples tramas que se condensan en este objeto. ¿Una descripción actual puede descartar su pasado? Al definir al libro a través de ciertas características materiales del presente, se prescinde de –y en algún sentido, se oblitera– su larga historia: existieron libros antes de la imprenta, libros manuscritos, escritos en rollos, grabados en tablillas de arcilla o madera e inclusive, libros imaginarios y libros no escritos, guardados por las memorias colectivas durante siglos.

Hay, sin dudas, otras maneras de definirlo, como ésta por ejemplo: “Artículo de lujo o de masas, objeto de arte o instrumento de

² DELAVENAY, É., “Por el libro. La UNESCO y su programa”, París, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1974, pág. 6. [en línea]. Dirección URL: <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001378/137836so.pdf> [Consulta: 7 de octubre de 2012].

información, lo que caracteriza al libro es su destino: ser leído.”³ En esta acepción, la “esencia” del libro está fuera de él, se cumple en su destinatario. Así, los libros no leídos no existirían como tales hasta ser descubiertos. Examinando el enunciado un poco más, se puede extraer también una definición de “lector”, concebido como “aquel que lee”. Este aserto no es “obviamente cierto”, sino más bien restrictivo. Si existe una “literatura oral”, la noción de lector debería incluir a aquel que *escucha* una lectura: no es condición saber leer para ingresar al mundo del libro. Digo entonces que *leer es participar de una lectura*; la práctica así concebida no se reduce a comprender las letras organizadas en un texto.

Cuando aún no hemos aprendido a leer, alguien nos lee; así, *conocemos los libros aún antes de entender la letra escrita*. Nos familiarizamos con ellos a diferentes edades y, de manera más o menos obligatoria, cuando comenzamos la alfabetización temprana. Si la relación iniciada en la infancia germina, puede que continúe, constante o intermitentemente, toda la vida. Para quienes se alfabetizan tardíamente, el libro –un bien más de esos que pueblan el mundo cotidiano– es un enigma, un obstáculo, un objeto de deseo o de odio, un fetiche oscuro, aun antes de ser el soporte de un texto. Los imaginarios en torno al libro, que lo acompañan y preceden, se modulan en relación con las épocas, las condiciones sociales y las experiencias biográficas.

Entiendo a los libros como un tipo de producto que resulta de un conjunto de prácticas entretrejidas con sus contextos sociales e históricos.⁴ Como acontece con toda la producción cultural, son bienes de un tipo especial, puesto que conjugan un valor simbólico con un valor económico.⁵ La mercancía literaria, resultado de acciones sociales, procedimientos técnicos y materiales concretos, se intercambia en un mercado organizado como tal, es decir que se

³ Ibídem, pág. 9.

⁴ CHARTIER, R., “Historia del libro e historia de la lectura”, *El mundo como representación*, Trad. Claudia Ferrari, 3ª reimpression, Barcelona, Gedisa, 1996, pág. 105-162.

⁵ THOMPSON, J., *Los media y la modernidad*, Trad. Jordi Colobrans Delgado, 1ª edición, Barcelona, Paidós, 1998.

ajusta a requerimientos de demanda y oferta, a las regulaciones de las transacciones comerciales y a las estrategias de promoción de las ventas.⁶ Esta definición no agrega nada demasiado novedoso, pero recuerda a quienes prefieren los análisis estéticos, que el libro puede, o no, ser una obra literaria de gran calidad artística: normalmente es una mercancía más, un objeto más, un instrumento más, de los muchos que pueblan el mundo social concreto. Al menos por ahora, porque justamente en este momento, su materialidad, la “sustancia papel” en la que se apoya la escritura, está en plena transformación.⁷

No es una banalidad considerar la materia, la forma, la pragmática que un libro en papel propone. O al menos, no es más banal que atender al cuerpo humano. Cuando nos pensamos materia, conocemos nuestros límites: el cuerpo que somos posibilita innumerables movimientos, mientras que otros, como extender los brazos y volar, nos están vedados. El cuerpo se ajusta al libro, materia contra materia, en posiciones determinadas, exigidas por la relación, en ciertos espacios, bajo una necesaria luminosidad, conformando una máquina lectora. Podemos ver estas máquinas enlazadas en conjuntos mayores, grandes grupos de máquinas lectoras ubicadas en ámbitos específicos. Estos agregados exigen y determinan arquitecturas de objetos y hasta de edificios completos: escuelas, bibliotecas, salas de estudio, oficinas. Cabe imaginar que, si la materia del libro cambia, algunos enseres y construcciones a los que estamos habituados cambiarán o se convertirán gradualmente en museos, sitios de culto para nostálgicos, solares aptos para el ejercicio de prácticas en desuso.

⁶ RAMA, C., *La economía de las industrias culturales*, 1ª edición, Buenos Aires, Eudeba, 2003.

⁷ DARNTON, R., *Las razones del libro*, Trad. Roger García Lenberg, 1ª edición, Madrid, Trama, 2010; RONCAGLIA, G., *La cuarta revolución. Seis lecciones sobre el futuro del libro*, Trad. Javier Folco, Villa María, Eduvim, 2012.

Intenciones y puntos de partida

La intención de este libro es revisar nuestra manera de concebir la lectura a la luz de un conjunto de trayectorias que muestran otro cariz de la práctica. Michel Picard propone un enfoque parecido a este que propugno: trata la literatura como juego. Al hacerlo, confronta una doble idealización; la literaria, por un lado, y la del juego, por otro. Si leer, en una de las seis acepciones que recoge, es un “arte”, el juego por su lado es “sagrado” y gratuito. Bajo esta óptica, juegos menudos como la lotería, o profesionalizados como el deporte, no entrarían en la clasificación; el primer caso por su trivialidad, el segundo, por el nivel de formalización y la economía del espectáculo deportivo. Y sin embargo, ni uno ni otro dejan de ser juegos. Se trata de romper la mistificación que opera desde el interior mismo del concepto. Algo semejante ocurre con la lectura: asociar la lectura con un juego implica romper una metafísica y desasirse de los sistemas científicos.⁸

Si bien el intento de instilar savia nueva en este tema de larga trayectoria no es en absoluto original, no parece aún logrado: un conjunto de supuestos y nociones reificadas que abrevan en un imaginario ilustrado se cuelan muy frecuentemente en estudios y análisis que se proponen interpretaciones más comprensivas, malogrando sus mejores propósitos. Mis sospechas recaen sobre todo en las *metodologías* de las que se nutren los estudios de la lectura; de allí la perspectiva que asume este libro, que subraya la dimensión de la investigación misma y las técnicas con las que se construyen los datos. La formación que reciben los estudiosos que provienen de las letras los educa en una sensibilidad y un *ethos* que malentiende, y a veces se horroriza, de lo que ocurre en el polo de la recepción. Aun cuando en ocasiones se intenta trabajar el tema de la lectura desde esta instancia, la orientación dominante tiende a desatender la literatura “menor”, consumida mayoritariamente, y las prácticas profanas. El solo uso del término “recepción” necesita pasar exa-

⁸ PICARD, M., *La lecture comme jeu*, 1ª edición, París, Éditions de Minuit, 1986.

men: la lectura es *otra cosa* que una acogida de quien llega a nuestro encuentro; se trata de una situación muy diferente a la evocada por la imagen del novio que espera la llegada de su amada al altar de la perfecta comunión espiritual.

Un ejemplo de buenos propósitos y dudosos resultados que ilustra este tipo de enfoques es el libro *Reading Cultures*, de Molly Travis, el cual se plantea el objetivo de comprender la construcción de los lectores en el siglo xx. En la introducción, Travis repasa las perspectivas sobre la lectura, diferenciándose tanto de la estética de la recepción como de los estudios culturales por su “distancia real” con los lectores concretos. Tras ubicarse en línea filiatoria con estudios empíricos como el de Janice Radway, *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Literature* y asumiéndose en sintonía con los enfoques postestructuralistas (Barthes y Deleuze especialmente), enfrenta su problema de investigación... ¡sin lectores! El primer capítulo, anunciado como “empírico”, se basa en documentos, fuentes de prensa y consideraciones letradas aparecidas entre 1920 y 1930, alusivas a la masificación de la lectura; sobre todo, aquellas referentes a la lectura femenina. Los demás capítulos son aún menos empíricos y tienen como horizonte general la reconstrucción de las condiciones históricas de lectura de novelas específicas, que considera emblemáticas de las diferentes etapas, volviendo una y otra vez sobre las obras.⁹ Este ejemplo, que no es el único ni el peor, muestra la colisión entre las intenciones y las realizaciones efectivas. El nudo del asunto, según creo entrever, se ubica en la perspectiva humanístico-artística (y no social) que ostentan los investigadores e investigadoras de las letras que “saltan a la recepción”. Sin duda este salto es bienvenido puesto que es un área un poco descuidada que reclama urgente atención. Pero quizá requiera el desarrollo de algunas competencias de investigación diferentes, las de quienes acostumbran a tratar con lectores empíricos, concretos, reales.

Por otro lado, las entradas que provienen de la sociología o la antropología no siempre cultivan la delicadeza que requiere el trabajo

⁹ TRAVIS, M., *Reading Cultures. The Construction of Readers in the Twentieth Century*, Carbondale (Illinois), Southern Illinois University Press, 1998.

relativo a la lectura. Los libros suelen ser tomados en montón, como un número global o como un objeto cotidiano más, sin diferenciar ni especificar las obras o los modos de lectura. La categoría de “poco lector” o “gran lector”, por ejemplo, se refiere a la cantidad de libros que un sujeto declara haber leído en un año.¹⁰ Vale decir que un moroso lector de *La guerra y la paz* o *Don Quijote*, que con extremo cuidado se introdujo en los laberintos de las obras durante un año completo, ingresaría en el primer grupo, ya que se considera “poco lector” a quien ha leído menos de nueve libros al año. No tenemos, hasta ahora, la posibilidad de cualificar la práctica de la lectura. No hay una clasificación tal que incluya categorías como “buen lector”, “lector profundo” o “lector imaginativo”. Haciéndonos eco de la apelación de Bernard Lahire, podemos preguntar: “¿Podemos estudiar de manera racional una realidad tan íntima, tan personal, tan intangible como la lectura? ¿No se destruye la relación mágica que existe entre las obras y sus lectores tratándola como cualquier otro objeto de estudio? ¿Podemos y debemos analizar y calcular lo inmaterial, el amor?”¹¹

La teoría de Pierre Bourdieu, usada abusivamente en las entradas sociológicas, refuerza el esquematismo de los abordajes. Según la aplicación de sus diagramas conceptuales, los agentes acumulan “capitales”... una hipótesis indemostrable o confusamente verificable para hablar de la lectura, que es una práctica que tiene mucho de gratuito y arbitrario y donde la presunción de “valor” no es siempre intersubjetiva. Sólo hay posibilidades de acumular capital cuando se habla de la dimensión social de la lectura, es decir, de su faceta objetiva. Lahire, interrogando la teoría bourdieana, plantea numerosas críticas, señalando, por ejemplo, que no todo contexto es un

¹⁰ Véase BAHLOUL, J., *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los “poco lectores”*, Trad. Alberto Cue, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2002 y DONNAT, O., “Encuestas sobre el comportamiento de lectura. Cuestiones de método”, en LAHIRE, B. (comp.), *Sociología de la lectura*, Trad. Hilda H. García, 1ª edición, Barcelona, Gedisa, 2004, pág. 59-84.

¹¹ LAHIRE, B. (comp.), “Introducción”, *Sociología de la lectura*, Trad. Hilda H. García, 1ª edición, Barcelona, Gedisa, 2004, pág. 9.

“campo”.¹² El propio Lahire desarrolla una aproximación al problema que se esfuerza por proteger las dimensiones íntimas, sensibles y sutiles de la lectura, manteniendo una mirada de la dimensión social que retenga la posibilidad de trazar tipologías situadas y especificadas en relación con los contextos.

Travis señala agudamente que el problema de la lectura, tal como es abordado generalmente, parece ser el determinar quién detenta la capacidad de “agencia”: el lector individual, la clase social, la comunidad interpretativa o la obra, que modela a su lector.¹³ Los problemas de cuál sea la determinación última han dado lugar a numerosos enfoques. Transitando un puente que acerca las posiciones, Umberto Eco, de la mano de la pragmática, abre una puerta a la inclusión de lo social en el terreno de la interpretación.¹⁴ Quizá a este enfoque le falte animarse al diálogo con el lector empírico, no obstante, el cruce entre ambas perspectivas se está produciendo paulatinamente. Nuevas investigaciones intentan tramar complementariedades y una fragmentaria pero rica producción se orienta a analizar la lectura desde la interdisciplinariedad, bajo la premisa de lograr la integración de perspectivas, incluyendo las trayectorias de lectura y los saberes literarios en el marco de las historias de vida.¹⁵

¹² Sobre la discusión de perspectivas, pueden consultarse ARCE, M.; BALERDI, S.; BOIX, O. (et al.), “Debates bibliográficos para el estudio sociológico de los objetos y prácticas del mundo literario”, VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, 2012.

¹³ TRAVIS, M., *Reading Cultures. The Construction of Readers in the Twentieth Century*, op. cit., pág. 5-6.

¹⁴ ECO, U., *Los límites de la interpretación*, Trad. Helena Lozano, 2ª edición, Barcelona, Lumen, 1998.

¹⁵ Las investigaciones de Judith Kalman, por ejemplo, siempre van acompañadas por valiosas reflexiones: KALMAN, J., “El acceso a la cultura escrita: la participación social y la apropiación de conocimientos en eventos cotidianos de lectura y escritura, Revista Mexicana de Investigación Educativa, nº 17, enero-abril 2003, pág. 37-66. También Fernández, M., “Un axolotl con un hombre adentro. Saberes literarios de sujetos considerados no lectores”, en AA.VV., *Lecturas sobre lecturas*, México, CONACULTA, 2006. Puede también consultarse un libro que integra las voces de los lectores: Peroni, M., *Historia de lectura*, Trad. de Diana Luz Sánchez, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

De la entrevista a la autoetnografía

Este libro intenta sumar otro aporte en esa misma dirección; está constituido sobre un largo trabajo de campo basado en una doble convicción: por un lado, necesitamos técnicas de investigación diferentes para captar –empíricamente– la sutileza de los procesos de los que se trata; por otro, es imperioso confrontar las conjeturas teóricas con las voces de los lectores reales para derribar nuestros propios prejuicios. Luego de un período en el cual realicé entrevistas extensas a lectores y lectoras de diversas nacionalidades, edades, gustos y niveles socioeconómicos, obtuve un conjunto de constataciones que forzaron la revisión de la metodología empleada.

En primer lugar, la clasificación de los lectores según los géneros literarios que transitan regularmente resultó claramente inútil y engañosa (todos leemos múltiples literaturas). En segundo lugar, se hizo evidente la gravitación de las mediaciones y las interacciones en las biografías lectoras: la marca indeleble que dejan ciertas lecturas no sólo tiene que ver con la obra sino con la persona que proporcionó el libro, la voz que lo sugirió o el momento en el que la obra se combinó con el lector. Finalmente, las reverberaciones de los libros leídos no se cristalizan de una vez y para siempre; por el contrario, sus elementos se catalizan en varias ocasiones durante el tiempo de una vida. Ecos que resuenan distinto, al amalgamarse con paisajes sonoros diferentes.

En las entrevistas realizadas durante mi trabajo de campo, pude recopilar algunas narraciones de experiencias relevantes, pero muchas veces el entrevistado y la entrevistada recordaban “después”, cuando revisaban su biblioteca o volvían sobre viejos papeles. La memoria ejercida voluntariamente necesita tiempo para recuperar los fragmentos del pasado. Pero además, los senderos de la subjetividad no se muestran abiertamente, son picadas imprecisas a las que hay que seguirles la pista en un bosque espeso. Quien lo conoce bien encuentra la huella del sentido un poco a tientas, pero no es fácilmente trasladable a una conversación que sigue el despliegue

secuencial, lineal, del tiempo; exige intimidad y una objetivación cuidadosa que pueda ir y venir.

Con estos problemas en mente, se me ocurrió apelar a la técnica de la autoetnografía. Conozco a muchas personas, investigadores reflexivos acostumbrados a tratar consigo mismos, para quienes la lectura tiene una significación crucial. Conformé este primer grupo de participantes con dos investigadores y una investigadora de edades similares y distintas nacionalidades: Carlos Silva, Adriana Gil-Juárez y Joel Feliú. Aunque el punto de llegada es semejante –los tres son profesores universitarios–, el punto de partida en términos sociales, culturales y económicos es bastante diferente. Me obsesaron estos textos asombrosos que calan profundamente en las cualidades evanescentes, a veces inefables, de la lectura.

Si bien los tres son relatos autobiográficos, es discutible si son o no son autoetnografías y cuál es su valor. Esto confirmó la necesidad de reforzar la reflexión metodológica. Me decidí entonces a complementar estos relatos con algunas líneas más de análisis y cursé una cuarta invitación, en este caso a una perspicaz investigadora cualitativa especializada en metodologías. El capítulo preparado por Alejandra Martínez confronta las opiniones de distintos científicos sociales sobre las posibilidades y los riesgos de las autoetnografías. Martínez, además, analiza qué aporta como herramienta de investigación y cuán útil podría resultar para quienes se animen a usarla. Por último, evalúa el uso de esta técnica nada sencilla en los textos brindados por los investigadores invitados.

Por mi parte, ofrezco una entrada que trata de cuestionar algunos de los supuestos más sedimentados en los estudios de la lectura, suspendiendo al mismo tiempo todo juicio sobre las obras y los lectores. Expongo algunas nociones teóricas tentativas de cuño propio –todavía en corrección– a la luz de las cuales pueden leerse los capítulos biográficos. Proporciono también algunos otros datos del contexto de las biografías de lectura narradas que permiten contrastar mejor los casos y para finalizar resumo algunos de los

interrogantes y reflexiones que surgen de la asociación heterogénea de registros que compone este volumen.

Asumo una posición materialista, pensando el libro como objeto, atendiendo a la trama de relaciones por donde circula, anclando los fragmentos biográficos en su contexto. Este enfoque es claramente interpretativista pero al mismo tiempo –y aunque parezca paradójico- antihumanista, bajo inspiraciones deleuzianas y latourianas. El antihumanismo funciona como antídoto ante la suposición fácil de que la condición humana es siempre y completamente la misma. El principio de la comprensión empática es poco exigente y estimula la pereza intelectual; rehúye el desafío que supone la interpelación del otro.

Del recorrido que está aquí planteado resulta... casi nada concluyente. Una cosecha dispar de fragmentos de una teoría en construcción, impresiones, interrogantes, estímulos, enigmas, sugerencias. Algunas ideas, pocas respuestas, ninguna receta.

Una última nota: desde hace mucho tiempo persigo la relación compleja entre subjetividad y objetividad: ese interés está aquí plasmado, sin duda alguna, aunque no sea abordado de manera directa. Probablemente ésa sea la razón por la que me volqué hacia estudios de la lectura con adultos, pues ellos pueden dar cuenta de las inflexiones de un devenir, atado pero no determinado por las condiciones de existencia, con grados de fuga y recreación siempre relativos pero aproximadamente reales.

Bibliografía citada

ARCE, María Eray; BALERDI, Soledad; BOIX, Ornela (et al.), “Debates bibliográficos para el estudio sociológico de los objetos y prácticas del mundo literario”, VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, 2012.

BAHLOUL, Joëlle, *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los “poco lectores”*, Traducción de Alberto Cue, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

BARTHES, Roland, *El placer del texto y Lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*, Traducción de Nicolás Rosa (“El placer del texto”, 14ª edición) y Oscar Terán (“Lección inaugural”, 11ª edición) México, Siglo XXI editores, 2000.

CHARTIER, Roger, *El mundo como representación*, Traducción de Claudia Ferrari, 3ª reimpresión, Barcelona, Gedisa, 1996.

DARNTON, Robert, *Las razones del libro*, Traducción de Roger García Lenberg, 1ª edición, Madrid, Trama, 2010.

DELAVERNAY, Émile, “Por el libro. La UNESCO y su programa”, París, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1974. [en línea]. Dirección URL: <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001378/137836so.pdf>. [Consulta: 7 de octubre de 2012].

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *Rizoma: Introducción*, Traducción de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta, 2ª edición, Valencia, Pre-textos, 1997.

DONNAT, Olivier, “Encuestas sobre el comportamiento de lectura. Cuestiones de método”, en LAHIRE, Bernard (comp.), *Sociología de la lectura*, Traducción de Hilda H. García, 1ª edición, Barcelona, Gedisa, 2004, pág. 59-84.

ECO, Umberto, *Los límites de la interpretación*, Traducción de Helena Lozano, 2ª edición, Barcelona, Lumen, 1998.

FERNÁNDEZ, Mirta, “Un axolotl con un hombre adentro. Saberes literarios de sujetos considerados no lectores”, en AA.VV., *Lecturas sobre lecturas*, México, CONACULTA, 2006.

KALMAN, Judith, “El acceso a la cultura escrita: la participación social y la apropiación de conocimientos en eventos cotidianos de lectura y escritura”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, nº 17, enero-abril 2003, pág. 37-66.

LAHIRE, Bernard (comp.) “Introducción” y “Conclusión: del consumo cultural a las formas de la experiencia literaria”, *Sociología de la lectura*, Traducción de Hilda H. García, 1ª edición, Barcelona, Gedisa, 2004.

LATOUR, Bruno, *Reensamblar lo social*, Traducción de Gabriel Zadunaisky, 1ª edición, Buenos Aires, Manantial, 2008.

PICARD, Michel, *La lecture comme jeu*, 1ª edición, París, Éditions de Minuit, 1986.

PERONI, Michel, *Historias de lectura*. Traducción de Diana Luz Sánchez, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

RADWAY, Janice, *Reading the Romance*, 1ª edición, Carolina del Norte, The University of North Carolina Press, 1984.

RAMA, Claudio, *La economía de las industrias culturales*, 1ª edición, Buenos Aires: EUDEBA, 2003.

RONCAGLIA, Gino, *La cuarta revolución. Seis lecciones sobre el futuro del libro*, Traducción de Javier Folco, 1ª edición, Villa María, EDUVIM, 2012.

THOMPSON, John B., *Los media y la modernidad*, Traducción de Jordi Colobrans Delgado, 1ª edición, Barcelona, Paidós, 1998.

TRAVIS, Molly, *Reading Cultures. The Construction of Readers in the Twentieth Century*, Carbondale (Illinois), Southern Illinois University Press, 1998.

WOOLF, Virginia, *Una habitación propia*, Traducción de Laura Pujol, 2ª edición, 4ª reimpresión, Barcelona, Seix Barral, 2008. [1929]

1. Sobre la lectura como experiencia, como práctica y como herramienta

Vanina Papalini

La lectura como actividad cotidiana

Quizá porque se des-pliegan, porque abren una superficie que permanecía cerrada y secreta, los libros han sido tratados como “espacios” más que como objetos. Espacios en sí y espacios continentes de palabras, esa cifra humana que permite penetrar en órdenes no humanos y trascendentes. Sagrados y misteriosos, han sido concebidos como portales para comunicarse con divinidades angélicas o diabólicas, para habitar mundos mágicos o hechizar mundos reales. Pero no sólo de enigmas vivimos. Las lecturas son materia de nuestro hacer cotidiano y allí cumplen una función relevante.

Leemos para informarnos de lo que ocurre más allá del alcance de nuestros sentidos. Y también para movernos en nuestro mundo doméstico: leemos instructivos, prospectos y manuales de uso. Leemos con tribulación en vísperas de un examen. Leemos cartas, mensajes breves, *posts*, correos electrónicos y avisos pegados precariamente en una puerta o ventana; leer es imprescindible para comunicarnos y movernos en un mundo complejo. Leemos para entretenernos, o para dis-traernos: leemos para irnos de un lugar, o para permanecer. Leer puede ser un buen camuflaje para pensar en nada, o en todo. Puede ser un signo de distinción y una marca de identidad. Una

coartada o una estrategia de seducción. Leemos por curiosidad. Por azar. Por placer, o por obligación. Leemos por una recomendación -que puede errónea, y entonces leemos contrariados. Leemos algo impensado sólo porque alguien nos regaló un libro o nos mostró un artículo. Leemos para pasar el tiempo. Para transformarnos o para visitar el pasado. A veces nos sumergirnos en la experiencia de la lectura y a veces pasamos por el libro en diagonal, de apuro. Leemos libros, folletos, informes, publicidades, diarios, subtítulos, carteles, expedientes, notas. Leemos historietas, “pruebas escritas” a corregir, formularios, menús, tarjetas, grafitis pintados en las paredes o comentarios grabados en la puerta de los baños públicos.

Yo diría que, si pensamos en el leer, y no en la literatura, leemos mucho. Todos nosotros, habitantes de unas sociedades occidentales basadas en la palabra. Perdón: basadas en la palabra escrita. La que deja huella. La que nos merece confianza. Tal vez leemos excesivamente, porque no confiamos en lo que oímos, en lo que sentimos, en nuestra capacidad de orientación y en nuestra memoria. O en la ajena.

La lectura es una *práctica social*, entendiendo lo social como “un movimiento muy peculiar de reasociación y ensamblado”.¹ Como sugiere la definición, admite múltiples formas; tantas formas como relaciones sean posibles. Si la consideramos sólo como puerta de entrada a lo más excelso de la cultura, aprehenderemos una única dimensión de todo lo que supone esta práctica. La experiencia de lo sublime es una, entre otras posibles, vinculadas a la lectura. Metodológicamente, conviene suspender todo juicio de valor para acercarse a observar un abanico de variaciones igualmente valorables.

Comprendo a la lectura como una práctica *integral*. Abarca mucho más que la obra y aún más que el par obra-lector; abarca el contexto de relaciones por las cuales este encuentro se produce, el modo y las razones del acoplamiento, el conjunto de expectativas tejidas a su alrededor, el rito -cotidiano o cultural- en el que se integra y un largo número de condiciones sociales. La lectura no es

¹ LATOUR, B., *Reensamblar lo social*, Trad. Gabriel Zadunaisky, 1ª edición, Buenos Aires, Manantial, 2008, pág. 21.

(solamente) un acontecimiento estético o un hábito culto. No tiene por función “iluminar”, no puede por sí misma “generar conciencia”, ni conducir al saber derrotando a la ignorancia, ni producir más razón y menos tutelaje.

La lectura es un ensamblaje, en el sentido que Latour da a este término: como un plano de relación entre elementos heterogéneos humanos y no humanos, semióticos y psicológicos, actuales y virtuales. Lo que la lectura sea, depende de una serie de conjunciones, no de la acción humana considerada de manera aislada ni de los elementos tomados separadamente y como esencias irreductibles. En su dimensión objetiva, es una práctica cuyo agente no es sólo el sujeto que lee; se constituye algo como una “máquina lectora” integrada a circuitos más amplios, una articulación dinámica inscrita en un mundo en devenir.²

La lectura como circuito comunicacional

En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Max Weber instala una manera de comprender el capitalismo asociándolo a una transformación en las mentalidades, una “revolución cultural” que encuentra estímulo y se desarrolla en consonancia con la Reforma Protestante. Para Weber, el protestantismo en general, y el calvinismo especialmente, que anima a cada creyente a seguir su vocación y a realizarse económicamente, entrañan rasgos de la “individuación” característica del capitalismo. El proceso de individualización está prefigurado parcialmente en la promoción de una hermenéutica personal, y no institucional, de las Escrituras. El invento de Gutenberg fue particularmente útil para acabar con el monopolio de la lectura y la unicidad en la exégesis bíblica. Junto con esta técnica que facilitaba la reproducción, la traducción de la Biblia a las lenguas nacionales vulgares posibilitó que un número mayor de lectores leyera y, al leer, interpretara por sí mismo los textos.

² DELEUZE, G. y GUATTARI, F., *Rizoma: Introducción*, Trad. José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta, 2ª edición, Valencia, Pre-textos, 1997.

Esta configuración delineada por Weber perfila las mentalidades conjugadas con las prácticas tejidas en la revolución económica del capitalismo. Las tesis de Weber no significan que la Reforma haya sido “causa eficiente” del capitalismo. Ni causa eficiente, ni causa suficiente: se trata, según la perspectiva que propongo, de una configuración, un ensamblaje, en donde distintos componentes se conjugan para delinear una forma cultural, económica y social específica.

La relación entre la lectura, el libre albedrío y la individualización creciente del capitalismo que sugiere la obra de Weber han inspirado algunos otros estudios sobre la lectura, entre los cuales uno de los de mayor gravitación es *Oralidad y escritura*, de Walter Ong. En un recorrido histórico sobre las formas de la comunicación, Ong ha diferenciado las lecturas colectivas, en voz alta, de la lectura solitaria del libro impreso, puesto en circulación y al alcance de un número mayor de personas merced a su reproducción mecánica. Esta mayor accesibilidad de los libros allanó su apropiación individual y aislada. Al igual que Weber, Ong describe la trama compleja de transformación sociocultural en la cual el libro impreso cumple un lugar destacado, fortaleciendo los procesos de individualización y desarticulación de las prácticas comunitarias.

Pero quizá la genealogía requiera conocer algo más de las apropiaciones de los lectores para sacar conclusiones más completas. Una indagación microscópica, apegada a los escasos indicios de la vida cotidiana, como la que realiza Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, sigue la pista de las lecturas de un molinero del Friuli del siglo XVI, es decir apenas aparecida la imprenta. La investigación parece mostrar que aún entonces las lecturas se compartían y las opiniones e interpretaciones se cimentaban grupalmente.

Aunque generalmente se describa a la lectura como una práctica solitaria y personal,³ éstos son casos aislados: sólo el confinamiento

³ ROSENBLATT, L., *La literatura como exploración*, Trad. Victoria Schussheim, prólogo y revisión de la traducción de María Eugenia Dubois, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2002. [1938] Esta obra es pionera en los estudios de la lectura. Su perspectiva transaccional desecha la idea de las

obligado inhibe o dificulta el compartir. Hasta los monjes, o los reclusos, comentan con alguien o trasladan a una carta nociones, ideas o comentarios que provienen de sus lecturas. Cuando interrogamos a cualquier lector respecto de su adquisición de libros, inmediatamente surgen respuestas en las que gravitan otras presencias y otras voces: existen sugerencias o comentarios, préstamos o regalos; el título o el autor se mencionaron en una conversación, forman parte de un plan de estudios o de un material de lectura obligatoria.

Otros modos de llegada son menos directos e impersonales: el libro se exhibe en un estante y su tapa resulta llamativa, las solapas o las fajas manifiestan su éxito de ventas o su valía, se ofrece en un catálogo, se encuentra citado en una gacetilla, se anuncia su lanzamiento, se invita a su presentación o es mencionado en los medios masivos. Existe, por último, una tercera vía: el comentario especializado. La obra o el autor son objeto de reseñas y evaluaciones críticas, su éxito se registra en el ranking de libros de la temporada, reciben premios u homenajes. Voces autorizadas sugieren lecturas desde una cátedra o en un artículo de una revista, analizan un autor galardonado u opinan sobre la obra en su contratapa. Se establecen así tres modos de llegada de una lectura, tres órdenes de recomendación: interpersonal, comercial y experta.

Ubico a mitad de camino entre las referencias especializadas y los estímulos ligados a vínculos afectivos, a los circuitos o comunidades de aficionados y las “indicaciones calificadas” de personas a quienes se les reconoce un saber. La diferencia entre los expertos reconocidos y estos otros conocedores “amateurs” no radica en su formación o experticia sino en fuente de validación de sus saberes, que en el primer caso es pública, esto es, confirmada por instituciones, organizaciones o empresas y en el segundo es apenas un reconocimiento intersubjetivo –cuando no subjetivo– de pequeños núcleos. Los grupos de seguidores de un autor o un libro o un género literario,

interpretaciones comunes entre los lectores y enfatiza su carácter singular, personal: la lectura es un acontecimiento biográfico, una experiencia que eleva a los sujetos. De allí su defensa de la importancia de la literatura en la educación.

las comunidades virtuales, las cofradías que frecuentan cierta librería, cierta biblioteca o café, son comunidades interpretativas en su sentido clásico, espacios de circulación de información y de saberes compartidos no necesariamente convalidados socialmente, pero significativos para sus integrantes.

Las prácticas culturales generan a su alrededor comunidades. La interpretación de un libro o de las lecturas tiene más que ver con diálogos, comentarios en foros o comunidades de aficionados que con una reflexión ensimismada frente al texto –aunque ésta, sin duda, existe. Los públicos comparten matrices de interpretación y éstas, en composición dinámica, se nutren de múltiples fuentes.⁴ El circuito de la lectura es impulsado por numerosos participantes: los autores y las autoras, el sistema educativo, el mercado editorial, los propios participantes, el sistema de medios y las instituciones culturales, los cánones de reconocimiento y los mecanismos de otorgamiento de distinciones,⁵ prosiguiendo sus derivas más allá.

Existen más circuitos, aunque en ellos los lectores se confundan en el anonimato de un público indiferenciado: eventos, ferias, entrevistas difundidas por los medios. La industria cultural se retroalimenta y prolifera todo el tiempo, se renueva, cambia de soporte: del libro a la película, de la revista al libro, de la película a la serie televisiva, al juego y a los juguetes. Este último aspecto hace necesario introducir otra consideración; salvo, quizá, la edición artesanal o *underground*, el libro no es un objeto único sino una parte de una *multiplicidad integrada* que utiliza personajes, ejes argumentales y

⁴ PAPALINI, V. y RIZO, V., “Literatura de circulación masiva, de la producción a la recepción. El caso de los lectores de autoayuda”, *Cadernos de Linguagem e Sociedade*, vol. 13, nº 2, Universidad de Brasilia, diciembre 2012, pág. 117-142. Una parte importante del trabajo empírico que, aunque no aparece aquí reflejado, ha sido el fundamento de estas ideas, surge de la investigación sobre los lectores de autoayuda realizada con Valeria Rizo. Nuestras reiteradas etnografías en la Feria del Libro que anualmente se realiza en Buenos Aires, Argentina, nos ha proporcionado abundante material que, junto con las entrevistas personales, ha servido para construir nuestra perspectiva.

⁵ RAMÍREZ, A., “¿Por qué se venden los libros que se venden?”, en AA. vv., *Memoria del Congreso Internacional del Mundo del Libro 2009*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, pág. 301-313.

escenarios para reaprovecharlos en otras producciones culturales y productos comerciales.⁶

En resumen, el libro y las paraliteraturas participan de un universo simbólico, son objetos significantes, reabsorbidos en interpretaciones múltiples, y objetos culturales ubicuos, que se engarzan en rituales seculares y religiosos, prácticas específicas e inespecíficas. Pero estos objetos también son bienes intercambiables, que circulan en un mercado. En múltiples ocasiones el discurso especializado –que no reside exclusivamente en la academia– nutre los circuitos mercantiles. Las opiniones que preceden o acompañan la elección de un libro provienen de personas, grupos, instituciones, comercios o simplemente sistemas abstractos en quienes se confía o a quienes se les reconoce un saber.

La lectura, entonces, es una acción social inscrita en un circuito de intercambio y comunicación compuesto por distintos tipos de encadenamientos: personales e impersonales, legos y cultos, interesados y generosos. Es un punto de condensación, un anudamiento de tramas de relaciones sociales, mercantiles y culturales tal que sólo merced a una abstracción analítica centrada en el objeto puede ser reducida a una actividad “individual”. De aquí esta invitación a considerarla como una práctica social dinámica, pensándola bajo la perspectiva de los circuitos comunicacionales que consideran los encadenamientos de lecturas en relación con condiciones sociales. Las autoetnografías presentadas en los siguientes capítulos ayudarán a pensar estos ensamblajes que remiten a la dimensión objetiva de la práctica de lectura, y las apropiaciones singulares que se abisman sobre la dimensión subjetiva.

De alguna manera, el desarrollo de los argumentos precedentes prepara el terreno para dar una primera respuesta a la pregunta insignia de los estudios de la lectura, cualquiera sea la clave teórica que los funde: ¿quién detenta la primacía en cuanto a la interpretación? ¿El lector, el autor, la obra, la cultura, las instituciones sociales...?

⁶ Desarrollo más extensamente esta idea, a propósito de los mangas y animés, en *Anime. Mundos tecnológicos, animación japonesa e imaginario social*, 1ª edición, Buenos Aires, La Crujía, 2006, pág. 27-47.

En los postulados que ven al libro como vector de adoctrinamientos posibles, el poder de una lectura ha sido pensado como efecto de los horizontes de sentido,⁷ de la triple interacción entre autor, el texto y el lector con el mundo al que refieren,⁸ o como resistencia de los sectores subalternos;⁹ se ha disleído en las lecturas culturalistas más restringidas de las comunidades interpretativas,¹⁰ o subjetivado en las apropiaciones individuales de la estética de la recepción.¹¹ Mi propósito es esquivar el camino de la respuesta fija, de la relación estable, para pensar *agregaciones*, es decir de qué manera distintos haces de relaciones se ensamblan, se anudan, se engarzan en dispositivos que conforman máquinas complejas y variables, transitoriamente estables.

La contestación, entonces, sería: “depende”. No quisiera que se interprete esta respuesta como manera de evadir la pregunta: “depende” implica la necesidad de reconocer el ensamblaje que se pretende comprender, desbaratando cualquier presunción de “causas eficientes”. Vale decir que ninguna teoría general resulta completamente válida: es necesario atender a la especificidad de los procesos, utilizando un instrumental analítico del tipo de las “rejillas de especificación” definidas por Foucault,¹² que suponen un conjunto de conceptos capaces de captar la singularidad y comprenderla como caso particular de configuraciones más generales, clasificaciones amplias, diferenciaciones y agrupamientos, sin pretensión de exhaustividad ni universalidad.

⁷ La noción proviene directamente de la hermenéutica gadameriana. GADAMER, H., *Verdad y método*, Trad. Ana Agud de Aparicio y Rafael de Agapito, 7ª edición, Salamanca, Sígueme, 1997.

⁸ RICŒUR, P., *Tiempo y narración I*, Trad. Agustín Neira, 1ª edición, Madrid, Cristiandad, 1987.

⁹ HOGGART, Richard, *The uses of literacy*, 2ª edición, Londres, Transaction Publishers, 2000. El texto original data de 1957.

¹⁰ FISH, S., “Interpreting the ‘Variorum’”, *Critical Inquiry*, nº 3, Vol. 2, primavera de 1976, The University of Chicago Press, pág. 465-485.

¹¹ JAUSS, H., “El lector como instancia de una nueva historia de la literatura”, en MAYORAL, J. (ed.), *Estética de la recepción*, Trad. Adelino Álvarez, 1ª edición, Madrid, Arco/Libros, 1987.

¹² FOUCAULT, M., *La arqueología del saber*, Trad. Aurelio Garzón del Camino, 18ª edición, México, Siglo XXI, 1997.

La lectura es una práctica de valencias y tonalidades múltiples. Es una práctica social, es una herramienta y es una experiencia subjetiva.

La imagen del calidoscopio puede ayudar a comprender el sentido que quiero dar a esta concepción de la lectura. El calidoscopio es un instrumento construido mediante espejos ubicados simétricamente, que reflejan elementos ubicados entre ellos, dibujando formas bellas y móviles. Con un número determinado de cristales de colores, un calidoscopio puede producir numerosas combinaciones. Cuantos más elementos posea, más combinaciones son posibles. Ciertamente, los cristales, en número y color, nos son dados y habilitan un juego que no es “sin límite”, sin condicionamientos ni reglas de combinación. Como todo juego, exige participantes, normas, elementos y modos de acción con un margen de indeterminación o contingencia.

Al pensar la lectura bajo la analogía del calidoscopio intento destacar dos aspectos: en primer lugar, no podemos conocer estos elementos espejados *sino en el efecto de composición de las formas*, que se presentan como fruto de una asociación, como un enjambre, reverberando sobre las lunas montadas en el dispositivo. *No hay acceso a esos elementos sino a través del túnel de imágenes caprichosas*. Y estas imágenes no son fijas, *cambian*, según como gire el aparato cada usuario; cambian incluso para el mismo usuario, que gira de maneras diferentes en cada ocasión y produce secuencias de formas encadenadas de modos nuevos. Cada vez que leemos un texto producimos diferentes figuras, de la misma manera en que, ante una misma pregunta, cambia la narración de nuestra biografía, o la memoria de nuestro pasado, adquiriendo nuevas significaciones según va pasando la vida.

Es cierto que hay combinaciones típicas, lógicas de funcionamiento preponderantes, regularidades y un factor objetivo constituido por la estructura del calidoscopio, su número de espejos y de elementos. Llamaré “recepciones heterónomas” a estas configuraciones preferentes, las más usuales o previsibles, propiciadas por el

dispositivo. Éstas sin embargo no son obligatorias. Hay otro tipo de recepción que denomino “apropiaciones disidentes” que suponen otro tipo de interacción, otro funcionamiento de la máquina lectora. Pero antes de introducir más extensamente aspectos vinculados a la recepción, es necesario indicar algunas otras distinciones conceptuales.

Uso, recepción y apropiación

Las lecturas pueden ser objeto de diferentes aprovechamientos: pueden ser usadas, recibidas o apropiadas. Como señalé antes, la lectura forma parte de la vida cotidiana y puede servir a finalidades pragmáticas tales como aprender el funcionamiento de un aparato o encontrar una vivienda a partir de una dirección indicada en una nota. De eso se trata el uso: *de una aplicación práctica de la lectura*.

Mientras que los usos de la lectura no han concitado demasiada atención, sobre la recepción han abundado los aportes: desde los Estudios Culturales hasta la Escuela de Constanza,¹³ los debates se multiplican. La recepción tiene que ver con una finalidad inespecífica; se refiere al acceso al texto y a todas las operaciones cognitivas que supone su comprensión: se trata de un “logro hermenéutico”.¹⁴ En ese sentido, el uso se solapa con ella y puede entenderse como uno de los tipos de recepción: este objeto particular, el libro o el material leído, no se “utiliza” directamente, no tiene –originalmente– funciones prácticas asociadas, pero su uso supone, evidentemente, su comprensión. Puede haber recepción sin uso pero no uso sin

¹³ Resulta particularmente significativo considerar, dentro de los Estudios Culturales, la obra de Richard Hoggart ya citada y el fundamental artículo de Stuart Hall, “Encoding and Decoding”, en LOWE, A. y TILLIS, P. (eds.), *Culture, Media & Lenguaje*, 1ª edición, Londres, Hutchinson, 1980, pág. 128-138. Puede encontrarse una muy buena síntesis de las diferentes perspectivas en ACOSTA GÓMEZ, L., *El lector y la obra: Teoría de la recepción literaria*, 1ª edición, Madrid, Gredos, 1989.

¹⁴ THOMPSON, J., *Los media y la modernidad*, Trad. Jordi Colobrants Delgado, 1ª edición, Barcelona, Paidós, 1998. Thompon abreva tanto en los Estudios Culturales como en la doble hermenéutica de Anthony Giddens.

recepción. No obstante, el uso excede a la recepción en tanto implica una suerte de aplicación o transferencia; es una acción, es una intervención en el mundo que supone la integración significativa de la lectura en la vida cotidiana. Se trata, en este caso, de un logro habilidoso.

Sobre la recepción no insistiré pues la perspectiva de los Estudios Culturales es suficientemente completa y atiende cuidadosamente a los procesos que allí se ponen en juego. Muy sintéticamente, puede decirse que, desde la perspectiva culturalista, la recepción es una actividad, supone en primer lugar la comprensión del código lingüístico pero también la interpretación como acceso al sentido de la pieza leída, lo cual implica comprender tanto el texto como su contexto. Esta interpretación no es individual, retoma matrices de la cultura, de los grupos sociales de pertenencia y de los marcos experienciales en los que los lectores están inmersos. La obra no comunica “*per se*” sino que significa *algo* para *alguien* situado social e históricamente.

Existen algunos otros términos que expresan énfasis distintos de la instancia de recepción, tales como el de “frucción”, que destaca el goce suscitado por la recepción. Este término no agota los tipos de recepción posibles. El recurso a la lectura puede perseguir propósitos erótico-lúdicos (experimentales, estéticos, de entretenimiento) –y en este caso está plenamente justificado el uso del término “frucción”– pero también cumple funciones instrumentales: orientativas (informativas, prescriptivas) y prácticas (indicativas de una acción específica), o simplemente descriptivas. En relación a las modalidades de lectura, las referencias (las lecturas) son contingentes; estos tipos de aproximaciones diferentes –estos modos de funcionamiento maquínico– se definen en la instancia de la recepción. Es posible leer una novela como un tratado de cortejo amoroso, buscando en ella pautas para una eficaz seducción. En vez de encontrarnos frente a la frucción de un lector o lectora, encontramos una intencionalidad práctica que, probablemente, se transfiera posteriormente a acciones: la recepción dio paso al uso de la lectura.

Otro término asociado a la instancia de recepción es el de “consumo”, asociado a un enfoque muy vitoreado durante la década de los ‘90.¹⁵ La noción de consumo agrega un matiz demasiado utilitario, a mi gusto, para definir esta práctica. Es subsidiaria de la teoría de la elección racional, que postula que todos los sujetos se mueven persiguiendo un interés egoísta; buscan su propio beneficio y la satisfacción de sus necesidades.¹⁶ En relación a la lectura, esta perspectiva me suena por completo ajena: existe una incompatibilidad esencial entre el individualismo metodológico que funda esta perspectiva y el enfoque de circuitos que he expuesto. En las prácticas de lectura hay mucha contingencia (una lectura “aparece” ante la vista), mucho “antojo” (leemos porque sí, porque se nos dio la gana), mucho absurdo (leemos “para matar el tiempo”: vaya si esto es irracional y antieconómico), mucho placer y “gasto improductivo”.¹⁷ Leer a veces puede ser el modo de combatir la mentalidad capitalista y la lógica mercantil, y otras veces puede ser exactamente lo opuesto: el modo de convertirse en un líder eficaz, una profesional exitosa, una persona rica. Un último argumento sobre la inconveniencia del concepto: la noción de consumo supone que un producto se “gasta” o “agota”. Eso, evidentemente, no sucede con esta particular producción.

Agrego una tercera categoría, distinta a las de uso y recepción de las lecturas: la de apropiación.¹⁸ Podemos decir que la apropiación también intersecta con las otras categorías pues supone tanto una integración significativa a la vida del lector o la lectora como la

¹⁵ Néstor García Canclini se sumó a ese coro en GARCÍA CANCLINI, N., *Consumidores y ciudadanos*, México, Grijalbo, 1995.

¹⁶ ELSTER, J., *Explaining Social Behavior: More Nuts and Bolts for the Social Sciences*, 1ª edición, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

¹⁷ BATAILLE, G., *La parte maldita, precedida de La noción de gasto*, Epílogo, traducción y notas de Francisco Muñoz de Escalona, 1ª edición, Barcelona, Icaria, 1987.

¹⁸ Serge Proulx proporciona una diferenciación entre las nociones de uso, utilización y apropiación de tecnologías que adapté al caso de las lecturas. PROULX, S., “Las formes d’appropriation d’une culture numérique comme enjeu d’une société du savoir”, 2001. [en línea]. Dirección URL: http://www.ac-grenoble.fr/ien.bourgoinashnord/IMG/pdf_es_TUIC_Enjeux_et_modalites_de_mise_en_oeuvre.pdf. [Consulta: 16 de octubre de 2012].

recepción, que implica un ejercicio cognitivo y comprensivo de la lectura. Pero, diferencia de esta última, que puede pasar sin “dejar huella”; en la apropiación la lectura se abraza y se interioriza sumando una dimensión más: *un gesto creador hecho posible por o a partir de la lectura*. Se distingue del uso porque esta incorporación no se manifiesta en un acto objetivo; tiene un recorrido sinuoso, sutil, que se entrelaza en la subjetividad, se instala en un concierto de voces que nos habitan y nos constituyen, nos transforma y se transforma. Los devenires de la apropiación son, simplemente, emergencia de lo nuevo, perpetuo nacimiento y por ello, creación.

Existen algunos intentos de tipificar la apropiación que resultan mejor conocidos y por ello más claros. Hans Jauss, por ejemplo, proporciona una clasificación de los “tipos de identificación estética”.¹⁹ La identificación (ya sea asociativa, admirativa, *cathártica*, *sympathética* o irónica) es una de las formas de la apropiación por la cual uno (un yo, o un ideal de yo, o incluso un yo pulsional reprimido) se ve reflejado en los personajes o en la situación descrita: en la medida en que genera ecos interiores, la lectura moviliza y recrea la dimensión subjetiva. Simplifico un poco: me veo (como lo que soy, lo que quiero ser, o lo que oculto a mi conciencia pero está latente), me veo en un personaje, en una respuesta, en una situación, y al verme objetivado en la lectura, puedo percibir aspectos de mí mismo, descargar una emoción, compadecerme o tomar nota de lo que deseo.

La coincidencia entre apropiación e identificación es un poco problemática y yo diría que reductiva. Si bien es remarcable que Jauss haya abierto la puerta para pensar la relación entre lectura y procesos subjetivos, la concepción es un poco estocástica, adolece de cierta linealidad; significa básicamente que la obra, habilitando un momento de introspección, desencadena procesos subjetivos en el lector, en la forma de identificaciones positivas, el rechazo o la

¹⁹ Para acceder a un resumen, véase la tabla de los tipos de identificación estética propuesta por JAUSS, H., *Pequeña apología de la experiencia estética*, Trad. Daniel Innerarity, 1ª edición, Barcelona, Paidós, I.C.E./U.A.B., 2002, pág. 87-88. La edición original de este libro data de 1972.

contradicción, la insinuación y la sugerencia, el “descubrimiento” o el hallazgo: como una bola de billar que golpea a otra bola que a su vez cae por el hueco de la mesa.

Considero, como Proulx, que la apropiación describe un proceso subjetivo creativo y no simplemente proyectivo. Implica que la lectura se convierta en una *experiencia*, en el sentido de romper, cuestionar, transformar, completar: dejar huella. En el sentido batailleano, la experiencia es una apertura del sí mismo que supone la exposición a un riesgo; es una forma radical de compromiso.²⁰ Hay muchos modos de “jugar un juego”, para seguir con el paralelismo trazado por Picard. La apropiación no sucede en todas las lecturas. Es un tipo especial de ensamblaje que supone una *incrustación* y no sólo un acoplamiento. Así, entonces, la apropiación es el modo en que la lectura penetra, se cuela en la subjetividad,²¹ reformula –y es reformulada por– nuestras representaciones y, adquiriendo una nueva forma, se convierte en otra clave en relación con la cual interpretamos el mundo y a nosotros mismos.

Al “hacer algo propio”, lo transformamos y nos transforma. La apropiación no se efectúa en la forma de una interiorización simple sino que al interiorizarse, ocurre una *refracción*, como un haz de luz que atraviesa densidades diferentes. La apropiación es resultado de un proceso que supone la mixtura, la combinación, la selección, el cuestionamiento, la incomodidad. Implica desviaciones, desplazamientos, morigeraciones, acentuaciones en la lectura, que hace que nadie interprete exactamente lo mismo que otro. Este proceso de re-creación está asido a lo dado: la biografía, el conocimiento del código, el texto elegido y las pistas de interpretación que propone, la intertextualidad que se trama con él, la vivencia del mundo referido y la simetría con el propio, las opiniones compartidas, el estado emotivo en el que se efectúa la lectura, las evocaciones suscitadas,

²⁰ Para una profundización en la noción de “experiencia interior” de Bataille, véase JAY, M., *Cantos de experiencia*, Trad. Gabriela Ventureira, 1ª edición, Buenos Aires, Paidós, 2009, pág. 423-435.

²¹ PETIT, M., *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, Trad. Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

los fantasmas convocados y un inabarcable etcétera. A partir de allí, la combinación de los elementos produce una nueva figura –como proponía con la analogía del calidoscopio.

Hay un tipo de apropiación extrema que denomino “disidente”: es aquella en la cual lo que sucede no guarda casi ninguna relación con lo “esperable”. Es como si el usuario del calidoscopio lo desarmara y dispusiera las piezas una manera nueva. Las piezas siguen siendo las mismas pero el funcionamiento cambió. Doy un ejemplo de ello:

Mirá lo que estoy leyendo, porque es una cosa inaudita lo que estoy leyendo. Porque lo había empezado, me gustó, me gustó el libro porque es muy bueno, es como una cosa muy seria. Es un libro que se llama *La reinención de la física en la era de la emergencia*, que es de Robert Laughlin, que es uno que ganó el premio Nobel de Física, hace... no sé si es del 2005 este premio Nobel (...)

Y nosotras tenemos con S. ... un grupo que le llamamos de física cuántica, que es un poco un *aggiornamento* de todo esto de la *New Age*, de todos los libros de autoayuda, pero como dándole un respaldo más físico ¿no? (...)

Y bueno, ocurrió que en esta reunión había una que había sido docente (...) que dijo: “bueno, pero nosotros hemos visto una película, todo el mundo quedó muy impactado con esta película, pero -dice- hay que saber qué es la física cuántica”. Mínimamente, aunque sea que te lo expliquen así en un nivel fenomenológico más o menos ¿no cierto? Hay que saber qué es la física cuántica. (Vicky, 72 años, entrevistada en marzo de 2010.)

Vemos aquí que a partir de una secuencia de lecturas y películas de autoayuda, un conjunto de señoras jubiladas, de 70 años y más, se sienten motivadas a ponerse a estudiar física cuántica. Analizando este pequeño fragmento en términos de “ensamblajes”, encontramos un grupo de mujeres, en relación de amistad y compañerismo, con

tiempo disponible, con formación o práctica docente muchas de ellas, discutiendo una lectura, bajo el principio de no hablar “por boca de ganso”. La sinergia, el estímulo recíproco que se brindan las integrantes del grupo, poco tiene que ver con el prefijo “auto” de la “ayuda” que buscan. Desoyendo el contenido prescriptivo y místico (que, en principio, solicita de ellas la aceptación y creencia) de las lecturas que frecuentan, se disponen a “investigar” y estudiar. Finalmente, una lectura que apareció lateralmente, convocada por otras, en pleno espacio intertextual, se convierte en el foco de la atención, al punto que define de alguna manera la identidad del grupo que, *cum granum salis*, se autodenomina “de física cuántica”.

Además de observar el peculiar ensamblaje, Vicky y sus amigas muestran un ejemplo de una “apropiación disidente”. Los libros de autoayuda desencadenaron procesos muy lejanos a aquellos esperables. Casos como éste son raros, al menos en nuestra experiencia de campo. La refracción responde en líneas generales a la lógica del dispositivo, no obstante, en tanto requiere de sujetos singulares, configurados a su vez por procesos de subjetivación imperfectos e inacabados, pueden suceder estas apropiaciones completamente imprevisibles.

Bajo el doble enfoque de la refracción –que se aplica fundamentalmente a la comprensión de la dimensión subjetiva–, y de los ensamblajes –que examinan articulaciones contingentes de relaciones objetivas– no puede saberse con certeza ni tiene mucho sentido pretender pronosticar trayectorias de lectura, suponer recepciones típicas a partir de la lectura de una obra (que el auto-analista, curiosamente asumido como lector modelo, hace) o establecer clasificaciones abarcativas. Por una parte, las posibilidades de ensamble son múltiples; por la otra, la apropiación es un proceso imprevisible e indócil: no sólo no puede predecirse, sino que *no es posible prescribir un modo de apropiación*. Los casos en los que las terapias, que trabajan con libros, proponen lecturas con las cuales los pacientes deberían identificarse, muestran este fracaso con singular claridad.²²

²² Uno de nuestros entrevistados, Claudio, contó que mantenía reprimida su homosexualidad en la etapa de la adolescencia. Su psicoterapeuta le reco-

Otro tanto podría decirse de las recepciones “inducidas” que proponen las actividades escolares.

Soy consciente de que la voluntad de clasificación sociológica se estremece ante tanta indeterminación, no sin razón, pues es imprescindible considerar las regularidades que hacen que no encontremos, en definitiva, grados de autonomía tales que “todo sea posible”. He señalado la existencia de determinaciones objetivas, marcos, lógicas preferentes y “lo dado” como condición de cualquier posibilidad. Podemos ver ahora cómo estas disposiciones, especificadas un poco más, dan lugar a algunas tipificaciones de índole algo inusual. Presento entonces una serie de categorías de base empírica, al estilo de las producidas por la *grounded theory*.²³

Modos de leer

Como modo de ingresar a diversidad de formas de lectura, voy a proponer una lista inicial de apropiaciones posibles. Dada la manera en la que concibo la apropiación, las formas que puede adquirir son innumerables. Sin embargo, y para entender mejor el concepto, quisiera proponer algunos ejemplos modélicos de funcionamiento de la “máquina lectora”. Emergen del trabajo de campo realizado durante seis años y por lo tanto, no pretendo –ni creo posible– la exhaustividad.

He hablado de “uso” considerando un tipo de transferencia específica, manifiesta y directa de la lectura, que atañe a las acciones de los lectores en su vida cotidiana. El uso no se refiere necesariamente a un texto elaborado sino que puede continuarse de la lectura de un simple cartel. Es una categoría elaborada desde el punto de vista de la recepción. En cambio, el rótulo “lecturas prácticas” se asienta

mendó leer varios textos; todos planteaban historias de homosexuales con las que Claudio hubiera debido identificarse y “objetivar” su inclinación, sin embargo, no pudo terminar ni uno solo pues se aburría enormemente.

²³ GLASER, B. y STRAUSS, A., *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, 1ª edición, Nueva York, Aldine Publishing Company, 1967.

en el punto de vista inverso, el de las gramáticas de producción,²⁴ *presuponiendo* el uso: ésta es la distancia que existe entre investigar o “conjeturar” la recepción. Las “lecturas prácticas” incluyen manuales de jardinería, guías para padres, recetarios de cocina y fascículos de “Hágalo usted mismo”.

Considerando las dinámicas de la lectura, podemos generar una nueva categoría, también definida en el plano de la recepción pero como un nivel (elemental) de apropiación. Son las lecturas “útiles”. Estas lecturas no tienen una finalidad de aplicación explícita, una intencionalidad manifiesta en el dispositivo, sino que sirven ulteriormente a cierto propósito –y de allí que se trate de una apropiación, porque hay una incorporación, siquiera mnémica. A diferencia de las lecturas de uso práctico, concebidas para alcanzar un logro habilidoso, las lecturas útiles actúan de manera mediata e indirecta; por ejemplo, proveen de ejemplos, operan como instancias de educación, brindan ideas. Su utilidad siempre es verificada *a fortiori*, cuando descubrimos que “se aprovechó” para algo o, tal como aparece en las entrevistas, que “se leyó” en algún lugar (por ejemplo, aprender modales caballerosos o frases hirientes, o modos de ataque y defensa). Se establece aquí un tipo de juego con la memoria práctica que echa mano a lo que tiene para resolver una situación o problema. La apropiación producida es básica, un nivel de reminiscencia que no implica una elaboración alambicada. Las lecturas son aquí *recursos*. Pero recursos integrados subjetivamente, hechos parte del acervo personal.

Propongo escrutar otras apropiaciones potenciales que no se refieran a la inmediatez de la cotidianeidad sino que hundan sus raíces en el *pathos*.

Una de las funciones de la lectura reconocida en la bibliografía es la lectura “compensatoria”. En ella la máquina lectora funciona en un entorno de carencia: la inmersión proporciona un goce complementario y ausente en la vida personal.²⁵ Se ha hablado del género

²⁴ VERÓN, E., *La semiosis social*, 2ª edición, Buenos Aires, Gedisa, 1998.

²⁵ Sobre el carácter compensatorio de la novela romántica véase RADWAY, J., *Reading the Romance*, 1ª edición, Carolina del Norte, The University of North

rosa como aquel que agrega romance y aventura en la vida prosaica del ama de casa, insinuando que cumple esta función compensatoria. Bajo la misma línea conjetural, podemos presumir que el género de aventura es compensatorio en la vida gris de los hombres, burócratas o empleados fruidores de estas historias. En todos los casos, la compensación proporciona una suerte de goce que procede de la sublimación de un deseo reprimido o actualmente insatisfecho. Siguiendo la misma lógica, cuando no es compensatoria, la lectura puede resultar evasiva. Crea mundos que resultan más agradables que aquel en el que vivimos. En ese sentido nos la apropiamos; hacemos de la lectura ocasión de solaz y regresamos a ella evocando ese ánimo o disposición, de manera tal que nos permita afrontar la aridez de la vida.

Permítaseme una pequeña digresión para señalar que no hay en esta caracterización ninguna valoración negativa. La evasión es una experiencia generalizada, en la literatura como en el cine. No es fácil vivir permanentemente “consciente”, como el más lúcido integrante de una vanguardia iluminada, o “siempre despierto” como un buda. Tampoco parece que se pueda vivir sin ilusión;²⁶ me pregunto qué clase de sujeto podría ser ése. Imagino una especie de autómata incapaz de soñar o de tener pesadillas. Arriesgo la idea de que sin fantasía y sin ensueño no hay material para ninguna utopía o proyecto. Es cierto que hay grados de evasión diferentes, pero en torno a estas fruiciones, lo “normal” o lo “patológico” designan los mismos comportamientos; la diferencia –la delgada línea– es un asunto de intensidades, cuando no de poder.

Hay otros tipos de apropiación no registrados en la bibliografía que resultan difíciles de describir. Quisiera explicarlos como moda-

Carolina Press, 1984. Para una actualización de estas funciones en el contexto argentino, puede consultarse el estudio comparado de tres casos realizado por Emanuel Niño para su trabajo final de licenciatura: “La novela rosa. El caso de los lectores de Florencia Bonelli”, Escuela de Letras, Universidad Nacional de Córdoba, 2012.

²⁶ Para un desarrollo de cómo la ideología es la persecución de una ilusión, actuando *como si* creyéramos en ella, véase ΖΙΖΕΚ, S., *El sublime objeto de la ideología*, Trad. Isabel Vericat Nuñez, 1ª edición, México, Siglo XXI, 1992, pág. 35-86.

lidades de interacción con el inconsciente. He creado una categoría de nombre figurado, a falta de mejor palabra: las lecturas-abrojo. Son éstas máquinas cuyo funcionamiento es sutil: lecturas que se adhieren un poco imperceptiblemente y que sirven para que interpretemos otras situaciones en sus términos, sin que “conscientemente” hayamos tomado nota de su fuerte poder evocador. A diferencia de las lecturas útiles, las lecturas-abrojo son generalmente aquellas que reverberan a niveles *emotivos*, por eso sus sinuosos caminos son mucho menos perceptibles; los procesos con los que se enlazan no se evidencian necesariamente a nivel racional.

En oposición a las lecturas-abrojo, existen las lecturas olvidadas “involuntariamente”, libros que pueden haber sido leídos en circunstancias especiales, traumáticas, o con la atención saturada, máquinas de funcionamiento automático que giran en el vacío. A veces incluso olvidamos algo que nos proponíamos recordar, tal es el grado de “automatismo” de ciertos procesos. Esta dialéctica evocación-olvido supone tomar nota de la cantidad de procesos vinculados a la lectura que nada tienen que ver con el raciocinio.

Un último caso para completar la tríada de juegos con el inconsciente es la lectura “reveladora”, aquella que permite objetivar una sensación o sentimiento difuso, una situación poco clara, un estado sin simbolizar. Al igual que con la hermenéutica de un oráculo,²⁷ lo que “vemos” es lo que “ponemos” allí –proyectamos y objetivamos– como una manifestación del inconsciente. No es muy diferente una terapia psicoanalítica, sólo que en lugar de ejercerse como una verbalización ante un terapeuta, en la lectura la objetivación se produce merced a un “diálogo” que usa palabras ajenas y relatos ficcionales.

²⁷ Los oráculos constituyen un caso apasionante para comprender qué significa la interpretación. Su forma normalmente es ambigua e imprecisa. Con unos pocos datos más o menos específicos, el consultante “construye” una descripción –a veces hasta una narración– con sentido, asignando identidad a figuras difusas y especificando sentencias generales. Lo más curioso es que los oráculos muchas veces proporcionan al consultante una pista cierta, la respuesta que buscaba o la aclaración de un enigma. Sólo que, desde mi punto de vista, la “revelación” no está en el médium ni en la respuesta de las cartas, los astros o el elemento utilizado para el vaticinio, sino en el propio intérprete.

Estas formas de apropiación hacen de la lectura una ocasión de reflexión. Se suele decir que se produce un “diálogo interior”, pero la expresión no tiene mucho sentido ya que no hay “dos”, no existe ese par representado por la obra –y a veces se piensa al autor hablando con la voz de su texto–y el lector. Podemos contar un argumento, pero no podemos dar cuenta de la apropiación de una lectura, ni de cómo se tejió interiormente con pensamientos, sentimientos e imágenes. Toda apropiación sedimenta de a poco y sigue resonando mucho después de que hayamos concluido la obra. Lo que se produce es un ensamble, un acoplamiento, como un engranaje en marcha que produce movimiento. Si hay algo más que se produce en esta operación conjunta, no es un producto preciso (esta máquina no es en absoluto una fábrica) sino más bien “niebla”. La “nube evocativa” en la que nos sumergimos al leer no tiene forma. Dependiendo del ensamblaje subjetivo, la máquina generará una fumarada espesa o apenas un vaho.

Conocemos muchas máquinas de este tipo, todas difíciles de describir a través de la explicación del accionar de sus elementos por separado. Ninguna cópula, incluyendo la de la máquina erótica, resulta fácil de simbolizar porque lo que se produce es un proceso de desindividuación y combinación, de ajuste recíproco: la descripción de las partes no da por resultado el todo. Y en tanto experiencia, y proceso no normado, sus resonancias no son registrables.

Sin duda es posible codificar, como una programación, una máquina lectora, para obtener resultados específicos. La fábrica de escolares es un ejemplo de prescripción productiva. Aun así, por la propia condición de los dispositivos de biopoder, estas tentativas están irremediabilmente condenadas a ser parcialmente fallidas, imperfectas. Aun las codificaciones se malogran o son hackeadas (jaqueadas), a veces por la interfaz humana del código –maestros y maestras, profesores y profesoras, o autoridades inspiradas e innovadoras– con grados de autonomía y autodeterminación variables. A veces, la falla se produce por desajustes físicos en el engranaje estudiantil –desatención, fragmentación, dispersión y tretas ori-

ginadas por la ley del menor esfuerzo–; a veces, por la química de la combinación con la lectura, que produce efectos impensados y muchas veces no deseados, y a veces, porque alguna lectura es un “virus” no detectado: su función oculta es sabotear el código y procurar una línea de fuga.

Conclusión

Las reflexiones precedentes invitan a considerar la lectura en función de ensamblajes y refracciones, usos, recepciones y apropiaciones. Alejándonos del esquema que la define como una práctica individual, culta o subsidiaria del sistema educativo y examinándola con una lente de aumento, admiramos la riqueza microscópica de las tramas cotidianas. Ciertamente, este tejido no tiene el brillo de las armaduras bruñidas de la Ilustración ni refulge como una enjoyada Estética de lo Sublime. La riqueza no está en los materiales (ni oro, ni piedras preciosas) sino en el oficio del orfebre que labró la filigrana con una materia prima burda. Desde este punto de vista, la lectura abarca más que a los libros, es una actividad múltiple y tiene otros valores que el de la instrucción. No necesariamente excelsos. Pero todos ellos igualmente valiosos e imprescindibles. El “arte incomparable”, en mi opinión, se ubica siempre del lado terrenal; lo que los hombres y mujeres hacen con sus vidas.

Como creo que somos materia porosa, “adentro” y “afuera”, “externo” e “interno” o, para usar a terminología sociológica, “objetivo” y “subjetivo”, son divisiones caprichosas, líneas imaginarias flagrantemente violadas por el movimiento constante del ir y venir. Resulta, pues, complicado, bajo la secuencia a la que nos obliga el lenguaje y la bidimensión forzosa, trasladar conceptos dinámicos y *relaciones*. Se crea un vértigo como el que padece aquel que observa cómo el mar encrespado sacude su barca. Sería quizá más justo trasladarlo a sucesiones de imágenes. A falta de mejores posibilidades, he jalona-

do este texto de comparaciones y asociaciones metafóricas. Espero que el resultado no haya causado demasiado mareo y confusión.

Del lado del “mundo”, me parece que es heurísticamente más útil romper definitivamente con la concepción del individualismo metodológico que considera los elementos por separado. La ruptura que propongo tiene que ver con la concepción de circuitos, en las cuales los sujetos y los objetos orbitan en torno a espacios, instituciones, operaciones, comunidades: nunca están solos actuando merced a una potencia interna que los moviliza, ni son lunáticos desprendidos de las miradas y las opiniones de los otros, ni son genios brotados de una lámpara que no se deben a los requerimientos de un editor. El enfoque es siempre social.

Para considerar la lectura y el lector en ese momento íntimo de encuentro, utilizo la idea de “máquina lectora”, que no he explotado en esta ocasión en todas sus posibilidades pero que permite introducir la idea de ajustes y desajustes, acoplamiento y adherencias, y borronando un poco más las fronteras adentro/afuera. Y ya en el encadenamiento con los procesos subjetivos, he ido todavía un poco más allá para introducirme muy precariamente en la dimensión de la experiencia y las dinámicas de la apropiación. La lectura ha sido un dispositivo que desde tiempos remotos participó en la construcción del sí mismo.²⁸ No se necesita para ello obras inspiradas ni tratados religiosos. La “inquietud de sí” es una forma de hacer más densa, más rica, más autónoma, la experiencia humana y social, y ésta pasa tanto por pequeños libros de opúsculos como por dietas desintoxicantes; tanto por manuales de ejercicios como por biografías.²⁹ He distinguido distintas apropiaciones posibles, insistiendo en que todas ellas entran y salen y se entretienen con

²⁸ Puede verse su papel en HADOT, P., *Exercices spirituels et philosophie antique*, 2ª edición revisada y aumentada, Paris, Albin Michel, 2002 y en VEYNE, P., *Séneca y el estoicismo*, Trad. Mónica Utrilla, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

²⁹ FOUCAULT, M., “Tecnologías del yo”, *Tecnologías del yo y otros textos afindes*, Trad. Mercedes Allende Salazar, 1ª edición, Barcelona: Paidós / I.C.E.-U.A.B, 1990, pág. 45-94. Del mismo autor: *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France. 1981-1982*, Trad. Horacio Pons, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica.

espacios sociales habitados. La lectura en general, y las literaturas y paraliteraturas en particular,³⁰ son dones intercambiables en un circuito social, cultural y económico.

Desde la perspectiva subjetiva, la lectura es un “trabajo”, llave de acceso a recorridos inusitados. Desde la perspectiva objetiva, se teje con nuestro estar en el mundo. Y en el interjuego entre ambos órdenes, las transformaciones se hacen posibles.

Bibliografía

ACOSTA GÓMEZ, Luis, *El lector y la obra: Teoría de la recepción literaria*, 1ª edición, Madrid, Gredos, 1989.

BARTHES, Roland, “Lección inaugural”, en *El placer del texto y Lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*, Traducción de Oscar Terán, 11ª edición, México, Siglo XXI editores, 2000, pág. 111-150.

BATAILLE, Georges, *La parte maldita*, Epílogo, traducción y notas de Francisco Muñoz de Escalona, 1ª edición, Barcelona, Icaria, 1987.

BOYER, Alain-Michel, *Les paralittératures*, 1ª edición, París, Armand Colin, 2008.

CHARTIER, Roger y CUE, Alberto (ed.); AGUIRRE ANAYA, Carlos (col.); ANAYA ROSIQUE, Jesús (col.); GOLDIN, Daniel (col.); SABORIT, Antonio, *Cultura escrita, literatura e historia: coacciones transgredidas y libertades restringidas: conversaciones de Roger Chartier con Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit*, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

DARNTON, Robert, *Las razones del libro*, Traducción de Roger García Lenberg, 1ª edición, Madrid, Trama, 2010.

DELAVENAY, Émile, “Por el libro. La UNESCO y su programa”, París: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1974. [en línea]. Dirección URL: <http://>

³⁰ BOYER, A., *Les paralittératures*, 1ª edición, París, Armand Colin, 2008.

unesdoc.unesco.org/images/0013/001378/137836so.pdf. [Consulta: 7 de octubre de 2012].

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *Rizoma: Introducción*, Traducción de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta, 2ª edición, Valencia, Pre-textos, 1997.

ELSTER, Jon, *Explaining Social Behavior: More Nuts and Bolts for the Social Sciences*, 1ª edición, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

FISH, Stanley, "Interpreting the 'Variorum'", *Critical Inquiry*, nº 3, Vol. 2, primavera de 1976, The University of Chicago Press, pág. 465-485.

FOUCAULT, Michel, "Tecnologías del yo", *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Traducción de Mercedes Allende Salazar, 1ª edición, Barcelona, Paidós / I.C.E.-U.A.B, 1990, pág. 45-94.

FOUCAULT, Michel, *La arqueología del saber*, Traducción de Aurelio Garzón del Camino, 18ª edición, México, Siglo XXI, 1997.

FOUCAULT, Michel, *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France. 1981-1982*, Traducción de Horacio Pons, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

GADAMER, Hans-Georg, *Verdad y método*, Traducción de Ana Agud de Aparicio y Rafael de Agapito, 7ª edición, Salamanca, Sígueme, 1997.

GARCÍA CANCLINI, Néstor, *Consumidores y ciudadanos*, 1ª edición, México, Grijalbo, 1995.

GINZBURG, Carlo, *El queso y los gusanos*, Traducción de Francisco Martín y Francisco Cuartero, 2ª edición, Barcelona, Munchnik, 1997.

GLASER, Barney & STRAUSS, Anselm, *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, 1ª edición, Nueva York, Aldine Publishing Company, 1967.

HADOT, Pierre, *Exercices spirituels et philosophie antique*, 2ª edición revisada y aumentada, Paris, Albin Michel, 2002.

HALL, Stuart, “Encoding and Decoding”, en Lowe, Andrew y Tillis, Paul (eds.), *Culture, Media & Language*, 1ª edición, Londres, Hutchinson, 1980, pág.. 128-138.

HOGGART, Richard, *The uses of literacy*, 2ª edición, Londres, Transaction Publishers, 2000. [1957]

JAUSS, Hans, “El lector como instancia de una nueva historia de la literatura”, en MAYORAL, José Antonio (ed.), *Estética de la recepción*, Traducción de Adelino Álvarez, 1ª edición, Madrid, Arco/Libros, 1987.

JAUSS, Hans, *Pequeña apología de la experiencia estética*, Traducción de Daniel Innerarity, 1ª edición, Barcelona, Paidós, I.C.E./U.A.B., 2002. [1972]

JAY, Martin, *Cantos de experiencia*, Traducción de Gabriela Ventureira, 1ª edición, Buenos Aires, Paidós, 2009.

LATOUR, Bruno, *Reensamblar lo social*, Traducción de Gabriel Zadunaisky, 1ª edición, Buenos Aires, Manantial, 2008.

NIÑO, Emanuel, “La novela rosa. El caso de los lectores de Florencia Bonelli”, Trabajo final de licenciatura. Escuela de Letras, Universidad Nacional de Córdoba, 2012.

ONG, Walter, *Oralidad y escritura*, Traducción de Angélica Scherp, 2ª edición, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993.

PAPALINI, Vanina y RIZO, Valeria, “Literatura de circulación masiva, de la producción a la recepción. El caso de los lectores de autoayuda”, *Cadernos de Linguagem e Sociedade*, vol. 13, nº 2, Universidade de Brasília, diciembre 2012, pág.117-142.

PAPALINI, Vanina, *Anime. Mundos tecnológicos, animación japonesa e imaginario social*, 1ª edición, Buenos Aires, La Crujía, 2006.

PETIT, Michèle, *L'art de lire ou comment résister à l'adversité*, 1ª edición, Paris, Belin, 2008.

PETIT, Michèle, *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, Traducción de Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez, 2ª edición, México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

PROULX, Serge, “Les formes d’appropriation d’une culture numérique comme enjeu d’une société du savoir”, 2001. [en línea]. Dirección URL: http://www.ac-grenoble.fr/ien.bourgoinash-nord/IMG/pdf_es_TUIC_Enjeux_et_modalites_de_mise_en_oeuvre.pdf. [Consulta: 16 de octubre de 2012].

RADWAY, Janice, *Reading the Romance*, 1ª edición, Carolina del Norte, The University of North Carolina Press, 1984.

RAMA, Claudio, *La economía de las industrias culturales*, 1ª edición, Buenos Aires, EUDEBA, 2003.

RICŒUR, Paul, *Tiempo y narración I*, Traducción de Agustín Neira, 1ª edición, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987.

ROSENBLATT, Louise, *La literatura como exploración*, Traducción de Victoria Schussheim, prólogo y revisión de la traducción de María Eugenia Dubois, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2002. [1938]

THOMPSON, John B., *Los media y la modernidad*, Traducción de Jordi Colobrans Delgado, 1ª edición, Barcelona, Paidós, 1998.

TRAVIS, Molly, *Reading Cultures. The Construction of Readers in the Twentieth Century*, Carbondale (Illinois), Southern Illinois University Press, 1998.

VERÓN, Eliseo, *La semiosis social*, 2ª edición, Buenos Aires, Gedisa, 1998.

VEYNE, Paul, *Séneca y el estoicismo*, Traducción de Mónica Utrilla, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Traducción de José Chávez Martínez, 9ª edición, Puebla, Premia, 1991. [1904-1905]

ZIZEK, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Traducción de Isabel Vericat Nuñez, 1ª edición, México, Siglo XXI, 1992.

2. El libro que voy siendo

Carlos Silva

*Hablo de estos libros heterogéneos, que he tenido en las manos,
porque en uno de ellos está la raíz de mi historia.*

JORGE LUIS BORGES, *El Congreso* (1975)

*Yo, cabe el atril, con la palmatoria en la mano [...],
seguía atento el dedo de don Merlín,
que iba por las hojas de los libros secretos,
renglón a renglón, deletreando los milagros del mundo.*

ÁLVARO CUNQUEIRO, *Merlín y Familia* (1991)

Yo estoy en el devenir.

PETER HANDKE, *La historia del lápiz* (1982)

La idea según la cual la memoria tiene rincones siempre me resultó atractiva. Me producía y me sigue produciendo una sensación de depósito bibliográfico mustio y polvoriento que ya nadie visita; un lugar donde es fácil sentir miedo y, al mismo tiempo, mucha curiosidad. Lamentablemente, los escrúpulos y manías racionales de la psicología científica convirtieron esos rincones en un resultado propio de los estados negativos del ser usando un término griego para designarlo, i.e., *amnesia*, que es una especie de debilidad de la memoria que produce otro resultado igualmente negativo: el olvido. Que los contenidos de la memoria, también llamados recuerdos, se queden de vez en cuando sentados en un rincón hasta convertirse en el rincón mismo, puede parecer un destino triste e indeseado, pero también puede ser un gran alivio. Hay cosas que es preciso olvidar para poder seguir adelante con la vida. No obstante, entre una y otra posibilidad, también sucede que un evento queda arrinconado a despecho nuestro y por más que recorramos las galerías de esa vasta biblioteca mnémica, no damos con ese rincón. Eso, precisamente, sucedió con el primer libro que leí. Llevo años tratando de recordar cuál fue, pero el resultado nunca ha sido positivo. En algún rincón de mi memoria aguarda a que dé con él.

He dicho *primero*, pero en realidad resulta difícil determinar en qué momento comenzó en mí la atracción por los libros en general. Pudiera remontarme a la niñez, cuando cada viernes mi padre llegaba con un delgadísimo ejemplar de la *Enciclopedia de la Vida*. Sin embargo, mentiría si dijera que leía sus contenidos. Lo que realmente me atraía era la imagen de su portada, y más aún la imagen de la portada del próximo número, que aparecía en miniatura en la sección editorial. Sentía una cierta fascinación al constatar que el número actual coincidía con la foto diminuta que había visto la semana anterior. Todo lo demás -las palabras, digamos- carecía de interés.

Sin embargo, no todo está perdido. Más allá de la seducción de las imágenes, recuerdo libros que fueron significativos y que leí durante mi adolescencia y primera juventud; tiempos que para mí

estuvieron más cerca de los renglones que de los avatares propios de esa edad. Sin ánimos de exagerar, para mí tanto la una como la otra fueron menos *vividas* que *leídas*. Esto no significa que no jugué o que no estuve haciendo las cosas que hacen los jóvenes en general. Tampoco significa que tenía ante mí una cornucopia de libros y que los devoraba así sin más. Simplemente quiere decir que una de mis actividades predilectas en ese entonces era leer, y lo leído, aunque fue poco, marcó lo que muy rápidamente llamaré *mi vida*, es decir, esto que voy siendo. De esa marca hablaré aquí; digo, en adelante comentaré una miscelánea de libros según vaya iluminando, *con la palmatoria en la mano*, el rincón mnémico donde han de estar cubiertos por el grueso terciopelo del tiempo: el polvo. Si bien la idea es producir un texto que al final pueda considerarse una auto-etnografía lectora, es decir, un texto científico-social, no haré una cronología; no daré fechas ni describiré con detalle contextos y personas. Tampoco presentaré el minucioso y tal vez inútil catastro de mis lecturas juveniles o adultas. No seré sistemático. Solamente me dejaré llevar por el pulso caprichoso e imprevisible del recuerdo bibliográfico y referiré aquellos elementos que sean estrictamente necesarios para comprender ese recuerdo. Espero que el improbable lector sepa disculpar esta ausencia de *teología* y *geometría* como decía el ínclito, inflexible y glotón Ignatius J. Reilly.

Los primeros: la ética sentimental y la inmunidad semiótica

Cierto prejuicio intelectual ha difundido la idea, sin duda paradójica, de que si un libro se vende demasiado no es digno de ser leído o, en todo caso, es de una calidad literaria más bien dudosa. Dicho con un par de ejemplos concretos, el intelectual promedio, como queriendo hacer inquisición, considera digno de leer un libro como *La cifra* de Alexandre Arnoux, pero indigno un libro como *El Código Da Vinci* de Dan Brown, y el único criterio que usa (permítaseme

la exageración) es el volumen de ventas que ha tenido el segundo (malo) y la rareza del primero (bueno).¹ Siendo yo un adolescente, ávido de lecturas en un contexto donde los libros escaseaban, ni conocía y tal vez ni me interesaba dejarme persuadir por ese prejuicio y me rendía con facilidad a las tramas apasionadas de los llamados *best-sellers*. En ese entonces, una de mis hermanas mayores estaba suscrita al *Círculo de Lectores* y de vez en cuando traía a casa uno de esos libros gordos de tapa dura y portada seductora que, ¿por qué negarlo?, invitaban a la lectura.

Así, pues, tres de los primeros libros que leí y que me resultaron particularmente estimulantes pertenecían al mentado género. Sus nombres eran *El cazador de barcos* de Justin Scott, *Flores en el ático* de V. C. Andrews y *Error de diagnóstico* de Henry Denker. Cada uno a su manera estimuló mi afán de lectura, pero sobre todo mi capacidad de indignación o, mejor dicho, mi sentido de justicia. Con algunas variaciones identitarias y contextuales, en esos libros había una entidad que pertenecía al orden del mal y que infligía un daño terrible y aparentemente irreparable a una entidad cuya inocencia difícilmente se podía poner en duda. Cada historia consistía en ir desenrollando la madeja de actos que llevaban a esta segunda entidad a *desfacer el entuerto* producido en su contra. No recuerdo bien, pero creo que en todos los casos al final se hacía justicia y ese resultado me producía una especie de satisfacción sentimental y ética.

No puedo decir que recuerde el estilo o alguna frase de aquellos libros; sí que despertaron en mí sensaciones como las que ahora me despiertan ciertas secuencias cinematográficas. Por ejemplo, cuando los protagonistas de *Flores en el ático* copian la llave que eventualmente les dará la libertad o el momento en el que Peter Hardin, el cazador de barcos, divisa al Leviatán, su monstruoso enemigo, suerte de sustituto maquínico de Moby Dick; ese par de

¹ Hay excepciones notables como *El nombre de la rosa* de Umberto Eco. Aquí el inquisidor guardó silencio no porque el *best-seller* fuera en sí mismo una obra maestra, sino porque su autor ya tenía una reputación intelectual más que probada y su primera incursión en el mundo de la literatura debía por fuerza ser heredera de esa fama o de esa virtud cogitativa; y lo fue.

momentos, o como decía de secuencias, fueron para mí trepidantes, vertiginosos, muy visuales y sobre todo emocionantes.

Con *Flores en el ático* pasó algo muy curioso. Mi ritmo de lectura era más bien presuroso. Aún no conocía las ventajas y placeres de la lentitud, de tomarse un tiempo para detenerse en una página, en un párrafo, en una frase, incluso, en una palabra. Yo leía con la prisa hormonal del púber. Engullía la escritura sin antes paladearla. Esto daba como resultado que muy rápidamente me quedaba sin algo que leer. Durante esas pausas, que no eran ni breves ni pocas, me dedicaba al ocio especulativo. Mi imaginación era automática o, mejor dicho, autónoma. Siempre estaba ideando cosas. No era innovadora pero tal como sucede con nuestro Universo, no toleraba el vacío; tampoco la desconexión entre las cosas. Así, solía buscar cosas para unir las de cierta manera y lograr algo con ellas. Estaba, pues, hurgando en un armario, que en mi país llamamos *escaparate* -fea palabra de origen neerlandés que significa *preparar un mueble con puertas y anaqueles para guardar objetos variados*-, estaba en eso a ver qué unía con qué y encontré bajo una pila de ropa un ejemplar de este libro que les digo. Lo tomé en mis manos, le eché una ojeada rápida y, luego, subrepticamente lo llevé conmigo. Una vez seguro de no ser sorprendido con las manos en la masa, comencé la lectura y no paré hasta acabarlo. Luego lo llevé a su lugar, complacido por aquella especie de secuestro bibliográfico. Claro, el impacto de la historia que como ya se sabe está cargada de una crueldad que cuesta mucho comprender y que va cultivando en uno un deseo irrefrenable de que pase algo bueno, ese impacto, decía, me obligó a revelar mi secreto. Le dije a su dueña que lo había leído y ella, viéndose superada en el estreno de lo que se supone era el éxito de la temporada, se enfadó conmigo. En retrospectiva entiendo que fue un enfado estético, ayuno de todo egoísmo; un enfado como el que pocos causan y pocos sienten.

A propósito de esta ausencia de egoísmo. He de decir que tengo ocho hermanas. Soy el menor. En ese entonces todos vivíamos en la misma casa, con mi padre y mi madre, y varias de ellas pasaban por el

mismo libro, lo cual requería cierta paciencia. Había que esperar que la lectora de turno acabara, porque según dice mi memoria, la lectura simultánea era impracticable. Las agendas personales no solían coincidir. Lo bueno es que al final siempre había comentarios sueltos, por lo general referidos a la historia, no a las virtudes estilísticas o estéticas del libro. Ni mis hermanas ni yo éramos ni intelectuales ni estetas. Simplemente leíamos, así sin más. No obstante, libros como estos tres que he nombrado se convirtieron en un referente familiar, en una fuente de buenos y ahora ya viejos recuerdos.

Hasta aquí me he detenido en tres libros que me gustaron, pero en casa había otros que llegué a leer y que me produjeron el efecto contrario. Pertenecían a lo que ahora se conoce como *auto-ayuda* o *Nueva Era*, pero yo no lo sabía. Eran varios, solo que de momento recuerdo pocos: *Juan Salvador Gaviota* de Richard Bach, *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry, *El vendedor más grande del mundo* de Og Mandino, *Tus zonas erróneas* de Wayne W. Dyer, *El profeta* y *El loco* ambos de Kahlil Gibran, etc. Estas obras que, insisto, no sabía que pertenecían al mismo género, me produjeron un profundo desencanto. Incluso me atrevería a decir que me enristecieron. Yo no entendía qué hacían esos libros en casa; tampoco sospechaba cuál era su moral o su finalidad. En cierto modo, visto desde ahora y de forma especular, esos libros reflejaban la inmunidad semiótica de mi recepción lectora. Era incapaz de percibir la “ortopedia moral” que palpataba en aquellos signos.² No sé si por tonto, por adolescente o por arcanos de La Providencia, yo era impermeable a las sugerencias existenciales contenidas en aquellos libros. Ahora que miro hacia el pasado, creo que fui afortunado.

² La expresión *ortopedia moral* la he tomado prestada de Michel Foucault. Véase FOUCAULT, M., *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Trad. Aurelio Garzón del Camino, 34ª edición, México, Siglo XXI, 2005, pág. 18.

Las obligaciones literarias: el idioma, el cuerpo, el gusto

Como cualquier adolescente yo también asistía a la escuela. Cursaba el llamado Ciclo Básico Común en un liceo público y una de las asignaturas obligatorias era Castellano y Literatura. Al interior de esa asignatura había novelas cuya lectura era igualmente obligatoria. Por razones atribuibles a la rebeldía inmotivada propia de los adolescentes, decidí no leer una de ellas: *El túnel*, de Ernesto Sábato. En cambio sí leí de un tirón *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos. Hice lo mismo con *El viejo y el mar* de Ernest Hemingway. *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, la leí en tres momentos y no toda de una vez, como las anteriores. Hablaré un poco de cada una de esas obras.

Comienzo con *Doña Bárbara*. Tenía la estructura de un *best-seller*, pero la manera como Gallegos relataba los acontecimientos era sustancialmente distinta. He dicho que la leí de un tirón. En efecto lo hice, pero no porque el contenido o la ilación de los sucesos me obligaran a ello. Lo hice porque al día siguiente habrían de examinarme, y sin leerlo seguramente reprobaría. Algunos compañeros, negados por completo a leerse aquel tocho, decidieron ir a la cinemateca a ver una versión filmica de la novela. Yo carecía de los medios para hacer eso y, además, en ningún momento vi esa opción como una salida plausible. Pensaba que las películas y las novelas se parecían en lo general pero diferían en lo particular, y los exámenes, casi siempre, iban a los detalles. Y en efecto así fue. Vagamente recuerdo la experiencia, pero sé que no obtuve una buena calificación. Leer todo el libro con una prisa nada recomendable dada su complejidad no fue una buena estrategia mnémica, por lo que olvidé casi todo. No obstante, *Doña Bárbara* dejó en mí una especie de halo cognitivo que aún llevo conmigo. La geografía imaginaria de los llanos venezolanos forma parte de mí como experiencia literaria. Cuando los visité, ya de adulto, sentí que ya había estado allí por otra vía: la apalabrada. Creo que fue Pessoa quien dijo que la mejor manera de viajar es sentir; pues, bien, con *Doña Bárbara* yo sentí esa región de

mi país, Venezuela. Además, la escritura de Gallegos, reconcentrada en esa obra, le dio un leve giro de tuerca a mi manera de leer novelas. Ahora sabía que además de la historia, la literatura está formada por el modo como se cuenta esa historia y ese modo requiere un conocimiento superior del idioma. En resumen, entendí que aquel libro estaba muy bien escrito. Claro, creo que ese efecto se debió a que antes solamente había leído traducciones y *Doña Bárbara*, en cambio, había sido escrita directamente en castellano. Esa diferencia de origen se notaba, pero yo no lo sabía; solamente lo sentía.

El viejo y el mar de Hemingway también lo leí en una sola sentada; cosa relativamente sencilla puesto que se trataba de un relato más bien corto. Tal como sucedió con *Doña Bárbara*, aquí también sería evaluado por la profesora de Castellano y Literatura, así que había que darse prisa. Tampoco me fue bien en la prueba, pero la lectura no fue del todo negativa. Con este librito aprendí un par de cosas: 1) el empecinamiento de algunos seres humanos y 2) el cansancio extremo. Mientras recorría los renglones, no podía dejar de pensar en lo absurda e inútil que era aquella lucha entre el viejo y el pez, pero al mismo tiempo no quería que acabara. Quería saber hasta dónde era capaz de aguantar aquel personaje; quería llegar hasta el final. No puedo decir que *El viejo y el mar* me gustó o que su lectura me resultó significativa; puedo, sin embargo, decir que ese tipo de literatura, encarnada, muy cercana al cuerpo y sus órganos, me produjo, precisamente, sensaciones físicas: el hambre, el cansancio, el músculo, todo puede ponerse en palabras y, además, esas cosas se pueden llegar a sentir por intermedio de las palabras mismas.

Hoy en día Gabriel García Márquez me resulta antipático. Que diga sin ambages y sin vergüenza que uno de sus mejores amigos es un dictador despierta en mí una intolerancia que no sabía que era capaz de sentir. No obstante, es necesario admitir que su obra es otra cosa. Más allá del contenido de sus libros, me atrevería a decir que García Márquez domina la expresión castellana casi a la perfección. Es un escritor; ni más, ni menos. Antes de que la fama y la popularidad le alcanzaran, ya yo había leído varias de las que

creo son sus obras capitales. *Cien años de soledad* fue una de ellas. Confieso que es de los pocos libros que he leído más de una vez; dos, para ser exacto. La primera, como ya había dicho, porque debía; la segunda, porque quería. Aquí solamente hablaré de la lectura obligada. En aquel entonces, la preocupación principal de mi profesora de Castellano y Literatura era que entendiéramos una cosa que se llamaba *realismo mágico*. Básicamente, consistía en distinguir, en el texto de *Cien años de soledad*, acontecimientos que parecían improbables pero que provenían de la tergiversación imaginativa de un acontecimiento real. El ejercicio de esa distinción, lo confieso, me producía cierta resistencia y un profundo aburrimiento. No veía la utilidad de hallar eso en un libro, y aún hoy tampoco la veo. Cabe decir que mi hastío era en cierto modo premonitorio; me explico: en aquellos días la profesora estaba convencida de que se trataba de una estrategia latinoamericana, pero siendo yo un adulto vi que un par de europeos, uno gallego y el otro catalán, la usaban antes que García Márquez. A mí, de *Cien años de soledad* me gustaba la diferencia que se gestaba a partir de la repetición, tal como dice Gilles Deleuze.³ Nombres iguales, pero gentes diferentes. Eso era para mí esa novela. Sus tecnicismos me tenían sin cuidado y aún hoy la teoría literaria me parece la mar de abrumadora y, sobre todo, de inútil. Para mí la clave de un texto es que sintonice con el gusto del lector y que siembre algo, sea en el lector mismo o en el mundo. El libro puede ser una maravilla técnica para los expertos, pero si esa sintonía no ocurre, la lectura fracasa. Yo, por ejemplo, no la he logrado con la obra de Marcel Proust y sé que para miles de personas alrededor del mundo, algunas de ellas muy cercanas a mis afectos y a mi admiración intelectual, la obra de este escritor es un hito, un punto de paso obligado para todo aficionado a la literatura. Lo mismo me ha ocurrido con Alain Robbe-Grillet y con Georges Perec, autores que para mí son francamente insufribles.

³ DELEUZE, G., *Diferencia y repetición*, Trad. Alberto Cardín, 1ª edición, Madrid, Júcar, 1988.

La campana frutiva: palabras prodigiosas y seducción mágica

Entre las lecturas que según el sistema educativo un adolescente debía realizar, estaban cuatro que hice con un gusto inusitado para una persona de mi edad: *La Ilíada* y *La Odisea*, de Homero; *La Eneida*, de Virgilio y *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. A esta lista agregaré dos más que no formaban parte del currículo: *La divina comedia*, de Dante y *La celestina*, de Fernando de Rojas. Digo inusitado porque mis pares literalmente aborrecían aquellos libros. A mí, en cambio, me encantaron. Aquel lenguaje tan adornado y aquellos personajes tan prodigiosos ejercieron en mí una especie de seducción mágica que no pude resistir. Claro, nadie sabía de ella, porque para mí la lectura era no solo silenciosa sino secreta. Yo no andaba por ahí hablando de mis libros ni de las sensaciones que me producían. Entre ellos y yo respecto del mundo había una especie de campana de cristal muy parecida a la de Sylvia Plath,⁴ pero ayuna de todo tormento, de todo dolor. Era una campana frutiva donde las palabras y las imágenes estaban siempre en flor.

La Ilíada y *La Odisea* fueron mis primeros libros de aventura poética: Homero no decía *el mar* sino *el undoso ponto*; no decía *Aquiles* sino *el de los pies ligeros*, etc., y aún hablando así, todo estaba cargado de vicisitudes extraordinarias y de dramáticas expansiones que, aparte de exigirme la máxima atención, me guiaban por el dulce vértigo de la epopeya griega como si se tratara de un lenitivo apalabrado. Aquí también la profesora de Castellano y Literatura instaba a reconocer los tecnicismos. De ellos solamente conservo el epíteto. Los demás cayeron en el saco roto del olvido, porque, como dije, a mí me entretenían las peripecias de los personajes y la forma que adoptaba la expresión escrita. De ambos libros, mi preferido fue *La Odisea*; tanto que opacó en mi memoria la experiencia del primero.

Un hombre perdido en el mar durante una década por decisión de un Dios es tema suficiente para enganchar a un aficionado a la

⁴ PLATH, S., *La campana de cristal*, Trad. Elena Rius, 1ª edición, Barcelona, Edhasa, 1982.

literatura. Lamentablemente, no siempre ocurre. En mi caso, ocurrió. Leerla *La Odisea* fue una experiencia estupenda. Cada vicisitud de Ulises era para mí un haz de prodigios. Además, los personajes adyacentes eran igualmente maravillosos: cíclopes, sirenas, hechiceras. Hace poco visité San Felice Circeo, un pequeño pueblo ubicado en la Provincia italiana de Latina. ¿Cómo es San Felice Circeo? Es mágico como su antigua y fabulosa patrona, la maga Circe. Aunque Homero decía que la hechicera era isleña, nativa de Ea, los lugareños dicen que es de su pueblo y viven convencidos de ello. También afirman que en sus costas no faltaron sirenas (y secretamente esperaba que quedara alguna por ahí).

San Felice es, como casi todos los asuntos mágicos, escarpado, aunque también desciende suave hasta dar con el Tirreno. El centro antiguo está en lo alto de una montaña con vista al mar. Sus calles, que suben y bajan, ora por rampas, ora por escaleras, casi siempre acaban en terrazas que ofrecen a la vista un paisaje marino que adopta la forma de una bahía. El turismo interno y juvenil plena sus noches. Tuve la fortuna de visitarla en Ferragosto (día que, dicho sea de paso, se festeja desde el siglo VIII antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo), así que el ambiente era más bien festivo, y aquí cabe hacer un inciso: 'fiesta' significa en este caso conversación nocturna en calles y plazas, sosteniendo en la mano un coctel llamado mojito; nada de trajes pintorescos ni danzas tradicionales. Hay música pero poco o ningún baile. La gente comienza a despedirse del verano, aunque se supone que el 15 de agosto marca el inicio de las vacaciones.

De día, San Felice es como cualquier otro pueblo del Mediterráneo italiano: gentes y coches se mezclan disputándose una salida rápida a un mar de arenas oscurecidas por un pasado donde era fácil que Vulcano se enfureciera. En sus alrededores hay un camino que da a unas grutas que abren sus enormes bocas a la accidentada costa. En una de ellas don Alberto Carlo Blanc, paleontólogo, hace ya unos 70 años, notó que había habitado un primo del hombre de Neanderthal. En otra, la gente, basada en datos estrictamente imagi-

narios, asegura que vivió por un tiempo Polifemo, cíclope homérico que fue vencido por el ingenio de Odiseo, con el consecuente enojo de Poseidón, su padre. No sin cierto temor retrospectivo, entré a ver si desde lejos me hacía un guiño con su solitario ojo, olvidando que un tal Nadie lo había cegado para siempre. Monóculo y tuerto, vaya desgraciada manera de entrar en las analectas de los seres ficticios.

A mí me gustan los hechos científicos pero también me gustan los hechos mágicos, y estar en aquella cueva fue un poco como sentirme parte del prodigio homérico. Claro está, en los tiempos de mi lectura jamás preví que algo así sucedería. Mis ensueños helénicos estaban muy ajustados al libro. La aventura estaba en la obra, no en el mundo, y yo en general era así: siempre estaba protagonizando aventuras imaginarias. Por ejemplo, cerca de casa estaba un lugar llamado el *Hoyo del Toro*. A él se llegaba luego de caminar largo rato por senderos que subían y bajaban de varias colinas donde dispersas pacían las vacas. Eran parajes muy combatidos por el viento, así que propiciaban el vuelo de las cometas, que en mi país llaman papagayos. Yo iba por esos caminos imaginando no que era Ulises, sino que era el conductor de un camión y que mi cuerpo era el camión. Si había un árbol a la orilla del camino, un mango por ejemplo o un níspero del Japón, era para mí un hotel donde alojarme, y sus ramas habitaciones en las que me trepaba y daba tregua a mis pies cansados, siempre semi-descalzos. *La Odisea* sintonizó a la perfección con esa tendencia a soñar despierto que en cierto modo me ayudó a sobrellevar la pobreza, condición que viví pero que jamás llevé al atrio de mi consciencia sino mucho más tarde, cuando la universidad me enseñó que existían las clases sociales.

Ahora que lo pienso y valga la posible hilaridad de esta analogía, eso de crearme un camión pudiera considerarse una forma anticipada de lo que hoy en día se conoce como *transformer*, es decir, un robot antropomórfico que para desplazarse se pliega sobre sí mismo hasta alcanzar la forma de un coche o de un avión o de una motocicleta o de un camión. En mi caso los pliegues eran imaginarios, pero igual me convertía en un vehículo automotor. En

retrospectiva creo que, más que ser un camión, me gustaba la idea de desplazarme por los caminos arrellanado en un asiento cómodo dentro de la cabina acogedora y en alto de un camión. Tal vez había allí un anhelo inconsciente de sustraerme de mis zapatos apretados o de mi sedentarismo habitual o, mejor dicho, del sedentarismo al que estaba destinado. Crecí en un lugar del cual nadie o muy pocos se marchan. Allí crecen, allí se enamoran, allí se casan y allí tienen a sus hijos que heredan el ciclo. Sólo salen a trabajar, pero al final de la jornada regresan como ovejas al redil. Yo, en cambio, apenas pude me fui; sigo ido, imaginando y sin perspectiva de volver a Ítaca; “Ulises, perdido en un mundo aparte”, diría Handke.⁵

La Eneida también fue para mí un libro de aventuras. Entrenado en la lectura de Homero, pude seguir el texto de Virgilio sin mayores problemas o con los problemas que pueden generar las figuras literarias de una obra como esa. Así, acompañé a Eneas en su dolorosa huida de Troya con su padre en hombros y luego en su ardua búsqueda del lugar donde florecería su raza. De *La Eneida* sólo tengo varios recuerdos vagos y uno relativamente claro. De los primeros no hablaré; del segundo, sí. Los detalles se han perdido en el camino, pero aún guardo la impresión que me dejó el escudo que le regalara a Eneas su madre, Venus, y que fuera forjado por el mismísimo Vulcano, su marido. Este objeto pertenecía a la esfera de la mántica –condición perfectamente coherente dado que fue creado por un Dios–, así que en él se podía ver el porvenir de su dueño y de sus generaciones. Bachelard decía que “la infancia es ciertamente más grande que la realidad”.⁶ Parfraseándole, yo diría que el escudo de Eneas era más grande que la realidad. Virgilio se detiene un buen rato a describir los pormenores del prodigioso broquel, y mientras leía me perdía en aquellas imágenes pero sobre todo en la fuerza de anticipación y de minuciosidad de ese objeto.

⁵ HANDKE, P., *La historia del lápiz*, Trad. José Antonio Alemany, 1ª edición, Barcelona Península, 1992, pág. 54.

⁶ BACHELARD, G., *La poética del espacio*, Traducción de Ernestina de Cham-pourcin, 4ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pág. 46.

Me gustaba esa idea que, en cierto modo, ya existía en mi vida cotidiana. No digo que existieran escudos como el de Eneas, sino que los albuces formaban parte del mundo donde crecí. Los sueños, por ejemplo, y al margen del señor Freud, eran presagios. Soñar con una boda significaba que alguna muerte habría de ocurrir en un tiempo no muy lejano. El mismo resultado se daría si uno soñaba que perdía la dentadura. Afortunadamente, la desgracia onírica podía conjurarse contando el sueño lo antes posible. Aparte de ese conjuro había otros. Mi casa tenía aquí y allá signos de protección contra influencias negativas de origen difuso o, si se quiere, misterioso. Colgado en el dintel de la puerta principal estaba un gajo de zábila, que en otros lugares llaman áloe. En sus pedúnculos se enrollaba una cinta roja. Mientras la cinta y las hojas conservaran su color, la casa estaba protegida. Si sucedía lo contrario, que las hojas se secaran, por ejemplo, significaba que la planta había contrarrestado un influjo maligno pero que en la lucha había perdido todas sus facultades protectoras. La cinta roja, ya sin la zábila, pero anudada a un diminuto puño cerrado hecho con azabache, se ataba a la muñeca izquierda de los recién nacidos para guardarlos del mal de ojo.

También había procedimientos mágicos en los que siempre confié: si llovía más de la cuenta, bastaba coger un par de cuchillos y colocarlos en forma de cruz sobre el muro del balcón para que la lluvia cesara; si una persona ajena a la casa alargaba su visita en exceso, secretamente se ponía una escoba detrás de la puerta principal y con eso el visitante se daba prisa en marcharse; si alguien por descuido o por voluntad pasaba la escoba sobre los pies de cualquiera, este último estaba automáticamente destinado a contraer nupcias con una anciana; si una joven, golosa, en lugar del plato servido usaba la olla para comer directamente de ella, seguro el día de su boda llovería; si un niño gustaba de jugar debajo de la mesa del comedor, ese niño ponía en riesgo la normalidad de su crecimiento.

La lista de procedimientos y objetos mágicos es extensa,⁷ y poco tiene que ver con Eneas, pero he tenido que reportar la asociación tal

⁷ Seguramente, los descendientes indirectos de Santo Tomás objetarán el uso que hago de la palabra *magia*, y considerarán que el término correcto es

como ha surgido. Los “lazos antropocósmicos” son heterogéneos,⁸ tanto en rasgos como en naturaleza, y un libro, si fue significativo, siempre se conecta con más de un asunto extra-literario.

Peter Handke, a quien ya he mencionado en párrafos anteriores, cita unas palabras de Gustave Flaubert que, al menos para mí, son el epítome de *Don Quijote de La Mancha*: “¡Qué alegre y melancólica es esta obra!”⁹. Este libro, ya se sabe, es un monumento literario, pero cuando lo leí no conocía su importancia. De hecho, en el bachillerato sólo piden leer algunos capítulos y se detienen en el octavo, por aquello de los molinos de viento. Yo, además de la lectura exigida por el programa de estudios, leí el resto. Fue una gran lectura; lenta y edificante. No me avergüenza decir que fue el primer libro que me hizo llorar unas lágrimas gruesas e incontenibles, y reír a carcajadas (también derramando una que otra lágrima). Por eso digo que la frase de Flaubert es tremendamente precisa: *Don Quijote* está hecho de risa y melancolía.

Además, no sé por qué, mientras lo leía sentía que yo mismo formaba parte de la historia. Que los protagonistas de aquellas andanzas no eran dos sino tres. Yo era una especie de testigo empático que vivía o, mejor dicho, sentía el sufrimiento, la alegría y el delirio de los personajes. Es un libro patético en el sentido original del término, es decir, que impresiona e infunde en el ánimo de los espíritus sensibles, afectos vehementes. El mundo ha querido difundir a Don Quijote, el personaje, como un loco, pero yo creo todo lo contrario. Para acreditar lo que digo ofreceré una anécdota: estaba sentado a la mesa con varias personas que según diagnósticos oficiales sufren de enfermedad mental grave. Una de ellas se ofreció para contar un

superstición. Esta segunda palabra, desde mi punto de vista, pertenece a la esfera del menosprecio. De hecho, esta es la definición que da el diccionario: *creencia extraña a la fe religiosa y a la razón*. Ciencia y religión juntas en contra de lo que según sus propios términos se considera raro, singular o ajeno a la naturaleza de lo que se debe creer o lo que se debe pensar. Por todo esto prefiero la magia, que nada tiene que ver con la fe ni con la razón.

⁸ BACHELARD, G., *La poética del espacio*, op. cit., pág. 34.

⁹ CERVANTES, M. De, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, Barcelona, Imprenta de la viuda e hijos de Gorchs, 1832, p. 52; HANDKE, P., *La historia del lápiz*, op. cit., pág. 52.

chiste que, palabras más palabras menos, iba de esta suerte: “Estaban dos locos conversando y uno le dice al otro –Soy un rey, Dios me lo ha dicho. El segundo, sorprendido le responde de inmediato– ¿Que yo te he dicho qué?” Bien, los dos juntos y todos los que allí entendieron el chiste son Don Quijote.

Hace poco, mientras caminaba por la Rambla de Catalunya en pleno Sant Jordi –día de libros y rosas–, vi en una de las mesas un ejemplar de *Don Quijote* idéntico al que leí siendo adolescente. Me acerqué, lo tomé y lo abrí buscando la fecha de publicación: 1950. Me decepcionó saber que no se trataba de una edición antigua, porque cuando leí ese libro sentía que había sido publicado hacía mucho tiempo. El mío era un ejemplar ajado con hojas a punto de perderse para siempre. De hecho, creo que el libro se perdió igualmente. No obstante, por un instante, rodeado por aquel gentío, la memoria me permitió unos segundos de nostalgia. En fin, este libro estableció una conexión directa entre las palabras y la expansión del ánimo. No digo que las lecturas anteriores no me hicieran sentir nada; digo que *Don Quijote* me indujo a expresar el sentimiento, tal como le sucediera a Fernando Pessoa siendo todavía un niño:

No lloro por nada que la vida lleve o traiga, pero hay páginas que me han hecho llorar. Recuerdo, como si lo estuviera viendo, la noche en que, siendo un niño todavía, leí por vez primera el célebre pasaje de Vieira sobre el Rey Salomón: “Construyó Salomón un palacio...”, y fui leyendo hasta el final, trémulo, confundido. Después, rompí en lágrimas, felices, como ninguna felicidad real me hará llorar, como ninguna tristeza de la vida me hará imitar. Aquel movimiento hierático de nuestra diáfana y majestuosa lengua, aquella manera de exprimir las ideas en las inevitables palabras, [...] aquel asombro vocal donde los sonidos son colores ideales; todo eso me nubló de instinto como si de una gran emoción política se tratara. Y, digo, lloré; hoy, recordando, todavía lloro. No es, no, nostalgia de la infancia, por la cual no siento nostalgia alguna. Es una nostalgia de la

emoción de aquel momento; una herida por no poder leer por primera vez aquella gran certeza sinfónica.¹⁰

Más allá o más acá de la experiencia emocional, del Quijote conservo una frase que no pronunció el Ingenioso Hidalgo, sino su escudero, y que no representaría ninguna dificultad atribuírsela a Parménides: "...siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento".¹¹ Cada vez que tropiezo con alguien que se resiste al cambio, Sancho Panza se pasea por mis mientes reconcentrado en esas palabras.

Ahora hablaré brevemente de *La divina comedia*. Yo no sabía de qué iba la obra, así que a medida que leía, me enteraba. Esto garantizaba la sorpresa. Y en efecto hubo sorpresa, ya no estilística o temática como en el caso de Homero y Virgilio. Más bien, me sorprendieron los detalles y la capacidad imaginativa de Dante. Del Limbo al Purgatorio, entre personajes y tormentos, la lectura medraba en asombro pero no sucedía lo mismo con el interés. Los detalles eran tan prolijos y entretenidos que poco a poco fui perdiendo el norte de la historia. Me olvidé de Beatriz y al llegar al cielo me ganó el aburrimiento. Pude alcanzar la página final porque así me lo propuse, esforzándome literalmente con cada renglón. Debo confesar que toda aquella luz celestial poco o nada me interesaba.

¹⁰ Este texto es una traducción libre de un fragmento de *Minha pátria é a língua portuguesa*, de Fernando Pessoa. Aunque lo cito por otras razones, creo que con semejante título, lo apropiado o más bien lo justo, es que presente el texto en su lengua original: *Não choro por nada que a vida traga ou leve. Há porém páginas de prosa que me têm feito chorar. Lembro-me, como do que estou vendo, da noite em que, ainda criança, li pela primeira vez numa selecta o passo célebre de Vieira sobre o rei Salomão. "Fabricou Salomão um palácio..." E fui lendo, até ao fim, trémulo, confuso: depois rompi em lágrimas, felizes, como nenhuma felicidade real me fará chorar, como nenhuma tristeza da vida me fará imitar. Aquele movimento hierático da nossa clara língua majestosa, aquele exprimir das ideias nas palavras inevitáveis, correr de água porque há declive, aquele assombro vocálico em que os sons são cores ideais - tudo isso me toldou de instinto como uma grande emoção política. E, disse, chorei: hoje, relembrando, ainda choro. Não é - não - a saudade da infância de que não tenho saudades: é a saudade da emoção daquele momento, a mágoa de não poder já ler pela primeira vez aquela grande certeza sinfónica.*

¹¹ CERVANTES, M. de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, op. cit., pág. 46.

De hecho aún hoy no recuerdo cómo acaba el libro. No obstante, de *La divina comedia* conservo el recuerdo de algunos tormentos, de los suspiros del Limbo y, como he dicho, de la luz del Cielo. Como herencia literaria me dejó eso del detalle y un par de cosas más: 1) la idea de que la literatura es un campo abierto para la imaginación y 2) en ella se pueden mezclar los entes de ficción, como los llamaba Unamuno, y los seres *reales*. Además, y digamos que esta sería una tercera herencia, también aprendí que se puede castigar o premiar a estos últimos por la vía de la invención literaria. Acaso haya sido esta mi primera experiencia con el carácter funcional y constructivo de la palabra, cosa de la cual me enteraría a consciencia años más tarde por intermedio de Jonathan Potter.

Cerraré este apartado refiriéndome, también brevemente, a *La celestina*. Creo que la leí por accidente. Me crucé con ella en algún lugar de la casa y decidí leerla. Estaba junto con los libros de Rómulo Gallegos y creo que desentonaba. No sé. No recuerdo bien. Sólo sé que fue para mí una lectura edificante. Era, como el Quijote, parte tragedia y parte comedia. Así que en algunos pasajes me reí a carcajadas y en otros me sentí un poco triste. Creo que eso de los amores imposibles siempre me afectó; sobre todo porque mi vida amorosa adolescente era precaria, cuando no inexistente. Solía gustarme la muchacha más bonita, lo cual para un púber delgado y taciturno calificaba como inalcanzable. Ganaba mi complejo y mi falta de autodeterminación y me refugiaba en la imaginación, donde todo era posible, excepto en casos como los de Romeo y Julieta o de Calixto y Melibea. Para mí, la moraleja de *La celestina* era: en cuestiones del amor, es mejor evitar los intermediarios. Aunque la idea que todavía cito es esta otra: en los males, es mejor la potencia que el acto; y en los bienes, es mejor el acto que la potencia; es mejor comprar una casa que poder comprarla y es mejor poder tener jaqueca que padecerla.

¡Aparta de mí ese opio!

En aquel tiempo, no todo fue lectura obligatoria. Casi al final de mi bachillerato me aficioné al comunismo. No era un activista, sino un teórico, es decir, en lugar de *hacer cosas*, yo *leía cosas*. Esto solamente me permitía ver los acontecimientos desde las letras y no desde los actos y, a lo sumo, sólo podía ofrecer argumentos a favor de mis valores políticos basándome en panfletos como *El partido de nuevo tipo* o *El manifiesto del partido comunista*. Nunca me refería a acciones en las que yo fuera el protagonista. Claro, debido a mi escasa edad, es decir, a la inmadurez de mi capacidad comprensiva, esos argumentos también eran escasos, y yo diría que débiles.

A pocos convencí con esas ideas que me resultaban no sólo justas, necesarias y potentes, sino también perfectamente realizables. Esa realización, por supuesto, habría de ser por la vía de la revolución; no había otra. Yo, lo confieso sin vergüenza, esperaba la revolución y mientras lo hacía, de vez en cuando escuchaba uno que otro tema de la Nueva Trova Cubana, cosa que me producía una tristeza profunda. Aún hoy para mí es un misterio la pesadumbre con la que cantan los trovadores, palmariamente contradictoria con la idea del mundo comunista feliz.

Curiosamente, todo eso cambió cuando me di cuenta de que era pobre, es decir, cuando alcancé eso que se llama consciencia de clase y que, según los principios, tenía que movilizarme hacia un cambio radical de las relaciones de producción en el marco de la sociedad explotadora y capitalista donde crecí. Repito, no fue así. Cuando supe que era pobre, quise dejar de serlo y en modo alguno pensé en deshacerme de los que directa o indirectamente produjeron mi pobreza; tampoco quise que todos dejaran de ser pobres. Simplemente pensé que el comunismo no era la vía.

Sin embargo, hoy puedo jactarme de haber leído *El Capital* de cabo a rabo. Claro, lo leí sin saber lo que hacía, sin guía, sin meta, y, bueno, lo olvidé como se olvida el cielo de ayer que nos pareció tan bonito. Pero no todo se perdió. De esas lecturas conservo cierta

actitud que, a falta de un mejor término, llamaré crítica. Con esos libros aprendí que era posible que las cosas no fueran como uno creía que eran y que siempre era recomendable tratar de distinguir qué había detrás de lo que se asume como natural. Dicho brevemente, incorporé a mi manera de ver la vida la idea de que (1) aquello que se afirma también puede ser negado, (2) lo que se niega también puede ser objeto de negación y (3) lo uno y lo otro pueden formar parte de una afirmación que a su vez podrá negarse, etc. Aspiras y expiras y ambos movimientos forman la respiración; por eso vives pero también por eso mueres, etc. Eran mis pininos filosóficos y, bueno, no estaban mal para una persona destinada a cosas más telúricas y consumistas.

También leí *La Biblia*. Y aquí cabe hacer un inciso romántico/teológico. Yo no llegué al mundo comunista por la vía de la búsqueda personal ni por la experiencia encarnada de la injusticia social. Llegué allí porque me gustaba una muchacha y ella, mucho más madura que yo, leía esos libros de los que hablé en el párrafo anterior. Así que ella, consecuente con sus ideas, afirmaba abiertamente que era atea y que la religión era el opio del pueblo. A mí me escandalizaba un poco esa afirmación, porque aunque en mi familia la religiosidad era más bien *light*, la existencia de Dios se daba por sentado. Al llegar a casa o salir de casa, mis hermanas y yo le decíamos a mi papá o a mi mamá “Bendición”, a lo que ellos respondían “Que Dios te bendiga”. Nunca pensé en si Dios me bendecía o no, pero de alguna manera asumía como natural que era un existente al cual se hacía referencia sin mayores problemas.

Bien, aquella muchacha con alegría y desparpajo no cuestionaba la existencia de Dios, sino que la negaba de plano y a mí eso me conmovía y en cierto modo me animaba a seguir sus pasos. De hecho, desde entonces dejé de pedirle la bendición a mis padres; cosa que toleraron en silencio básicamente porque yo era el único hijo varón, al que le daban un alto crédito de idiosincrasia, es decir, porque dejaban que yo hiciera lo que me daba la gana. Innecesario

decir que es un rasgo típico de la sociedad en que crecí: el hijo varón es siempre el hijo esperado y el más consentido.

Cierto día le pregunté a la muchacha si creía en Cristo y ella me dijo que no creía en él, pero que no negaba su existencia (actitud que, digo ahora, delataba su ignorancia del misterio de la Santísima Trinidad). Según ella, Cristo había sido un revolucionario del amor (sic) y la Biblia era como un libro de aventuras tergiversado por sus traductores a lo largo de la historia. Ese par de ideas, lo recuerdo claramente, iluminaron mi cabeza, pero significaron mi ruptura definitiva con el ateísmo. No digo que me convertí al cristianismo, sino que me sedujo la idea de acercarme a ese libro y a ese personaje haciendo lo que me gustaba tanto hacer: leer; y hacerlo sin el lastre de la fe y de la religión pero aceptando el tácito pacto de verosimilitud interna que ocurre entre el lector y la obra. Por eso leí toda *La Biblia*. Como siempre, he olvidado muchas cosas, pero años más tarde, cuando leí a San Anselmo, por ejemplo, me di cuenta de que esa lectura flota en mí como un satélite fantasma. Esporádicamente, me vienen ráfagas mnémicas con pasajes bíblicos que me dibujan una sonrisa y me hacen vivir nuevamente aquellos días de fuerte reacción y de ingenuidad tanto espiritual como intelectual. Además, me gusta fastidiar a mis colegas con el asunto siempre espinoso de la creencia. Les digo que me siento más cómodo creyendo que no creyendo, porque es más fácil demostrar la existencia de Dios que negarla. Ah, lo olvidaba, nunca se realizaron mis aspiraciones románticas para con la muchacha. Nuestra relación, guardando las distancias analógicas, fue como la de Richard Castle y Kate Beckett.

El fondo literario básico o los heraldos de la imaginación

Junto con mis asuntos de bachillerato, en mi tiempo libre seguía leyendo cosas que encontraba en casa. Mi hermana, la del *Círculo de Lectores*, había comprado una colección que reunía las obras más destacadas de William Shakespeare, Oscar Wilde, Fyodor Dostoie-

vski, Gustave Flaubert y Jules Verne. Del primero y del segundo, así como del último, lo leí todo. Del tercero, solamente *Crimen y Castigo* y del cuarto, *Madame Bovary*. Eran ejemplares gordos con páginas de gramaje muy ligero que llaman papel biblia. Estaban encuadernados con hilo y tapas duras de color bermejo subido y el corte superior de las hojas era dorado. Daba gusto tenerlos en las manos por su peso, que les inyectaba cierta gravedad, cierta importancia. Además, cosida al cuerpo tenía una cinta igualmente roja que servía para marcar la última página leída. Al cerrar el libro, el extremo suelto de la cinta colgaba, dándole al conjunto un aire de libro antiguo de biblioteca igualmente antigua. Estos fueron para mí libros muy serios. Cuando los encontré, ya tenía yo una cierta experiencia en asuntos literarios y sabía que eran autores importantes. Así que me esforcé por distinguir lo que en teoría había que distinguir de cada obra, sobre todo de las más renombradas. Me temo que no lo logré.

De *Crimen y castigo*, aparte de grabar en mi memoria el nombre de su torvo protagonista, Rodion Raskolnikov, creo haber aprendido la idea de dilema moral y de culpa. Supe desde entonces que es un verdadero problema, tanto personal como colectivo, tomar la ley por propia mano y que la verdad o, en todo caso la justicia, si no te alcanza, siempre te mantiene a raya o te acosa hasta hacerte confesar para que luego expíes tus culpas por la vía de algún sacrificio, sea impuesto por los tribunales o por la consciencia. Sin embargo, también aprendí que se puede tomar la ley por propia mano si se tienen los argumentos suficientes o de peso para hacerlo, y vivir un tiempo creyendo que se ha hecho lo correcto. Luego hay consecuencias, pero entre ellas y el autoengaño hay una especie de período de gracia.

Igualmente, Dostoievski fue clave en la elección de la carrera que luego estudié: psicología. El entramado de pensamientos y de comportamientos de Rodion fueron despertando en mí el interés por estudiar y conocer los principios que lo regían. Aun cuando el camino de mi formación profesional ha sido largo, todavía considero que sé muy poco de esos principios. No digo que la carrera haya sido un desperdicio, sino que el objeto de estudio de la psicología

(¿o debería decir *los objetos de estudio*?) siempre va por delante de lo que se llega a conocer de él. Parafraseando a Unamuno, no hay nada más menguado que una persona tratando de conocer las intenciones de otra. Esa mengua es la fatalidad del conocimiento psicológico formal.

William Shakespeare me dejó un mal sabor. Se supone que todo tenía que parecerme dramático y excelso, pero no fue así. De hecho, en el caso de *Otelo*, su protagonista me parecía cursi, patético, débil, pero su contraparte, Yago, me parecía todo lo contrario. Lo odié y al mismo tiempo sentí cierta admiración por su ingenio para la maldad. En el caso de *Hamlet*, el resultado fue más o menos el mismo. El príncipe me producía un efecto como de pesadumbre y de queja injustificadas. Recuerdo que esperaba con ansia el momento de aquel famoso monólogo, pero el traductor, en un imperdonable alarde de originalidad, en lugar de decir *ser o no ser, he allí el dilema*, dijo *Existir o no existir, he ahí el dilema*. Creo que esas palabras, dichas así, me decepcionaron para el resto del volumen. Me sentí defraudado y desconfiaba de las palabras que leía. Acaso por eso el efecto dramático, trágico, no se dio. Siempre me persiguió la sombra de la duda, *¿cómo será en el original?* Así que, en resumen, aprendí algo que estaba fuera del contenido de los textos de Shakespeare pero que lo afectaba significativamente: en cada obra no castellana, hay un tercero que pone su grano de arena: el traductor, y dependiendo de su talento y de sus decisiones, uno puede leer un texto fiel al original o infiel. Ah, también llegué a la conclusión de que entre una obra y otra puede haber una cierta afinidad de sentido pero que ello no significa plagio; me refiero al parecido entre *La comedia de las equivocaciones* y *La importancia de llamarse Ernesto*; cosa que también pasa en la vida.

Del volumen dedicado a Oscar Wilde recuerdo *El retrato de Dorian Gray* y, como dije, *La importancia de llamarse Ernesto*. Aunque lo leí todo, el valor del resto solo lo supe cuando estaba en la universidad y aunque de esa época hablaré al final de este texto, allí tampoco hablaré de ese resto. Como a cualquiera que haya leído

El retrato..., lo que más asombra de esa obra es el tema. Creo que no me equivoco si digo que fue mi primera experiencia con la literatura fantástica que luego, de la mano de Borges, se convertiría en mi género literario favorito. El tomo de Verne aún esperaba en su anaque. El trato de Dorian y aquel que cumplió su deseo me resultaron escalofriantes. Aunque, en realidad, más que el trato, creo que eran los efectos del trato los que me causaban escalofríos. Ya yo había visto en una telenovela algo parecido. Se llamaba *Piel de zapa*, porque se trataba de una versión de la novela de Balzac. Y la telenovela también me hacía sentir cierto temor.

De hecho, fuera de la literatura siempre fui muy temeroso, no de las cosas reales sino de las cosas cuyo estatus ontológico me resultaba misterioso, desconocido o simplemente inclasificable. Le temía a la oscuridad, a los ruidos en la noche, a los sueños, a la soledad, a la velocidad, a los perros, a la muerte y a los seres sobrenaturales como los fantasmas y todas las figuras e historias relacionadas con el Príncipe de las Tinieblas. Así que el cuadro de Dorian me aterraba, así como me aterraba la piel de Rafael. No obstante, lo leí de principio a fin y quedé impresionado positivamente por la coherencia interna de la obra (en aquel entonces no lo llamé así, por supuesto). Sentía que todo estaba en su lugar, que todo había sido narrado con precisión, que nada faltaba. Con el tiempo comprendí que aquel libro tenía un fondo moral que no era del todo despreciable: en primer lugar, hay que tener cuidado con lo que se pide porque es posible que alguien te lo dé y, en segundo, tu cuerpo es el reflejo de la vida que llevas o, mejor dicho, todo lo que haces en la vida va dejando marcas en tu piel. De *La importancia...* ya me he olvidado. Solo recuerdo que me resultó hilarante y muy entretenida.

Leer a Julio Verne fue una verdadera iluminación. Ya he dicho que al conocer a Borges me aficioné a la literatura fantástica. Pues bien, el germen de esa afición está en la lectura temprana de las extraordinarias aventuras contadas por Verne. De él suele decirse que era un visionario. A mí ese rasgo nunca me interesó. Me interesaban los acontecimientos que narraba y, también, quién o qué producía

esos acontecimientos. De todas sus obras, creo que la que en ese entonces me impresionó más fue *La isla misteriosa*. Me fascinaba el ingenio de Cyrus Smith y cómo aprovechaba al máximo los recursos para generar el bienestar común. Yo me perdía en aquella isla y la cueva donde se refugiaban los náufragos (aunque no llegaron en barco sino en globo) me resultaba muy acogedora. Creo que la llamaban *Castillo*; nombre muy adecuado por las comodidades que lograron tener y, también, por la soberanía de la que disfrutaban. En esta obra, como en las otras, en especial las figuras de Phileas Fogg, Otto Lidenbrock y la del mismo Cyrus Smith se convirtieron para mí en heraldos de la imaginación. De eso, insisto, para mí y en ese entonces, debía tratar la literatura: de mundos imposibles, de viajes descabellados, de asuntos inimaginables pero sobre todo de personas que estuvieran dispuestas a conocer los primeros, de realizar los segundos y de pensar en los terceros. No quiso la vida que yo fuera una de esas personas, pero no me quejo de no serlo.

La poesía dominical

Hasta aquí he hablado de libros y novelas, pero yo también ejercía la lectura de otros soportes y de otros géneros. Cada domingo, uno de los diarios más antiguos de mi país publicaba un suplemento llamado *Papel literario* y otro con tiras cómicas. Luego de leer el segundo (todavía hoy me gustan los *comics*), me sentaba a leer el primero. Sobre todo me interesaba el apartado dedicado a la poesía y los ensayos de Kotepa Delgado, quien fuera uno de los fundadores del Partido Comunista de Venezuela y que reunía sus ideas en una columna llamada *Escribe que algo queda*. Y a propósito del comunismo, creo haber leído en el *Papel* una que otra vez cosas de Ludovico Silva y en realidad de muchos intelectuales venezolanos.

El *Papel Literario* que leí y que guardé con celo en un rincón de mi oscuro cuarto, me dio a conocer a los poetas mi país. Miyó Vestrini, Hanni Ossot, Elizabeth Schön, Vicente Gerbasi, Ana Enri-

queta Terán, Ida Gramcko, Luis Alberto Crespo, etc. Este último era el director del *Papel* y de vez en cuando se podían leer allí algunos de sus versos. Era la suya una poesía muy personal y muy telúrica. Se parecía a la tierra que lo vio nacer, Carora.

Mientras escribía esta sección tuve curiosidad por saber qué era de su vida y fui a por él en Internet. Como suele suceder, el motor de búsqueda me ofreció su entrada de Wikipedia. Ignoro quién la escribió, pero logró entristecerme profundamente; casi lloro. Luego de hacer un listado de sus logros en el mundo de las palabras, el enciclopedista anónimo cierra el *currículum* del poeta con estas palabras: “Servil y con la cerviz doblada ante el régimen chavista, en el acto de apertura del Festival Mundial de Poesía, en junio de 2012, afirmó que Chávez es ‘el gran poeta de Venezuela.’” No veo yo destino más triste para un poeta que poner a un dictador por encima del arte que le anima y le da valor.

Pero para no quedarme con el mal sabor de esta noticia, mejor vuelvo a la memoria. Además de los poetas venezolanos, por el *Papel* también conocí a poetas de otras latitudes y épocas: René Char, John Donne, Sylvia Plath, Walt Whitman, Eugenio de Andrade, James Galvin, etc. Con el tiempo pude adquirir algunos de sus poemarios. *Hojas de hierba* de Whitman (traducido por Borges) se convirtió en uno de mis favoritos, junto con *Blanco en lo blanco*, de Eugenio de Andrade; *Costumbre de sequía*, de Luis Alberto Crespo y *Pocas virtudes*, de Miyó Vestri. Y ahora que hago esta lista, hubo un libro que leí asistemáticamente y al cual solía volver porque me resultaba diáfano y al mismo tiempo misterioso. Se llamaba *Memoria en ausencia de imagen. Memoria del cuerpo* y estaba compuesto por ensayos firmados por Hanni Ossot. Estas lecturas dominicales, hechas con el silencio amodorrado y a veces bochornoso de Los Teques, me hacen sentir una nostalgia que duele más de lo que gusta.¹²

¹² Los Teques, nombre del poblado donde nació y vivió Carlos hasta su adolescencia, está ubicado en una región montañosa cercana a Caracas. Actualmente, este municipio está unido a la capital por metro, y carreteras. A pesar de ser capital del Estado de Miranda, funciona como ciudad-dormitorio de Caracas. [N. de la E.]

La transformación: el ratón de biblioteca

Llevado por mi curiosidad, o si se quiere por mi ocio, me topé con un librito que operó en mí una verdadera transformación estética de cara a la literatura y las entidades escritas en general. Suena exagerado, pero en aquel momento así lo experimenté y en retrospectiva no puedo restarle méritos. Ese librito se titulaba *La metamorfosis* de Franz Kafka. Leerlo fue, en principio y como ya he dicho, un acto de curiosidad. El ejemplar estaba allí, en la exigua biblioteca de mi casa –y cuando digo *exigua* no estoy hablando a la ligera: era un solo estante con unos cuantos anaqueles donde había además, unos cuantos volúmenes de obras misceláneas–, esperando a que alguien hiciera algo por él. Vi la portada, me llamó la atención y comencé a leerlo. El primer párrafo fue todo un impacto. No porque despertara mi imaginación o porque sintiera que estaba frente a una gran obra de la literatura universal. El impacto se debió a mi incredulidad. Sé que *crear* o *no crear* son verbos impertinentes en el marco de la ficción literaria, pero en ese momento lo primero que sentí fue eso: incredulidad. No me resultaba verosímil que alguien amaneciera convertido en un insecto gigante. De hecho, le comuniqué mi reacción a la profesora de Castellano y Literatura. Ese gesto fue clave para que mi relación con los libros cambiara para siempre. Le dije lo que estaba leyendo. La noticia le iluminó el rostro, como si le hubiera dicho un piropo o algo parecido. Luego le dije que no creía en la desgracia de Gregor Samsa. Esto hizo que sonriera y con un tono amable y comprensivo me dijera: “No debes leerlo literalmente, sino considerarlo como una gran metáfora de la vida.”

Por razones que ahora no sabría explicar, esas palabras me llegaron cabales, con una completitud de sentido como pocas he tenido en la vida. Sé que vuelvo a exagerar, pero así lo viví. Aquellas palabras no sólo me sirvieron para disfrutar el resto del libro, sino que tuvieron un efecto retroactivo: creí comprender muchas cosas de mis lecturas anteriores. Además, esas mismas palabras tendieron un puente entre la escritura y mi vida cotidiana. Entendí que a

veces despertaba como Gregorio, que a veces era tratado como un bicho raro, que a veces me encontraba en una situación personal de la cual no podía escapar, etc., en fin, que la literatura era *la vida por otros medios*.

Fue entonces cuando comencé a escribir cosas de las que ahora en cierto modo me avergüenzo, porque al cabo de los años he aprendido que entre ser un buen lector y ser un buen escritor hay una brecha olímpica. Intenté salvarla porque la juventud y la ignorancia son atrevidas; hoy sé que era y es una tarea vana. A mí me corresponde disfrutar el trabajo de los que escriben; emularlo no pasa de ser un desaguisado, una falta de comedimiento. Pero como este texto va de lecturas bien vividas y no de escrituras mal logradas, no diré nada más al respecto, me conformaré con citar a Borges: “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído.”

Luego de la *La metamorfosis* hubo un hiato, una pausa, durante la cual me ocupé del cuerpo: me convertí en un deportista competitivo. Cada mañana iba religiosamente al gimnasio donde un entrenador se ocupaba de que actuara y me desempeñara como un atleta de alto rendimiento. Fui un fracaso total. En ese tiempo también me dediqué a experimentar directamente otros ámbitos del arte. Me hice aficionado al jazz, que se convirtió en el estilo que musicaliza mis días desde entonces hasta ahora. También iba al Ateneo de Caracas, a Los Espacios Cálidos (sala de exposiciones fotográficas), a la Cinemateca Nacional, al Museo de Bellas Artes, a la Galería de Arte Nacional, al Museo de Arte Contemporáneo, al Instituto de Estudios Africanos, en fin, más que libros leía imágenes; aunque siempre llevaba un libro en la mano. Me hacía sentir seguro.

Culminé el bachillerato y llegó el tiempo de la Universidad. Debido a mi status socioeconómico de entonces, lo coherente era que no continuara con estudios superiores, pero sucedió lo contrario y fui aceptado para estudiar la Licenciatura en Psicología en la Universidad Central de Venezuela. No me sorprendió cuando entendí que la psicología estudia el comportamiento de las personas, y los

psicólogos (o los que quieren llegar a ser psicólogos), para poder hacer psicología primero deben leer lo que se ha escrito sobre el comportamiento de las personas. Dicho de otra manera, la psicología no se aprendía *haciéndola* sino *leyéndola*. Al final de la carrera uno *ve personas*, pero desde el comienzo *la persona* no pasa de ser una entidad apalabrada de la cual se predicen cosas (reales o no). Así que en la carrera me sentí en mi ambiente o, en todo caso, no me exigían hacer algo que fuera completamente desconocido para mí.

Muy rápido me hice asiduo a la Biblioteca de la Escuela de Psicología y, también, a la Sala de Humanidades de la Biblioteca Central, así que, además de las lecturas formales también hice lecturas complementarias. Sin ánimos de parecer más pedante de la cuenta, no hay espacio aquí para hablar de todo lo que consulté. Me limitaré a un puñado de autores que fueron significativos en la conformación de mi manera de acercarme al conocimiento psicosocial y, sobre todo, de expresarlo. No todos pertenecen al mundo de la literatura o de la psicología. Sus orígenes e intereses son más bien surtidos, como frutas en Macedonia.

No había acabado el primer semestre cuando tuve mi primer contacto con Gaston Bachelard. Leí su libro *La formación del espíritu científico* y, bueno, no pude sino rendirme antes sus razones. Digo, su pensamiento me parecía diáfano y elemental. Tenía la facultad de poder ser recibido y luego referido de una manera rápida y sencilla sin que por ello perdiera la complejidad que le había dado origen. La idea de obstáculo epistemológico, por ejemplo, me pareció tan heurística que la acomodé con facilidad y sobre todo con mucho gusto en mi catálogo personal de conocimientos singulares. Para mí, aún hoy, el saber es un movimiento de flujo y reflujo entre lo que ya se sabe y lo que está por saberse, y conocer no es sólo observar y enterarse de los eventos del mundo, sino abrirse paso entre una maraña de prejuicios que impiden el avance de las voluntades cogitativas. En definitiva, con ese Bachelard aprendí que no existe el grado cero del saber.

Luego me encontré con dos libros más de él: *La poética del espacio* y *La llama de una vela*. Confieso que, al menos desde mi punto de vista, en el caso de Bachelard, el fenomenólogo le gana al epistemólogo. *La poética...*, por ejemplo, siempre viaja conmigo y vuelvo a ella como quien vuelve a una canción. Su prosa es iluminadora y está a medio camino entre lo poético y lo racional. Con *La llama...* pasa lo mismo. Recuerdo que en aquel entonces pude darme el lujo de comprarla, porque era muy barata; *La poética...* en cambio, no. Fue mía cuando ya tenía un salario como profesor universitario, en un viaje que hice a la ciudad de México. Este segundo Bachelard suavizó en mí las ideas del primero. Diría que me enseñó a mirar las cosas con más detenimiento para distinguir en ellas el corazón del sentido.

Dos libros escritos por el mismo autor y que ejercieron una influencia determinante, ya no en mi modo de ver el conocimiento, sino en mi concepción de mundo fueron *Vigilar y castigar* y *La arqueología del saber*, ambos de Michel Foucault. Este autor no formaba parte del currículo formal de la Escuela. Sólo un profesor, con formación en criminología, sugería leerlo. Yo seguí su sugerencia y no me decepcioné. Curiosamente, de Foucault nunca me interesó lo que decía, sino el lugar desde donde hablaba y su manera de acercarse a las cosas que le afectaban. No lo leía como quien está decidido a desentrañar el sentido oculto entre renglón y renglón, sino como aquel que lee aventuras (tal como leí *La Biblia*).

Las ideas de Foucault eran para mí más peripecias del pensamiento que sesudos principios filosóficos. Siendo así, cada vez que me topaba con una de ellas no me sentía instruido, sino fascinado, casi testigo de una especie de prodigio intelectual y, sobre todo, *almático*. En este sentido, mi relación con sus textos era más espiritual que científica o filosófica. Recuerdo con cierta claridad el momento que leí y comprendí la noción de micropenalidad. Contento de haber hallado un nombre para lo que sucedía siempre, se lo comenté a uno de mis mejores amigos de entonces, quien se sintió en perfecta sintonía conmigo. Me dijo que de Foucault le encantaban lo que llamó

“las categorías *ad hoc*”; es decir, le gustaba, como a mí, esa especie de virtud adánica que consistía en ir nombrando (¿bautizando?) lo que pasaba por sus mientes. El comentario de mi amigo me pareció tan preciso que comencé a usarlo cuando más tarde tuve que dictar alguna clase basada en la obra del filósofo francés. Y, sin duda, Foucault no se equivocó o, mejor dicho, tuvo el tino de observar y saber nombrar aquello que forma parte de la vida cotidiana constreñida por el control infundado.

Además de esto, Foucault me sirvió para otra cosa más importante todavía. Con él aprendí a ver y entender de otra manera tanto el discurso como lo que rápidamente llamaré el *sujeto moderno*. La idea de que las palabras no remiten a cosas sino que sistemáticamente construyen las cosas a las que se refieren, así como la idea de que el sujeto es una función vacía que puede ocupar cualquiera según el orden del discurso, también fueron a parar al catálogo del que hablé en un párrafo anterior. Ah, y casi olvidaba una tercera idea: la pequeña práctica. Mi carrera profesional, por ejemplo, comenzó cuando apliqué esas ideas en una investigación sobre las formas cotidianas de la corrupción. Sé que muchos valoran otras cosas del pensamiento de Foucault. Creo además que sus seguidores le han entronizado. Yo, en cambio, le dejé en el lugar que ya tenía y me quedé con las nociones que mencioné *ut supra*, pero no en calidad de conceptos, sino en calidad de herramientas para manejarme en lo diverso.

Aparte de libros también conocí gente. Hice amigos y, sobre todo, amigas. Una de ellas tenía un novio que además de psicología también estudiaba filosofía. Era un tipo circunspecto y al mismo tiempo con un sentido del humor sutil y cerebral que en cierto modo traicionaba su circunspección habitual. Muy pronto creció entre nosotros una buena amistad. Fue él quien me presentó a Jorge Luis Borges. Nunca le agradecí suficiente el don que me hizo y ya no podré hacerlo porque murió joven; muy joven. *Ficciones*, fue el primer libro de Borges que leí. Esa fue mi entrada formal, o mejor dicho consciente, al mundo de la literatura fantástica (Verne y

Kafka solo fueron preliminares accidentales). Aquí cabe hacer un inciso. Pienso que decir “literatura fantástica” es un pleonasma. Si bien no toda fantasía es literaria; la escritura, cuando es de ficción, básicamente fantasea. Sé que la categoría se aplica a textos cuyos contenidos imaginarios se alejan significativamente de lo que se conoce como *realidad*; es decir, Rodión Románovich Raskólnikov es menos fantástico que, por ejemplo, Dorian Gray. Sin embargo, para mí ambos pertenecen a un mundo imaginario, un mundo donde la consciencia del mal hecho me obliga a comparecer ante la justicia o donde en lugar de envejecer yo, lo hace un objeto al cual transfiero mi envejecimiento por la vía de un pacto sobrenatural.

Confieso que en ese mundo, el de la literatura fantástica, me sentí seguro desde el principio. Tenía la ventaja –o el peligro, según se vea– de que las posibilidades eran infinitas, así que cualquier cosa podía suceder, pero fueran buenas o malas, como eran imaginarias, producían efectos igualmente imaginarios. Claro, hay gente que lee una obra de ficción y le afecta tanto que su vida cambia para siempre, pero ese cambio, aun siendo palpable, tiene una base de fantasía. Puedo decir, por ejemplo, que *El castillo*, de Kafka, me enseñó la noción de postergación, o que las barandas bajísimas de la *Biblioteca de Babel* de Borges me hicieron sentir vértigo. Lo uno y lo otro se pueden calificar como eventos que, a su manera, se incorporan a la experiencia vital real, pero ni el agrimensor ni su inaccesible destino, ni las galerías hexagonales ni su inimaginable infinitud, pueden calificarse como reales. Aun siendo así, y más allá o más acá de las constricciones del dualismo, como dije, me sigo sintiendo seguro en ese mundo. Incluso pudiera decir que la literatura, fantástica o no, ha sido y es mi refugio.¹³

¹³ La palabra “refugio”, por cierto, viene de “fuir” que se traduce como “huir”. Tendemos a considerar que este último término pertenece al orden negativo del ser, a la cobardía, a la retirada, etc. Pero, en su origen, pertenece al orden positivo, al orden vital: quien huye se salva. De hecho, Emile Littré decía que huir es sustraerse de un peligro generado por algo o por alguien. Uno puede huir de la lluvia o huir de un asesino, y en ambos casos el movimiento asegura estados positivos; por ejemplo, no resfriarse o no perder la vida. El lugar donde uno está a salvo de ese peligro, el lugar hacia donde se huye, se llama refugio; palabra que significa *estando aquí ya no es necesario seguir*

Así, pues, conocí a Borges por la vía de *Ficciones*, y casi inmediatamente, por la de *Otras inquisiciones*. Borges se convirtió para mí en el paradigma de la expresión escrita y del literato en general. Su economía, su manera de usar el punto y la coma, sus referencias, sus preferencias y obsesiones, en fin, casi todo me fascinaba. Cierta vez, leyendo a Jean Baudrillard, me topé con una definición que iba más o menos así: *Pon un tigre en tu biblioteca y quítale la vista: es Borges*. En efecto, eso era para mí Borges. Comencé a seguir sus pasos. Leí a los autores que citaba: G.K. Chesterton, H.G. Wells, Giovanni Papini, Leon Bloy, Guy de Maupassant, Emmanuel Swedenborg, Thomas De Quincey, Rudyard Kipling, Henry James, P'uSung-ling, etc. Leí a sus amigos, Bioy Casares y Silvina Ocampo. Leí a su admirado Macedonio Fernández. Leí mucho, pero Borges seguía siendo mi favorito.

Comoquiera que me comportaba como un ratón de biblioteca, allende mi obsesión borgiana, conocí y leí a otros autores que también colaboraron en mi configuración tanto como psicólogo, como de persona que se expresa en castellano, aun cuando ni hablaban ni escribían en mi idioma. Me refiero a Italo Calvino, Heinrich Böll, Henri Michaux, Maurice Blanchot, etc. Mención especial merece Roland Barthes, otro de mis santos patronos intelectuales. *Mitologías* fue un descubrimiento fascinante. Barthes tendía un puente hecho con el más exquisito material intelectual hacia los aspectos más estereotipados de la cultura de masas. Cuando vi lo que hacía, supe qué era lo que quería hacer: pensar y escribir como él. Por supuesto, no lo logré porque simple y llanamente, él era muy él y yo era apenas yo. Sin embargo, en mis ganas de aproximarme a él ejercí mis habilidades analíticas y expresivas y las mezclé con algunos de los principios de la psicología discursiva que en aquel entonces estaba muy de moda. A la influencia de Barthes para esos fines, sumé ciertos ángulos de Alejandro Rossi en su *Manual del distraído* y de los *Aforismos*, de G.C. Lichtenberg.

huyendo. A veces, huyo de este mundo hacia la literatura. En ocasiones busco un refugio desconocido, es decir que no sé cuál es su capacidad de protección; otras, busco refugio seguro.

En este punto, he de reconocer que he hablado más de la cuenta y que ya es hora de callar. Sólo dos cosas me faltan por referir: la primera está relacionada nuevamente con los asuntos literarios; la segunda, con los asuntos metodológicos. De la primera hablaré a continuación y de la otra, al final de este capítulo.

Lejos ya de mi condición de estudiante, con un par de títulos superiores en mi carcaj y una incipiente plaza de investigador/docente en la Universidad Central de Venezuela, un día, contra todas las previsiones, me vi en la calle. Una persona muy querida me rescató y me ofreció vivir en una casa que era también una biblioteca. Además de resolver mi problema de vivienda, yo le haría saber a los amigos de lo ajeno que la casa estaba habitada; cosa que, aparentemente, los disuadiría de tomarla por asalto. Cumplí mi función cabalmente. Los libros eran siempre una tentación, pero solamente miraba los lomos por temor a hacer algo que no me estaba permitido, hasta que un día el dueño me autorizó a leer “cualquier libro de la biblioteca”. Fue como ganarse la lotería, y no dudé en usar hasta el último componente del premio. En uno de los muchos anaqueles de aquella casa estaban todos los libros que Cunqueiro había publicado (al menos eso me dijo su dueño). Tuve tiempo de leerlos todos, no por voracidad, sino porque Cunqueiro era único. Su escritura era una verdadera belleza y sus temas, no menos hermosos. Leerlo era como tomar agua fresca del cuenco que construye el sediento con las palmas de sus manos. Su Sinbad, su Orestes, su Ulises, fueron y siguen siendo referentes estéticos que llevo conmigo a todas partes, porque siempre hay que hacer provisión de sueños.

Estos son, pues, algunos de los textos que han marcado mi vida. Varios, por olvido o por distracción, han quedado a la vera del camino. No sé si tendré otra oportunidad como esta para hablar de ellos. Ojalá sí.

Mínima adenda auto-etnográfica

Ragusa es una barra de chocolate rellena con praliné y avellanas enteras fabricada en Suiza por Camille Bloch. Desde que la conocí se convirtió en mi golosina favorita, aunque viviendo en Venezuela raras veces la probaba. Cierta día llegó a mis manos una cajita con varias porciones de *Ragusa*. Yo, queriendo compartir con mi casero/bibliófilo, le ofrecí algunas. Él, con gesto frugal, tomó solo una. Le dije que podía tomar más, pero él respondió con esta frase: “En la mesa, de lo bueno, poco.” Pues bien, parafraseándolo, diría: *En la mesa de las ciencias sociales, del Yo, poco*. Con la auto-etnografía sucede todo lo contrario: el yo es el núcleo y el vehículo del sentido. Los enunciados van y vienen del contexto circundante –de la cultura, digamos– pero el punto de partida y el punto de llegada se encuentran en el Yo. El texto auto-etnográfico es reflexivo en el sentido de que aquel que enuncia siempre vuelve sobre sí. Curiosamente, ese “sí” se va configurando con cada ida y venida de la cultura. En el caso de una auto-etnografía centrada en las experiencias de lectura de una persona cualquiera, los libros son el nexo entre la configuración del Yo de esa persona y su mundo de vida, y cada vez que esa persona lee, se transforma; va siendo otra. He querido de una manera asistemática, y refiriéndome a un pasado sin lindes diacríticos, dar testimonio de ese proceso. El resultado, por supuesto, no es cabal, pero en sentido general y sin olvidar las omisiones, éstos son los libros que voy siendo.

Bibliografía

BACHELARD, Gaston, *La poética del espacio*, Traducción de Ernestina de Champourcin, 4ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2000. [1957]

CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, Barcelona, Imprenta de la viuda e hijos de Gorchs, 1832. [1605]

DELEUZE, Gilles, *Diferencia y repetición*, Traducción de Alberto Cardín, 1ª edición, Madrid, Júcar, 1988.

FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Traducción de Aurelio Garzón del Camino, 34ª edición, México, Siglo XXI, 2005. [1975].

HANDKE, Peter, *La historia del lápiz*, Traducción de José Antonio Alemany, 1ª edición, Barcelona Península, 1992.

PLATH, Sylvia, *La campana de cristal*, Traducción de Elena Rius, 1ª edición, Barcelona, Edhasa, 1982.

Los libros que voy siendo¹⁴

ALIGHIERI, Dante, *La divina comedia*, Edición de Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo, 8ª edición, Madrid, Cátedra, 1988.

ANDRADE, Eugenio de, *Blanco en lo blanco*, Traducción de Francisco Rivera, 1ª edición, Caracas, Fundarte, 1987.

ANDREWS, Virginia, *Flores en el ático*, Traducción de Jesús Pardo, 1ª edición, Barcelona, Círculo de Lectores, 1981.

ARNOUX, Alexandre, *La Cifra*, Traducción de José Bianco, 1ª edición, Buenos Aires, Sur, 1955.

BACH, Richard, *Juan Salvador Gaviota*, Traducción de Carol y Frederick Howell, 8ª edición, Madrid, Suma de Letras, 2003.

BACHELARD, Gaston, *La formación del espíritu científico*, Traducción de José Babini, 13ª edición, México, Siglo XXI, 1985. [1938].

BACHELARD, Gaston, *La llama de una vela*, Traducción de Hugo Gola, 1ª edición, Caracas, Monte Ávila, 1975.

¹⁴ Esta no es una bibliografía propiamente dicha; tampoco una lista de referencias como la anterior (i.e., lista de publicaciones citadas). Es la lista de los libros que nombré en el curso del texto, por si el lector o lectora se anima a seguir el camino que trazan. Los datos en pocas ocasiones corresponden con los datos de los ejemplares que en efecto leí.

- BACHELARD, Gaston, *La poética del espacio*, Traducción de Ernestina de Champourcin, 4ª rempresión de la 2ª edición en español, México: Fondo de Cultura Económica, 2000. [1957].
- BARTHES, Roland, *Mitologías*, Traducción de Héctor Schmucler, 11ª edición, México, Siglo XXI, 1997.
- BORGES, Jorge Luis, *Ficciones*, 1ª edición, Buenos Aires, Emecé, 1956.
- BORGES, Jorge Luis, *Otras inquisiciones*, 4ª edición, Buenos Aires, Emecé, 1968. [1952]
- BROWN, Dan, *El código Da Vinci*, Traducción de Juanjo Estrella, 1ª edición, Barcelona, Umbriel, 2003.
- CRESPO, Luis Alberto, *Costumbre de sequía*, 1ª edición, Caracas, Monte Ávila, 1977.
- CUNQUEIRO, Álvaro, *Cuando el viejo Sinbad vuelve a las islas*, 2ª edición, Barcelona, Destino, 1971.
- CUNQUEIRO, Álvaro, *Las mocedades de Ulises*, 1ª edición, Madrid, Espasa-Calpe, 1960.
- CUNQUEIRO, Álvaro, *Merlín y familia*, 3ª edición, Barcelona, Destino, 1991.
- CUNQUEIRO, Álvaro, *Un hombre que se parecía a Orestes*, 1ª edición, Barcelona, Destino, 1969.
- DENKER, Henry, *Error de diagnóstico*, Traducción de Nora Watson, 1ª edición, Barcelona, Círculo de Lectores, 1981.
- DOSTOIEVSKI, Fiodor, *Obras Inmortales*, Traducción de José Zambrano Barragán, 1ª edición, Madrid, Edaf, 1960.
- DYER, Wayne W., *Tus zonas erróneas: guía para conocer y dominar las causas de la infelicidad*, Traducción de María Pilar Donoso, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 2001.
- ECO, Umberto, *El nombre de la rosa*, Traducción de Ricardo Pochtar, 1ª edición, Barcelona, Lumen, 1983.

FLAUBERT, Gustave, *Obras Inmortales*, Traducción, Armando Lorca Gómez, H. Giner de los Ríos, 1ª edición (en esta colección) Madrid, Edaf, 1967.

FOUCAULT, Michel, *La arqueología del saber*, Traducción de Aurelio Grazón del Camino, 10ª edición, Madrid, Siglo XXI, 1988.

GALLEGOS, Rómulo, *Doña Bárbara*, 1ª edición (en esta editorial), Barcelona, Espasa [1929]

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *Cien años de soledad*, 1ª edición, Buenos Aires, Sudamericana, 1967.

GIBRÁN, Kahlil, *El Loco*, Traducción de Fernando Aragón, Pomaire, Barcelona, 1981.

GIBRÁN, Kahlil, *El Profeta*, Trad. de José Vergara, Pomaire, Barcelona, 1979.

HEMINGWAY, Ernest, *El Viejo y el mar*, Traducción de Lino Novas Calvo, 11ª edición, Barcelona, Planeta, 1979.

HOMERO, *La Ilíada*, Traducción de Emiliano Aguado, Madrid, EDAF, 1988.

HOMERO, *Odisea*, Traducción de José Manuel Pabón, Madrid, Gredos, 2000.

KAFKA, Franz, *La Metamorfosis y otros cuentos*, Traducción y prólogo de Jorge Luis Borges, 1ª edición, Barcelona, Edhasa, 1987.

LICHTENBERG, Georg, *Aforismos*, Selección, traducción, introducción y notas de Juan del Solar, Barcelona, Edhasa, 1990.

MANDINO, Og, *El Vendedor más grande del mundo*, Traducción de María Antonia Menini, 17ª edición, Barcelona, Grijalbo, 1990.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *Manifiesto del Partido Comunista*, Traducción de Pedro Ribas, Madrid, Alianza, 2002.

MARX, Karl, *El Capital: crítica de la economía política*, Traducción de Vicente Romano García, 1ª edición, Madrid, Akal, 1976.

OSSOTT, Hanni, *Memoria en ausencia de imagen: memoria del cuerpo*, 1ª edición, Caracas, Fundarte, 1979.

POTTER, Jonathan y WETHERELL, Margaret, *Discourse and social psychology*, 1ª edición, Londres, Sage, 1987.

ROJAS, Fernando de, *La celestina*, 1ª edición, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.

ROSSI, Alejandro, *Manual del distraído*, 1ª edición, Caracas, Monte Ávila, 1987.

SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, *El Principito*, Traducción de Bonifacio del Carril, 23ª edición, Madrid, Alianza, 1984.

SCOTT, Justin, *El cazador de barcos*, Traducción de Mireia Bofill, 3ª edición, Barcelona, Argos Vergara, 1982.

SHAKESPEARE, William, *Obras Inmortales*, Madrid, Edaf, 1977.

TOOLE, John Kennedy, *La conjura de los necios*, Traducción de José Manuel Álvarez Flórez y Ángela Pérez, 1ª edición, Barcelona, Anagrama, 1982.

UNAMUNO, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, 3ª edición, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.

UNAMUNO, Miguel de, *Niebla*, 9ª edición, Madrid, Cátedra, 2004.

VERNE, Julio, *Obras Inmortales*, 1ª edición, Madrid, Edaf, 1970.

VESTRINI, Miyó, *Pocas virtudes*, 1ª edición, Caracas, Dirección de Cultura – Universidad Central de Venezuela, 1986.

VIRGILIO, *La Eneida*, Traducción de Aurelio Espinosa Polit, Madrid, Cátedra, 2000.

WHITMAN, Walt, *Hojas de hierba*, Selección, traducción y prólogo de Jorge Luis Borges, 1ª edición, Barcelona, Lumen, 1969.

WILDE, Oscar, *Obras Inmortales*, Recopilación, traducción, prefacio, y notas explicativas por Julio Gómez de la Serna, 8ª edición, Madrid, Aguilar, 1951.

3. De cómo dejé de ser mi otra posibilidad

Adriana Gil-Juárez

“... hay que tener en cuenta que los beneficios que produce la lectura de obras literarias son muy tenues. En lo moral, muy dudosos, y en cuanto al conocimiento que dan en la vida, inaplicables. Nunca he oído a nadie decir: ‘Me salvé porque apliqué las enseñanzas contenidas en Fortunata y Jacinta’... La lectura es un acto libre. Y si no le apetece a uno ningún libro, no lee, y no se ha perdido gran cosa.”

JORGE IBARGÜENGOITIA 1928-1983

Mi mamá desesperada por leer y mi tía con sus Vanidades

A mí de pequeña no me dijo nunca nadie que era bueno leer, ni siquiera que fuera divertido o como mínimo un entretenimiento. Mi madre leía todo lo que le pasaba por delante, y cuando digo todo, es todo: folletos, posters, instrucciones, cajas de cereales, el *Teleguía*, el

Selecciones del Reader's Digest,¹ circulares, panfletos y Shakespeare, por ejemplo. Pero lo vivía como algo inevitable y no como algo agradable, decía que tenía la necesidad de leerlo todo, que no podía parar. De hecho, le pasábamos todo cuanto caía en nuestras manos para calmar sus “ansias”, sobre todo prestado, porque no recuerdo que mi mamá haya gastado nunca en un libro.

Así que nunca sospeché que la lectura fuera algo interesante, ni remotamente parecido a un placer, como se suele decir. Sabía que cada vez que me daban los libros de texto en la escuela, ella me esperaba impaciente en casa para acabárselos casi de una sentada, pero lo hacía con el mismo ánimo que limpiaba, lavaba, planchaba o preparaba la comida. Sólo la dejaron ir hasta tercero de primaria, porque el resto de la escuela era para los chicos, que sí que le iban a sacar provecho, y no iban a desperdiciar ese gasto casándose, como iba a ser su caso. Así que leer era su consigna, pero nunca me recomendó un libro, ni me leyó tampoco ninguno.

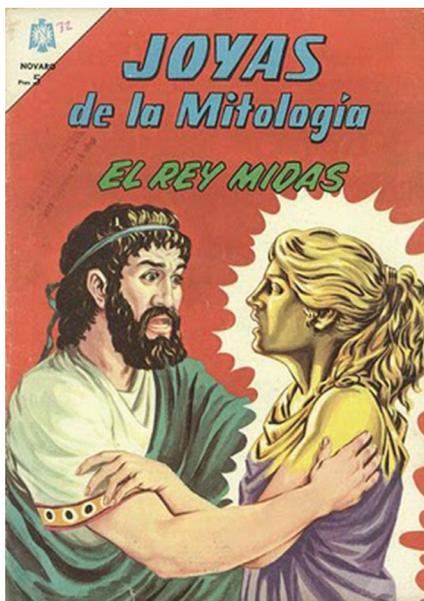
No tengo recuerdos de que hubiera una estantería con libros en casa, aunque de haberla, la hubo, porque recuerdo perfectamente que, siendo niña, un día que estaba muy enfadada porque me enviaron a mirar una definición en el diccionario en vez de decírmela, tiré todo lo que había a ambos lados de mi nunca bien amado *Pequeño Larousse Ilustrado*, sólo para mostrar que era mejor decirme el significado de las palabras y no enviarme a buscarlo. Pues bien, de esos libros que cayeron al suelo, no tengo ni la menor idea. Sé que algún familiar me había regalado la típica enciclopedia escolar, y como decía, sé de cierto que mi mamá siempre estaba leyendo algo, cualquier cosa siempre que fuera legible, pero no tengo ni idea de qué era.

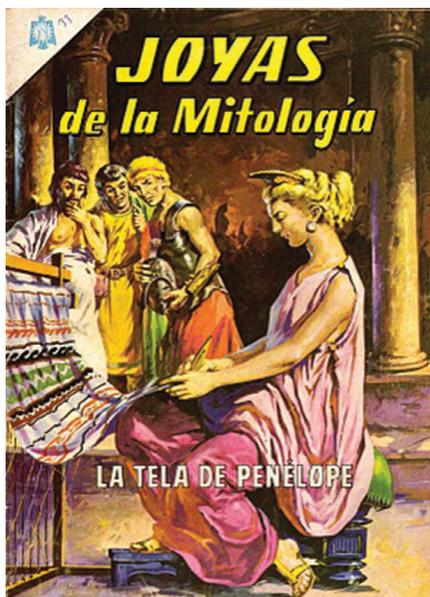
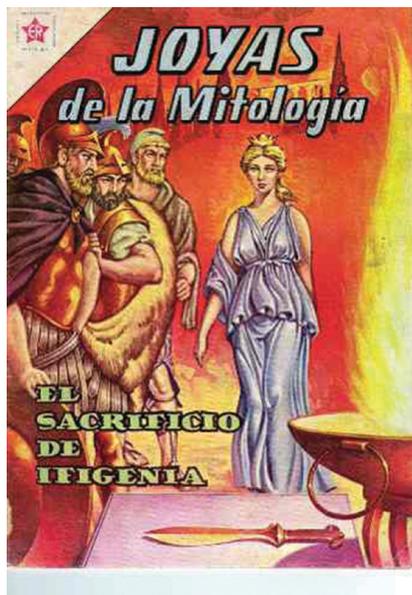
En cambio, sé perfectamente cuáles eran los tesoros impresos que mi mamá custodiaba con celo: *Las Joyas de la Mitología*. Se trataba de una de las colecciones de los “cuentos”, los comics mexicanos, de edición y precio súper popular, de la Editorial Novaro, que se podían comprar cada semana o cada quince días en los puestos de periódico.

¹ ¿Qué caramba quiere decir eso? –me preguntaba cada vez que lo veía.

Mitología de todos lados, de los indios de Nuevo México, de los indios de las Antillas, de los indios Nahuas, de los Nibelungos, de los Vikingos, etc. Pero los que mi mamá guardaba con verdadera devoción eran los de la Mitología Griega. Le fascinaban, pero no los sacaba para que no se maltrataran, mojaran, empolvaren, mancharan o rompieran. Se contentaba con recordarlos, con repetirse lo que supongo alguna vez había leído en ellos.

Por supuesto, esto fue motivo más que suficiente para que yo hiciera arduas búsquedas por toda la casa, que no era en absoluto grande pero sí llena de recovecos, hasta que finalmente di con su escondite secreto. Pude leer algunos, pocos en comparación a lo que me habría gustado, pero muchos más de los que mi mamá habría querido o imaginado. El Vellochino de Oro, La venganza de Medea, Perseo y la Gorgona, El fin del Minotauro, El Rapto de Perséfone, La Tela de Penélope, El Rey Midas, El Laberinto de Creta, Hércules el invencible... y tengo la sensación de que algunos otros, pero no logro recordar sus títulos.





Tenía muy claro que no podía conversar de ello con nadie, pero no me pareció que eso incluyera a mi amiga-vecina de entonces, lo que pasa es que a ella no le interesó en absoluto el tema. De hecho, recuerdo muy bien sus grandes ojos negros y su cara de sorpresa cuando me preguntó “¿y tú los lees aunque no te manden a la fuerza?”. Así que cuando más tarde me re-encontré con algunas de estas historias “teniendo” que leer la *Iliada* y la *Odisea*, dejé que mis amigas-compañeras de la escuela hablaran de lo aburridos que eran esos libros, sin poner apenas objeción, y asentí también cada vez que decían que sólo lo hacíamos porque nos obligaban, porque la chica teníamos muchos quehaceres.

Yo sabía que era muy importante guardarlos, preservarlos, pero no entendía muy bien para qué. Por lo poco que yo entendía entonces, no había ningún plan para leerlos más adelante, sólo había que conservarlos. Por cierto que no sé qué fue de ellos, esa información es parte de lo que a una niña no le concierne, pero sospecho que se vendieron en uno de tantos momentos de necesidad, y a lo mejor ése era uno de sus posibles cometidos.



Cuando mi mamá y yo fuimos a vivir con mis tíos, fui testigo de otro tesoro similar. Las revistas *Vanidades* de mi tía no se tocaban, no se prestaban, no se movían de su sitio y por supuesto, no se leían sin su presencia. Ella las enseñaba, las resumía, comentaba los números especiales y temáticos, describía las secciones, los artículos, los reportajes, las portadas, las recetas, los consejos de moda y belleza y a poco que uno escuchara a mi tía, resultaba evidente que había aprendido mucho de ellas.

Me llamaba mucho la atención cómo sabía la vida de actores y famosos, extranjeros básicamente, y cómo sabía de preparar cócteles que nunca tomábamos, o de los mejores sitios para comprar cosas que estaban claramente fuera de nuestro alcance. Pero igualmente era una delicia observarla extender sus revistas favoritas sobre la mesa y ser la comisaria de su exposición, que cambiaba según los números que escogía comentar cada vez y se matizaba en función del tema que la hubiera llevado a sacarlas.

Cuando uno preguntaba sobre un tema particular, ella seguro que encontraba cómo relacionarlo con alguno de los números de sus revistas y, cual bibliotecaria, ofrecía la referencia y aconsejaba la lectura específica de alguno de sus apartados. Varias veces me sorprendí sugiriendo a alguien que preguntara algo a mi tía que yo sabía que ella podría contestar a través de sus revistas. Me encantaba ver el despliegue y la puesta en escena de sus *Vanidades*.

Dejó de hacerlo cuando ya no pudo seguir actualizando su colección. Ella decía que lo dejaba porque ya no cabían en ningún sitio, y aunque era cierto que ocupaban espacio, lo que estaba claro es que no se podía mantener indefinidamente un gasto tan regular y tan “superfluo” como ése, en un mundo tan adulto como el nuestro.

Se conformó con el *Teleguía* que era mucho más barato, y con alguno que otro *Selecciones del Reader's Digest* que milagrosamente también caía por aquella casa, pero ninguna otra publicación sacó ese brillo en sus ojos ni la entusiasmó tanto como sus revistas. Tampoco sé qué fue de ellas, sé que cuando se convirtió en abuela, su lugar lo ocuparon revistas de manualidades y de enseres del hogar

que básicamente hacía para sus nietos y para vender entre conocidas y vecinas. Para mí estaba claro que estas nuevas revistas no habían llenado el hueco de las otras, así que de estas dos experiencias aprendí con toda certitud que era fundamental guardar a buen recaudo mis *joyas* impresas y tener mi propia colección de *vanidades*.

December 1978 • 90 pias.

Selecciones

del Reader's Digest

La fe tras el bisturí de un neurocirujano	13	
Terrorismo en Europa	18	
¿Qué debemos realmente a nuestros padres?	25	
El gatito que llegó en Navidad	29	
Arqueólogo de los fondos marinos	34	
Nueva droga mortal	40	
Citas citables	45	
Perfectas máquinas voladoras: las aves	46	
Flores y hortalizas en invernadero	51	
Trak: 1.001 noches, 1.001 contrastes	59	
Mosaico internacional	69	
Historia y actualidad en cera	71	
Eiger: obsesión de todo montañero	78	
Enriqueza su vocabulario	97	
Y Dios creó a las madres	101	
Magos de las rutas aéreas	107	
Así es la vida	115	
Su voluntad venció a la muerte	116	
Sentirse desgraciado no es una enfermedad	123	
¿Ha llegado la hora del coche diesel?	127	
Preocúpese de sus pies	133	
<i>Entre hastidores</i>		3
<i>La risa, remedio infalible</i>		9

GRAN REPORTAJE

Del cielo cayó un espía... Kormos 954	137
<i>(Amenaza nuclear en el helado Norte)</i>	

Más de 30 millones de ejemplares vendidos mensualmente en 15 idiomas



De “La hormiguita Cuquis” a los Cuentos del País de las Nieves

Yo no podía ganar en casi nada a mis compañeras y compañeros de la escuela, no al menos en nada que fuera una competencia con todas las de la ley, y menos aún si era un deporte, pero cuando supe que había un concurso para escribir un cuento, tuve claro que en eso sí, al menos podía presentarme.

Así que me di a la tarea, que no era poca cosa. Mi mamá, después de muchos ruegos, me había comprado una Olivetti Lettera 35, a plazos, gracias a nuestra vecina y su tarjeta de crédito de un gran almacén. El hardware estaba, pero no es que tuviera yo mucha

experiencia en escribir cuentos en cuarto grado de primaria, y mi acervo de historias se reducía a una mezcla entre Cri-cri,² y Disney.

Sin embargo, mi mamá me había acostumbrado a explicar historias. Me pedía que le dijera lo que habíamos hecho en la escuela, y cuando encontraba un tema de su agrado, me pedía que se lo contara con detenimiento. Pero también le hacía de juglar con telenovelas y con sucesos cotidianos, como fiestas de cumpleaños de las vecinas o salidas al cine con mi padre. Le gustaba que se lo fuera explicando todo, despacio y con detalles, dibujando con calma tanto anécdotas como escenarios.

Me enseñó a poner orden y concierto en los relatos y a conseguir que las secuencias fueran lógicas para ella. Una y otra vez me pedía que le repitiera frases y que estableciera causas, efectos, intenciones, argumentos, enredos y desencuentros. De manera que todo le resultara comprensible, con sentido. Como ella tenía mucho que hacer, y yo sólo podía ayudarla parcialmente por imposibilidades de mi edad según parece, me daba el encargo de contárselo todo, y así le iba yo haciendo menos largas las jornadas y los fines de semana. Entonces pensé que podía contar una historia más, pero esta vez por escrito.

De ahí salió “La hormiguita Cuquis”, un cuento con moraleja, como era de esperarse de una niña de mi edad. Yo sabía que había hecho algo bueno, que me merecía un premio, y cuando me comunicaron las maestras que había ganado, sobre todo tenía muchas ganas de saber qué me darían ¿Juguetes? ¿Dulces? ¿Helados? ¿Patinas? No importaba mucho, seguro que sería un gran premio. Justo después de la ceremonia a la bandera de los lunes, en el patio de la escuela, antes de que enviaran a cada grupo a sus respectivas aulas, salió la directora y pidió la atención de todos. No era habitual que ella saliera, así que adiviné que había llegado el momento de recibir mi premio. Pero para mi sorpresa, me dieron un libro. ¿Eso es un premio? -pensé yo.

¡Tanto trabajar para ganar un triste libro! –seguía pensando. Y literalmente, sí que era triste, princesas pequeñas con dientes de

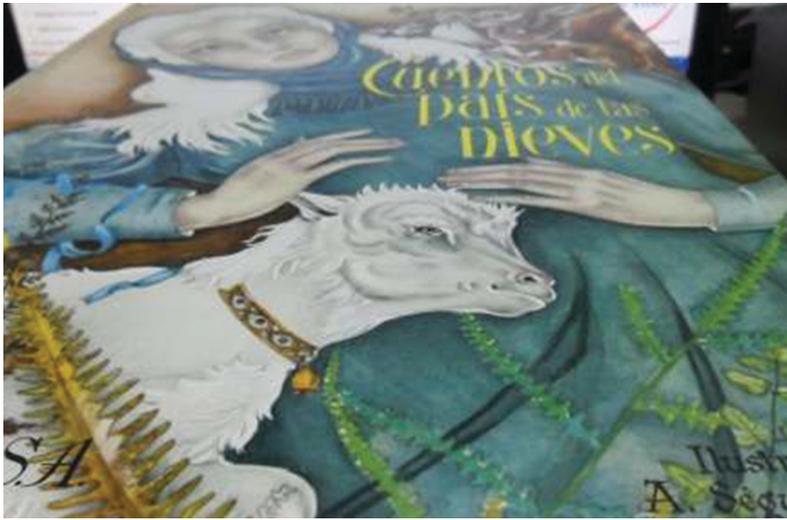
² http://es.wikipedia.org/wiki/Francisco_Gabilondo_Soler.

hierro que se comen a sus hermanos, niñas que son condenadas a ser la novia del invierno y a morir de frío solas en el bosque, otras niñas que mueren de frío en la calle y encima con hambre porque son pobrísimas, madrastras que son brujas literalmente y que se alimentan de las entrañas de su familia, niñas que no pudieron realizar las pruebas imposibles que habían sido impuestas por la magia y tuvieron que morir... y algunos otros que ya no recuerdo, pero el espíritu era ese en mi premio-libro de *Cuentos del País de las Nieves*. Nada que ver con las historias a las que estaba acostumbrada, pero tenía unas ilustraciones preciosas, a las que desde luego no estaba habituada tampoco.

Reconozco que al principio me costó un poco leerlos, un par de historias me provocaron miedo de verdad. Me cautivaron más, sobre todo, los cuentos rusos. Mi segundo intento fue fallido, el nuevo concurso se trataba de escribir algo sobre el mar, y como al final, los cuentos de las nieves me habían robado el corazón, decidí ganarme otro de *esos* libros raros que no sabía conseguir de otra forma.

Pero una vez tenía escrito mi segundo cuento, resultó que el concurso especificaba que se trataba del niño y el mar, no de la niña y el mar, y las maestras, o habían omitido esa información, o no la habían leído cuando nos animaron a todos y todas a participar. Parece que nadie quería fomentar en las niñas el amor por la marina, así que fue uno de los primeros portazos en la cara que me llevé por no ser del sexo adecuado. Una de las maestras sugirió enviarlo con seudónimo, pero parece ser que se pensó que después sería muy complicado recoger el premio y se decidió que me retirara y punto. Así que ahí acabo mi cuento sobre el mar, que por supuesto versaba sobre una sirena.

Lo mejor de todo es que se corrió la voz entre familiares y conocidos de que me gustaban los cuentos “raros”, de otros lugares y atmósferas, y gracias a ello pude leer *El pájaro de fuego* y *El Cascanueces*, de la editorial Extemporánea, también ilustrados, también en pasta dura y gran tamaño, pero lo más importante, los recibí como regalo. Finalmente, sí que eran un premio.



Puros Cuentos

Algún alguien, de entre los conocidos, vecinos, amigos de la familia o vaya usted a saber quién, me prestó un par de cuentos ilustrados de una pandilla que pasaba el verano en una casa en la copa de un árbol, en plena naturaleza, aledaña a la casa de verano que se suponía normal y corriente. Estaban no se sabe dónde; la historia y las ilustraciones eran así, sin más contexto. Los dibujos eran de unos colores tenues pero firmes, que hacían pensar que esos parajes eran dignos de explorarse. El desgarbo de los niños era omnipresente, la manera de hablar y relacionarse entre niños y niñas era muy rara, no jugaban separados y no había diferencia entre ellos, entre lo que hacían y decían unos y otras.

Elas podían hacer cualquier cosa que pudieran hacer ellos y viceversa también. Eran blancos, rubios algunos y la protagonista era pelirroja, algo que no había visto hasta entonces. Además llevaba el cabello corto y despeinado. Vestían como querían, y hacían lo que querían también durante el día, no había adultos de por medio, ni ordenándoles cosas ni organizándoles el día. No hacían nada más que jugar y “tener aventuras”, que tampoco entendía del todo por qué eran interesantes. No ayudaban en casa, ni tenían niños pequeños o viejos a su cargo, ni había vecinos por ahí. Tampoco eran todos hermanos, eran primos o amigos, pero nunca salían las otras casas o los padres de nadie. No estaba muy claro qué edades tenían, ni qué comían.

El papel era grueso, y las letras muy agradables, las ilustraciones eran pocas pero grandes, salpicadas por todo el libro. Dejaban siempre con ganas de más, sólo insinuaban. Por ejemplo, se veía que ella se asomaba pero no se sabía nada sobre cómo era ese sitio al cual se asomaba. Se veía que caminaban a lo lejos, pero no había nada que permitiera hacerse una idea de hacia dónde se dirigían. Se sabía que regresaban a casa pero nunca veíamos la casa en sí, ni por dentro ni por fuera, sólo alguna esquina, alguna pared, alguna ventana, pero ni siquiera lo suficiente como para acabar de imaginar de qué tipo

era la casa. Y así todas las ilustraciones. Y justo eso, todo eso que no estaba, lo que no se veía ni se sabía, era lo que atraía poderosamente mi atención hacia esos cuentos. Como la tierra sin ley de los niños.

Me gustaron mucho, pero no los acababa de entender, era como si se tratara de una tribu extraña de un sitio ignoto, con ritos y costumbres chocantes. Para mí estaban llenos de sinsentidos. De entrada, eso del verano no lo entendía, en México no teníamos “El Verano”. Había vacaciones de la escuela, pero no se hacía nada en particular, ni hacía especialmente calor.

Tampoco entendía cómo podían estar tanto tiempo sin hacer nada. Cierto es que salíamos de vacaciones alguna vez, pero sólo eran unos pocos días, y siempre iba uno a visitar a la familia, y desde luego la hora de comer y lavar los platos no se las saltaba ni Dios. Por supuesto que una no iba despeinada, –ya me hubiera gustado, con las horas que pasaba mi madre cepillando mi larga cabellera–. Tampoco éramos amigos, niños y niñas, así como así; había que ponerse de acuerdo entre duras negociaciones, burlas y risas, y sólo para los juegos que no eran “bruscos”, y tampoco es que saliera yo sola por ahí a cualquier hora a correr aventuras y menos aún trepada en un árbol, ¡a dónde hubiéramos ido a parar!

Me gustaron tanto esos cuentos, como gustan las cosas extrañas, lejanas, y sin relación alguna con lo que una es. Me fascinaron, aunque a nadie más a mi alrededor parecían suscitarle ningún interés. Pero todo lo prestado se devuelve, y no tengo ni idea de cómo se llamaban ni los cuentos ni los personajes, ni la editorial, y menos aún autores o dibujantes, nada de nada.

Como dije, no sé ni cómo llegaron a mis manos. Pero vívidamente recuerdo los dibujos, el aspecto de la protagonista, la incitación a la aventura, la provocación de esa independencia desconocida, los colores, la posibilidad de un espacio sin adultos y sin horarios, que niños y niñas no tenían porqué ser tan diferentes, la normalidad con que se ensuciaban, se rasgaban la ropa y se raspaban los zapatos, el color de su piel y de sus ojos, el que buscar una piedra o apilar unas ramas fuera una aventura por no sé qué canijo motivo. Todo eso

que no recuerdo con claridad, forma ya parte de mis memorias más nítidas, pero extravagantes. Claramente se trataba de un objeto que no pertenecía a nuestro mundo, y lógicamente, tuvo que salir de él.

Don Quijote en el Hospital

Resulta que por razones que ahora no vienen a cuento, a los trece años estuve ingresada muchos días en dos hospitales, primero en urgencias y luego en planta. Una vez pasado el susto y la crisis, sólo tenía que comer y dormir, y en cuanto empecé a sentirme un poco mejor, pensé que tenía mucho tiempo por delante y que podía aprovechar para hacer todo eso “que no había podido hacer antes por falta de tiempo” (sic).

Así que tan contenta, pedí a mi familia que me llevaran a *Don Quijote de la Mancha* para leer. De dónde me salió ese pendiente, no lo sé, pero también causó la extrañeza de mis cuidadores, quienes insistieron en que tal vez no era lo más adecuado a mi edad, ni tampoco lo más interesante. Insistí en que disponía de mucho tiempo libre, a lo que respondieron que si bien el tiempo era condición necesaria, no era condición suficiente “para entender la complejidad de ese texto”.

Yo, la verdad, no sabía a qué venían tantos remilgos; su calidad de obra universal no estaba en cuestión –aunque no sé por qué lo sabía yo–, y lo teníamos en casa en ese momento, así que no significaba ningún gasto extra. Tampoco decía en ningún sitio que un loco que luchaba contra molinos de viento estuviera contraindicado para los adolescentes. Ni parecía que yo fuera más tonta o menos lista que la media como para entenderlo, por muy antiguo que fuera su castellano –esos libros estaban escritos en castellano y aunque nosotros hablábamos español y parecía la misma cosa, no lo era del todo.

Así que continué insistiendo, yo tenía claro que tenía que leer unas cuantas obras fundamentales, y que en algún momento había que empezar con ellas. Finalmente me llevaron a *Don Quijote*, y lo

primero que me impresionó es que tenía más páginas de las que había calculado, tal vez ni siquiera la estancia en el hospital fuera lo bastante larga como para acabarlo. También me di cuenta enseñada de que fácil no era, había que leer cada página más de una vez, incluso había que releer varias veces algunos párrafos, y luego regresar para “pescar” el hilo de la historia. Pero algo que también tuve muy claro de inmediato es que había gracia y belleza, sí, belleza tal cual, en esa escritura tan peculiar.

Tengo pensamientos y sentimientos desordenados sobre él. Me gustó eso de que se burlara de la erudición. Me impresionó mucho, no sé si gratamente, que empezara con alabanzas hacia su obra, porque no había encontrado a nadie que lo hiciera en su lugar. Tal vez la modestia no era propia del castellano, pensé. Enloquecer por leer libros la verdad me inspiraba mucha ternura, y que lo suyo fuera ayudar a los desfavorecidos, y desde luego la fidelidad, de Sancho Panza me cautivó, pero aún más las conversaciones entre Sancho y el Quijote. Tenía muchos puntos a favor ese Cervantes, pero el que más, su sentido del humor. No sabía que se podía hacer eso en un libro “serio”.

Ya veía yo que eso de los adjetivos y la retórica le iban mucho, se tardaba un rato en llegar a la historia, parecía que lo que más le interesaba era describirlo todo, antes que narrar la acción. Pero una vez que entraba una en el meollo del asunto, la cosa era bastante divertida. Y como en la historia de “El curioso impertinente”, no era tan diferente de las telenovelas de mi mamá. Para mí estaba claro que los ideales eran posibles, y que en algún momento, les quedaría claro a todos los que criticaban al pobre caballero flaco.

Pero había cosas que no entendía y que me dificultaban su lectura, tan simple como que no había entendido que eso de La Mancha era un lugar que existía en “la realidad” con nombres y apellidos, por ejemplo, o saber lo que era una adarga, un morrión y un rocín. Aún no me sabía el truco de saltarse lo que una no entiende e intentar captar el sentido general de un texto, así que El Caballero de la Triste Figura me hizo detenerme a menudo a preguntar.

Y aparte de que preguntar lo que no entendía me llevó mucho tiempo, sucedió que sin diccionario ni adultos dispuestos a mano, la persona que tenía más cerca para preguntárselas era el primo del chico que estaba en la cama de al lado, que se la pasaba ahí todo el día y que por casualidad era guapísimo y muy simpático. Así que entre las innumerables visitas de los médicos y sus séquitos de estudiantes aprendices, el control parental que ya no me animó mucho y que le interesaba más vigilar a mis recientes “amistades” que saciar mi curiosidad, y la sorpresa de encontrar casi el primer romance a domicilio, no me quedó mucho tiempo más para el Ingenioso Hidalgo. Sólo terminé la primera parte, pero siempre con la convicción de que no acabarlo sólo había sido fruto de las circunstancias y no de la obra en sí. Aún conservo el propósito de acabarlo algún día, sólo espero no tener que regresar al hospital para ello.

¿La información es Coqueta?

Puede que tuviera casi doce años cuando pregunté en casa de mi padre cómo se enteraban ellos de las cosas de la vida. Quería saber cómo se enteraban de todo lo que pasaba, si no salían nunca, ni estaban en contacto con prácticamente nadie más, desde mi parcial punto de vista, claro está. Después de dudar un poco, me dijeron que ellos leían el periódico, pero los que yo veía en casa no es que me parecieran una gran fuente de información sobre la existencia. Tampoco creo que supiera qué información exactamente me hacía falta, ni para qué, lo único seguro es que presentía que no estaba en el *Ovaciones* ni en el *Últimas Noticias*.

“Y qué puedo leer yo” –pregunté. “Cosas de tu edad” –respondieron. Aunque bien mirado, lo de las cosas de la edad era una respuesta que servía para todo, lejos de cuestionarla, quise saber de inmediato a qué me daba derecho esa categoría. Así que después de una negociación, que no logro imaginar cómo fue a desembocar en la conclusión de que podría leerme una revista para adolescentes,

a partir de entonces me dieron un poco de dinero para comprarme cada quince días mi revista *Coqueta*. No creo que fuera eso a lo que me refiriera con información, ni tampoco recuerdo cuánto tiempo duró el trato, o por qué expiró, pero me hacía ilusión tener “mis” revistas y gracias a eso pude coleccionar un par de decenas o así. No hace falta ni tantito describir lo que se podía encontrar en ellas, es *vox populi*, y ya tampoco es que me acuerde, pero lo que sí que recuerdo muy bien son los “*Test*”. Primero eran muy simples, y poco a poco se fueron sofisticando, eran más largos y más complejos, sobre más temas y los “resultados” eran más interesantes. Es decir, pretendían decir más cosas sobre la personalidad de sus lectoras. Eran como los genes de hoy en día, había uno para cada cosa y toda la vida entera se podía explicar con ellos, pero de uno en uno.

Como en el mundo occidental no hay tema más fascinante que una misma, ésa era la sección a la que dedicaba toda mi atención. Y entonces fui notando sus regularidades, sus repeticiones, sus ambigüedades, sus dados por hecho, sus incongruencias, sus errores, y no obstante, la poderosa atracción que ejercían sobre cualquiera que inocentemente les dedicara una mirada. Me dediqué a compararlos, a cruzarlos, es decir, a contestar con las preguntas de uno los temas de otros, a intercambiar sus categorías y a comprobar que producían los mismos resultados básicamente. Pero más interesante aún, a corroborar que, aún sabiéndolo, ¡me encantaba seguir mirándolos y contestándolos! Incluso los comparé con los de otras revistas similares, por ejemplo, con los de las revistas de mi tía, y clasifiqué las revistas comparadas según la calidad de los “*test*” que tenían. No sé cómo acabé platicándoselo al orientador de la secundaria; yo quería saber su opinión sobre los *test* y si él los usaba para conocer a los alumnos. Me dijo que eso era “Psicoanálisis” (sic) y que se podía estudiar en la universidad si quería, y que era bueno aprovechar mi interés en ellos y en ayudar a los demás.

Parece que algunos compañeros de la escuela le habían dicho que yo daba buenos consejos a quien me los pidiera y que era muy “madura” para mi edad. Yo le dije que venía dando consejos desde

finales de la primaria y que no me costaba nada hacerlo por los demás y, aunque a veces podía ser mucho peor el remedio que la enfermedad, siempre avisaba que cada caso era diferente y que mi consejo sólo era lo que a mí se me ocurría, con lo poco que sabía de “sus problemas”.

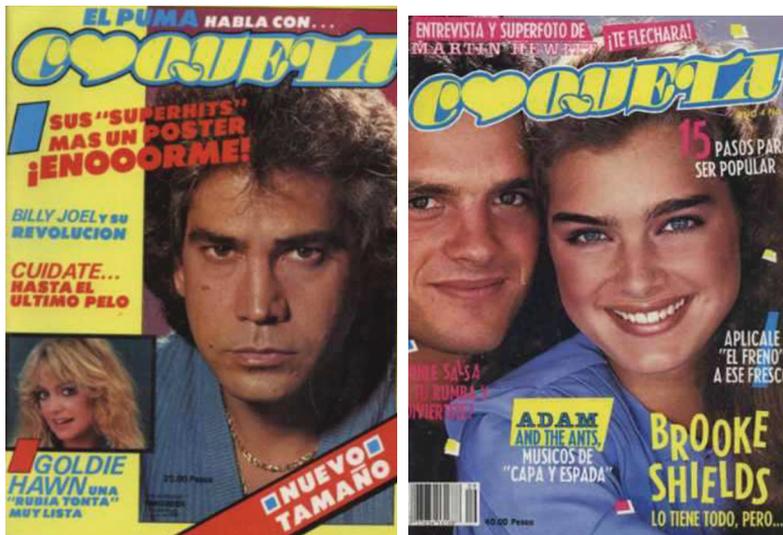
Pero yo insistí en que lo que realmente me interesaba era saber por qué, a pesar de saber que los *test* no dicen del todo la verdad, nos gusta hacerlos y cómo es que aún no diciéndonos nada muy complicado sobre nuestra personalidad, en algo aciertan sobre cómo somos. Y él, naturalmente, insistió en que era muy buena la inquietud como motivación para titularse, que muy pocas personas conseguían acabar una licenciatura y que sólo una persona de mi grupo de cincuenta podría llegar a hacer un doctorado. Cada quien con sus preocupaciones...

En la primera clase del CCH,³ el profesor de Psicología nos preguntó qué creíamos que se estudiaba en esa materia. Entonces vi mi oportunidad de resolver una antigua duda, por lo visto aún latente, y contesté: –“*Tests*”. Él lo confirmó y siguió listando los temas que se estudiaban y prosiguió con su clase. Al final de ella, me preguntó si me interesaban mucho los “*Test Psicológicos*” –¡ahora tenían apellido los *test*! Y le conté todas mis pesquisas adolescentes sobre ellos. No entró a hablar de mi argumento, pero me dijo que me recomendaba un libro, *Psicología, Ideología y Ciencia*, de Néstor Braunstein. Después de unas semanas, resultó que también lo usaríamos en clase, y yo ya lo había leído de arriba abajo. Ya decía yo que eso de la ideología era algo que estaba en más sitios que en los cerebros lavados de los militantes, y que eso de la ciencia no era tan aséptico como pretendían. Y no es que resolviera todos los interrogantes, pero ayudaba a materializar las dudas.

Seguro que me han hecho más recomendaciones de libros en la vida, y seguro que igual de buenas, pero ésta es la que recuerdo, y muy agradecida. Allí al fin descubrí que existía la Psicología Social, y a pesar de que no se dijeran cosas muy buenas de ella, eso de

³ Colegio de Ciencias y Humanidades (nivel Bachillerato).

ocuparse de las personas, no desde su ombligo si no desde lo que hacen cuando están juntas, me gustaba lo suficiente como para seguirla indagando.



Más vale sola...

Una vez pasado el experimento con las revistas propias de mi edad, mi segundo intento reformuló la demanda más específicamente. “¿Qué libros puedo leer yo?” –pregunté. Por supuesto la respuesta continuó siendo la misma: “Cosas de tu edad”. Sospechosamente, la conclusión fue que “necesitaba” orientación sobre algunos temas esenciales, como la familia, la pérdida de valores del mundo actual y los embarazos en adolescentes. Temas sobre los cuales los jóvenes andaban bastante perdidos, y luego pasaba lo que pasaba.

Y qué mejor manera de abordar estos temas que a cargo de la pluma que habitualmente habitaba la radiofrecuencia de la casa

paterna. En efecto, Ema Godoy, colaboradora habitual del programa “El Mundo de la Mujer” de la estación de libros XEW, había sido maestra de la Escuela Normal Superior, también escribía ensayo y poesía, se había doctorado en Filosofía y había estudiado Psicología y Pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México, según sus biografías. Claro está que sus credenciales no era algo de lo que yo estuviera enterada entonces, ni tampoco era algo que hubiera afectado la opinión que tuve de su libro, que me dieron en calidad de guía espiritual para la rebeldía adolescente. Lo que era relevante para mí en ese momento es que su libro, *Que mis palabras te acompañen*, me había sido “sugerido” como lectura adecuada para mi edad.

Pero lo cierto es que no tenía desperdicio, se podía estar o no de acuerdo, y yo no lo estaba, pero no se podía negar que allí hubiera un posicionamiento con el cual se podía dialogar, se podía contraargumentar y, si una estaba atenta, permitía “pescar” elementos para elaborar un “texto” propio. Muchos pasajes eran francamente convincentes, y lo más inteligente es que no parecían extremos, ni descabellados consejos de gente grande para gente joven. A pesar de ello, no dejaba de ser un libro de lo que hoy llamaríamos “de autoayuda”, y yo con ese género no suelo relacionarme.

Parecía pues que había estado preguntando en el sitio equivocado, así que me dediqué a observar los puestos ambulantes de libros que estaban por el CCH. Caí en la cuenta de que la mayoría de los libros que me interesaban eran de la Editorial ERA, y desde entonces y aún ahora, siempre me fijo en qué libro nuevo han sacado. ERA tiene libros de muchas cosas, de literatura, de historia, de ensayo, de ciencias sociales y de arte, justo “en mi mero mole”.⁴ Y tiene autores que he leído con avidez y cariño: Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Rosario Castellanos, Adolfo Gilly, Elena Poniatowska y los que han escrito sobre Remedios Varo.

Y pensando en ellos, me puse a buscar la editorial en Internet y acabo de leer en la Wikipedia que:

⁴ Expresión mexicana que se usa para decir que algo me gusta mucho (“en mi mero mole”) o que se me da muy bien (“es mi mero mole”).

“la editorial tuvo como objetivo inicial publicar a autores con propuestas nuevas tanto en los contenidos como en las formas. El nombre proviene de las siglas de los fundadores (Espresate, Rojo y Azorín), quienes tenían en común entre otras cosas que eran exiliados españoles y compañeros de trabajo en una imprenta.”

Definitivamente esta editorial era lo que yo necesitaba para empezar a explorar qué era lo que yo podía leer, o mejor dicho, lo que yo quería leer. Desgraciadamente mi poder adquisitivo era casi nulo, y en total, en ese entonces habré comprado, como mucho, un par de libros de esa editorial. Pero leí unos cuantos más. Libros “socializados” o prestados, o leídos furtivamente en las librerías, pero leídos al fin y al cabo, que es lo que cuenta. ERA, fue lo que se dice todo un descubrimiento para alguien como yo, que no tenía ni la más remota idea de qué leer, y desde luego, fue una mejor compañía.

Padre y Pedro

El colmo fue cuando mi padre encontró *Pedro y el Capitán*, de Benedetti. Agarraba lo que estuviera por allí, cualquier periódico, libro o revista y se metía con él al baño, su salón de lectura preferido, donde se tomaba su tiempo. Cuando salió, consternado, con un tono serio, calmado pero grave, juraría que con los ojos llorosos, me dijo que “esa gente”, usaba mecanismos como “ese libro”, para convencer a adolescentes inmaduras y vulnerables como yo, que se dejaran matar por una causa perdida, que ni ellos mismos perseguían, pero que lo hacían ver porque sólo querían sacar provecho de la juventud para mejorar su situación particular.

Yo realmente no supe qué decir. Me esperaba una bronca enorme, una gran pelea como tuvimos tantas. Me esperaba que me dijera que era un panfleto, propaganda revolucionaria barata, cosas de comunistas que eran más dictadores aún que los capitalistas a los que acusaban, que no conocían la democracia, y un millón de

etcéteras que se habían repetido en más de una ocasión. Para eso estaba preparada, pero no para su preocupación paternalista –nunca mejor dicho.

Al verle afectado, me dio mucha pena. Por supuesto que no se lo dije, pero si de algo me servía su opinión, era para saber que tenía que estar absolutamente en contra de ella. Pensé que tenía que abordar todas las cosas lo más críticamente posible, y luego ya, volcarle toda la pasión que quisiera, al menos para tener argumentos de sobra para cuando él me interpelara. Parece que lo que más le preocupaba es que yo creyera que había alguna forma de resistirse a la autoridad, y a que con esa creencia sólo conseguiría problemas en el mejor de los casos.

Volví a leerme *Pedro y el capitán*, esta vez empáticamente, en el lugar de Pedro, sólo para saber si me seguía pareciendo tan genial como cuando lo había leído estando en contra del capitán. No negaré que fue una experiencia difícil, dura, pero pensé que finalmente todos nos posicionamos en un momento u otro, incluso cuando decimos que no lo hacemos. Pensar tan sólo en la posibilidad de la tortura duele, en carne y hueso, pero sobre todo duele en la táctica y la estrategia. En la indefensión aprendida, en la incerteza de que un cambio sea realmente viable.

Intenté decirle a mi padre que se trataba, más que de un caso concreto, de describir dos posiciones frente a la vida, de tipos de valores diferentes, de los mundos que eran posibles en cada caso, pero también de experiencias que habían sucedido en otros países, que sucedían en el nuestro, y de las que nadie se enteraba o hablaba. No sé que más dije, pero hablé durante mucho tiempo, exaltada y vehemente. Él me escuchó, calló, negó con la cabeza, y sólo murmuló que ya me habían llenado la cabeza de tonterías y que ya no había nada que hacer.

Me sentó fatal el comentario, porque justo lo que quería evitar era ser acrítica, y además, me dejó con la sensación de que él y yo no nos entenderíamos nunca sobre eso. Tengo que reconocer que también me molestó mucho que pensara que “me habían llenado

la cabeza”, y que no me la podía llenar yo sola. Pero el trasfondo de su comentario se quedó conmigo, y me mantuvo en alerta durante muchos años. ¿Tan tonta le parecía?

¿Cómo es que a él le preocupaba que yo pudiera creer en los mártires cuando lo que había que preguntarse es cómo era posible que la gente normal torturara? A él le preocupaba que yo pusiera en un pedestal a un tonto que se dejaba matar “porque sí”; que hiciera de la derrota un himno y que creyera en la ideología como una frontera que nos separa de los otros, y no como una manera de vislumbrarnos de otra manera a todos nosotros. ¿Cómo es que no le interesaba que, aun en las peores condiciones, exista la resistencia?

Cuando indignada se lo conté a mi mejor amigo del CCH, lejos de indignarse, se rió a carcajadas, y no paraba de burlarse de mí por pelearme con mi papá “¡sólo por un libro!”, pero está claro que tanto mi papá como yo siempre supimos que nunca se trató sólo de un libro.

Los libros y cuadernos forrados de Adriana la Boba

¡Tan contenta que había llegado ese sábado en la tarde! Había aprovechado el seminario una barbaridad, y tenía ganas de platicarlo en casa. Incluso, logré contagiarle mi entusiasmo a mi progenitor por unos minutos, hasta que se le ocurrió mirar el libro que llevaba en el morral, para saber sobre qué tema habíamos trabajado. Es sobre la Revolución Rusa –contesté. “¿Pero esto es tarea de la escuela?” –preguntó. “No, se trata de una especie de club que hemos organizado algunas, para comentar textos que nos interesan, y hemos pedido a una compañera que sabe sobre el tema, que dirija las sesiones” –contesté muy didácticamente. Sin mediar palabra se levantó de la mesa y cuando le reñí por marcharse con la conversación a medias, me dijo que en cuanto dedicara mi tiempo y mis energías a conocimiento de verdad, entonces mi entusiasmo tendría sentido y volvería a hablar conmigo.

No estaba el horno para bollos, y no siempre me daba el cuerpo para defender cada cinco minutos mis convicciones, aparte de todo lo que tenía que hacer; ya se sabe que a los dieciséis o diecisiete una está muy ocupada, así que decidí camuflar mis libros y libretas de apuntes. Me había fijado ya en que algunas chicas pasaban completamente desapercibidas gracias a esta estratagema, que en su caso no lo era, claro. Ya ni les revisaban lo que leían o escribían, porque todo estaba cubierto de papel de ositos, florecitas o cualquier cosa que fuera color pastel. Así que después de dedicarme al “conocimiento de verdad” por un breve tiempo, para calmar los ánimos, me di a la tarea de buscar una serie de papeles para forrar mis libros y mis cuadernos para que parecieran lo más inofensivos posible.

Claro que yo también tenía que saber de qué libros y libretas se trataba, y entonces tenía que buscar un papel diferente para cada uno, que me permitiera distinguirlos rápida y claramente. Cuando agoté los papeles posibles, pasé a las telas. Mi tía sacó la idea de una de sus revistas, así que empecé a forrar mis libros y cuadernos con tela y plástico transparente, lo cual me permitía descansar un poco de los moñitos, corazoncitos, estrellitas y cachorritos.

La verdad es que funcionó bastante bien, parecía una chica cualquiera con cuadernos y libros cualesquiera, entrando y saliendo de casa sin palabras. Pero la calma precede a la tormenta, y llegó un día en que uno de mis compañeros de grupo político que, como solía suceder en esos casos, iba atrasado con los apuntes del CCH, me pidió prestados los míos. Si no recuerdo mal eran los de ciencias políticas y los de comunicación, así que le presté apuntes y libros “complementarios” que me permití añadir a la petición.

Se los presté sin pensar y sin ninguna precaución, y cuando noté que se tardaba más de lo habitual en devolvérmelos, se los pedí directamente, “no los tengo aquí” -me dijo esquivo, “están en la casa vieja”, que era el sitio donde nos reuníamos, “ya te los daré luego”. Pero una que es poco paciente, no podía esperar a luego. Bastante molesta fui a buscarlos yo misma, y efectivamente encontré mis libretas y libros por el suelo, con el plástico un poco desprendido,

por el uso descuidado supongo. Instintivamente abrí las libretas para revisar que estuvieran completos los apuntes, y en la primera página de ellas, al lado de mi nombre, vi que habían escrito, intentando imitar el mismo tipo de letra y con rotulador de color morado, “La Boba”, de manera que entonces, los cuadernos pertenecían a “Adriana La Boba”.

Me sentí muy dolida por el gesto dado el contexto en el que se había producido; se suponía que estaba con la gente concienciada, sensible, abierta, solidaria... quise explicarme, explicarlo... Pero luego lo pensé mejor, no era yo quien tenía que dar explicaciones. Puede que pareciera Adriana la Boba con esos cuadernos y libros forrados así, a esa edad, en ese colegio y con esos compañeros, pero tamaña bobería me permitió sobrevivir en los sitios de los cuales sí tenía que preocuparme.

Muy oronda me leí por fin mis libros forrados, no obligatorios, rodeada de la familia nuclear, extensa, de vecinos, amigos de los parientes, curiosos e invitados, que ignoraban su contenido. Así desfilaron con total parsimonia libros como la *Filosofía y Economía en el joven Marx*, de Sánchez Vázquez, o *La Comunicación Masiva en el Proceso de Liberación*, de Mattelart, e incluso, gracias también a Mattelart, le hice una charla a mis primos sobre *Cómo leer al Pato Donald* y ellos se sintieron felices de haber pasado unas tardes conmigo y Disney.

¿Novios o libros en San Valentín?

Y hete aquí que llegó el esperado día de San Valentín, ése tan esperado de mi primer año de bachillerato, donde ya tenía algo más parecido a novios, o en proceso de serlo-no serlo. Eran dos en concreto, con quienes podía conversar, debatir, pasear y hablar de cómo iba el mundo y de lo que hoy diríamos cultura en general, y con quienes ya no había risitas nerviosas, notitas indescifrables hechas de frases

de tarjetas de felicitación, desencuentros, peleas sin sentido y todas esas cosas típicas de la secundaria, al menos de la de mi época.

Suponía que, como mostraban en la tele y en mi antigua revista *Coqueta*, y en las revistas *Vanidades* de mi tía, nos haríamos regalos románticos –aunque no tuviera muy claro qué quería decir eso en nuestras condiciones específicas–, conversaríamos también románticamente, y nos tomaríamos algún refresco o café igual de pobre, románticamente. Pero cuál fue mi sorpresa cuando de parte de ambos no recibí *más* que libros. Uno de ellos me regaló *Inventario*, de Benedetti, y el otro me regaló *Historias de Cronopios y de Famas*, de Cortázar (uno de los libros más entrañables que he leído). Y me los dieron en la puerta de entrada de casa, sin más, y se fueron unos minutos después, uno más minutos que otro, pero vaya, en conjunto, nada que hiciera pensar ni en horas, ni en medias horas, sólo en minutos.

Por supuesto, para ser honesta no hay nada que objetar a tan espléndidos títulos. Podía haber entrado en casa corriendo, para devorarlos de inmediato, como haría hoy en día. Podía incluso, poniéndome muy sentimental, pensar, y mucho, en cada uno de los chicos a partir de la elección de los libros que habían hecho. Me podía haber puesto psicoanalítica y haber cuestionado si me consideraban más bien ignorante y querían *cultivarme*.

Pero no, me dio por comentar en casa mi tamaña sorpresa al haber recibido en pleno día de los enamorados, dos libros, y nada más que dos libros. Dos novios (o equivalentes), y nada de flores, ni chocolates, ni salidas o palabras románticas, ni peluches, ni tarjetas con corazones o cupidos, ni adornos para el pelo, ni pulseras o bisuterías similares... sólo libros, unos minutos, y en la puerta del patio. ¿Tal vez esperaran que los libros hablaran por sí mismos? –pregunté, “¿y qué esperabas?” –me contestaron, “¡si todo el día estás leyendo, si no haces nada más!”

Eso no me parecía explicación suficiente del por qué de esos regalos, cómo iban a saber los novios lo que yo hacía o dejaba de hacer mientras no estábamos juntos -me dije. Pero me sorprendió

aún más la respuesta que recibí en casa porque, lejos de consolarme, me confundió aún más. Primero, porque al decírmelo, en el tono se intuía un pequeño reproche y no sólo una explicación, como si fuera mi *culpa*. Después, porque aparte de mis quehaceres que desde luego se ocupaban de que los realizara, no tenía ni idea de qué más era eso que no hacía porque leía *demasiado*, si tampoco me dejaban salir, ni hacíamos nada juntos en ninguna parte.

Reconozco que me llevó algunas horas reponerme de la sorpresa, pero no tantas como para demorar más la lectura. Empecé a leer diciéndome que lo hacía porque tal vez leyéndolos encontraría alguna pista, descifraría la clave o entendería algo más. Por supuesto, una vez que empecé a leer, me olvidé del asunto y de la sorpresa y hasta de los novios, creo que ya no salía con ninguno de los dos cuando acabé de leer mis regalos de San Valentín. Ya no recuerdo sus nombres, apenas recuerdo sus caras, ni sé si eran famas o cronopios, pero aún les agradezco infinitamente la decepción que me llevó ese catorce de febrero. Cómo quise a estos libros y cuánto los releí.

**Tolkien, Süskind, Bradbury, Quiroga, Beauvoir,
Carballido, Ibarguengoitia, Fuentes, Cortázar,
Castellanos, Sabines, Onetti, Benedetti...**

Afortunadamente, los amigos, amigas, novios, novias, amados y amantes fueron un excelente recurso para leer libros, muchísimo más ellas que ellos, en honor a la verdad, pero todas las contribuciones se agradecen igualmente. No sé ahora, y nunca supe, de quién eran todos los libros que nos íbamos pasando unas a otros y viceversa. Pero doy gracias a) a la generosidad, y a la preocupación de la madre de alguno, que no quería que en pleno bachillerato continuáramos leyendo sólo cuentos (como los de Tolkien por ejemplo) y se encargó de surtirnos, de unos cuantos títulos más; b) a las habilidades y solidaridades de otros, que nos “proveían” de libros, en el entendido de que se trataba de artículos de primera necesidad; c)

al enamoramiento, que me hizo seguir al ser amado hasta sus clases de Literatura dramática y Teatro como oyente; y d) a los escritores, que consiguieron que una curiosidad se volviera hábito.

No se trataba de un solo grupo proveedor de libros ni mucho menos, al menos tenía tres o cuatro redes de amigos-amigas, que a su vez tenían más amigos-amigas y, a través de todos, circulaban libros y más libros. Tampoco es que cada red se compusiera de decenas de personas, apenas si se trataba de un puñado, pero era más que suficiente, incluso demasiado. Claro está que todo esto lo evaluó en comparación al acceso a libros que había tenido hasta entonces, y no tengo ni idea de qué opinaban los demás beneficiarios.

El flujo era considerable y en ocasiones, desbordaba con creces todas mis expectativas. A cambio, tenía que mantener un ritmo de lectura también considerable, entonces ya fue verdad que no hacía nada más que leer, porque la regla implícita de esa red bibliófila era que en cuanto alguien pedía el libro que una tenía, sólo disponía de un par de días para entregarlo sin mayor demora. Nunca se sabía quién había leído el libro antes o lo leería después, se trataba de una petición anónima que le llegaba a una a través de su “uña y carne”, de manera que una no podía apelar a la bondad de nadie con cara y ojos para conseguir una prórroga.

Fue como la rotura de un dique, nadie podía pararlo y yo creo que tampoco nadie quería. Por ese torrente me pasaron por ejemplo y sólo por mencionar los primeros libros que me pasan por la cabeza: *El Señor de los Anillos*; *El Hobbit*; *El Perfume*; *Crónicas Marcianas*; *Fahrenheit 451*; *Cuentos de amor, locura y muerte*; *Cuentos de la Selva*; *Memorias de una joven formal*; *La plenitud de la vida*; *La sangre de los otros*; *La invitada*; *La fuerza de las cosas*; *El segundo sexo*; *Te juro Juana que tengo ganas*; *Las muertas*; *La región más transparente*; *Aura*; *Las buenas conciencias*; *Agua Quemada*; *Rayuela*; *El eterno femenino*; *Los convidados de Agosto*; *Tarumba*; *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*; *Juntacadáveres*; *El Astillero*; *La Tregua*. Todos ellos, ahora, libros de mi corazón.

También es cierto que unos cuantos de los libros que me llegaron los pasé sin leer porque simplemente no me llamaban la atención, ahora mismo no podría decir cuáles fueron, pero visto en retrospectiva, me parece una lástima haber perdido la oportunidad de leerlos.

Algún que otro ejemplar lo pedí expresamente, como *El Capital*, de Marx y las historietas de *Mafalda*, de Quino. No los había leído y me parecieron indispensables, pero ambas peticiones me hicieron pasar una vergüenza enorme y me hicieron sentir la más tonta de entre todas. El primero, porque aún cuando todo mundo hablaba de él con fluidez y lo citaba en repetidas ocasiones, la pregunta directa me llevó a averiguar que nadie en kilómetros a la redonda lo había leído realmente, excepto yo. Y las segundas, porque a aquellas alturas de nuestra alfabetización, todo el mundo ya las había leído menos yo.

Pero lo más importante de aquel torrente de libros es que me hicieron sentir lectora; entendí la necesidad de leer “lo que fuera” de mi madre: a ella le cortaron el afluente de pequeña y luego siempre tuvo sed. Lo importante era aprovechar y leer todo lo que se pudiera, porque una nunca sabe cuándo se presentará la oportunidad y podrá tener otro libro que leer en las manos.

Como decía Mompou, la música más simple y sencillamente escrita, es la más difícil de interpretar

Algo parecido decía mi director de tesis de la licenciatura, “lo verdaderamente difícil es escribir fácil”, hacer accesible y cotidiano lo que es producto de la reflexión y el trabajo teórico meditado. En efecto, en este género autoetnográfico, parece fácil contar las propias experiencias que quién mejor que una conoce, e interpretarlas teóricamente, porque finalmente a eso se dedica una. Pero no lo es. Primero, porque aquello que uno debe interpretar y analizar, el conocimiento que una construye, no es sobre objetos ajenos como en las ciencias naturales, si no que se trata de los otros como yo, de una misma y de las cosas que vive, piensa y siente, en una época

y en un sitio concretos, con todas las limitaciones que una misma tiene por pertenecer a esa época y sitio. Y segundo, porque leer y comprender cómo se reproduce, mantiene y cambia la sociedad en los episodios “sin importancia” de la vida diaria, requiere dejar los “datos por hecho” a un lado, para poder ver como extraño lo que siempre ha sido “natural”.

Aquí, en estos pocos episodios, tengo entre manos palabras mayores. Nociones y conceptos, como la memoria y el género; paradigmas, como el de las relaciones de poder, categorías reificadas como la adolescencia; perspectivas completas como la situada y la postcolonialista; todo se puede leer como lo que constituye la subjetividad y se puede describir como las tecnologías del yo que la conforman a una. Pero básicamente, el interés que esta experiencia pueda tener no es discutir aquí esas nociones y categorías que ya tienen sus propios espacios, lo importante es lo que puede evocar en otras y otros. ¿Qué les permite “leer” de sus propias experiencias? ¿Qué de estos episodios mantiene y reproduce lo social y qué de ellos lo transforma? ¿Qué resulta evidente que performa mi género, mi etnia, mi clase? ¿Qué invisibiliza cómo las y los otros forman a otras mujeres? ¿Qué de los objetos “libros o revistas” median lo que vamos siendo, de manera diferente a otros objetos?

Leer me hizo una chica en particular, algunas veces una chica como cualquiera, otras veces me hizo una chica rara, todo en función del lugar desde donde se mirara. Leer me hizo una chica concientizada de su contexto y otras veces una chica completamente alienada a él. Me hizo una chica que leía; y luego no leía cosas adecuadas. Una persona que pudo acceder a otros significados, a otros símbolos y a otros sentidos y una persona que pudo entender los significados, símbolos y sentidos propios. Me hizo adolescente y luego me sacó de la adolescencia. Me hizo rebelarme, cuestionar y me hizo tener fe...

Pero cuáles son estos lugares y cuáles son las categorías relevantes para entenderlo, esto debe decidirlo quien lo lea cada vez, debe sentirlo quien sea afectado por su lectura. Debe ponerlo quien esté o haya estado en posiciones que lo hagan posible de leer. Yo

sólo puedo hacer una propuesta donde, desde aquí y ahora, miro cuáles son los límites y posibilidades que se conjugaron para que yo emergiera como lectora.

Sólo enuncio dos lentes que fui conformando y que permiten ver la realidad de otra manera a como nos la cuenta el sentido común, por si sirven. Son dos herramientas de comprensión que me han sido útiles y que en parte he/se me han generado por mi “ser lectora”. La primera es entender que el contexto no determina, y la segunda, que la memoria es una relación social.

De la primera, me gustaría remarcar que todo lo que hice para ser lectora y me hizo ser lectora no se puede explicar por una simple relación de influencia, en una sola dirección. No hay algo que me haya determinado. Aparte de que hay muchísimas cosas en juego, empujando en varias y contrarias direcciones, también yo hice esa influencia, la fui construyendo, la fui dibujando en varios y diversos sentidos, la fui buscando y repeliendo. Por ello lo que leí, importa tanto como lo que no leí, lo que me recomendaron marcó tanto como lo que yo escogí. La primaria y secundaria experimentales que hice, que no contemplaban las asignaturas clásicas como la lengua o la literatura, fueron tan importantes como los maestros que dirigieron mi criterio de alguna manera, o como el bachillerato directamente orientado a las ciencias sociales. La lectura me hizo, la hice y me “deshizo”, todo en la misma medida.

De la segunda, tengo que decir que la memoria es una relación social, la hacemos entre todos y la “dejamos” en determinados emplazamientos, sin los cuales la memoria no está completa. Está hecha de lenguaje y de afectos, entretejidos con unos lugares, si y solo si se dan unas situaciones. No recordamos si no nos recuerdan y si no nos hacen recordar y si no hay objetos con qué recordar lo vivido, objetos que tienen trozos de lo vivido en unos lugares y no otros. Así que me dejé muchas cosas por decir y muchos libros por enunciar seguro, y aunque sólo me haya “acordado” aquí de la adolescencia, eso no es todo mi “ser lectora”, que aún se sigue haciendo. Así que, si adolescente significa no pintar nada en las decisiones y que no te

pregunten nunca la opinión para decidir tu futuro, pues entonces, más o menos en esa etapa, leí estas cosas. Y adquieren sentido aquí y ahora porque para mí, entrar en la lectura significó inaugurar el camino para construirme como la mujer que estoy siendo. Al tiempo que significó dejar de ser mi otra posibilidad, una chica a la cual no le interesara leer casi en absoluto.

Bibliografía

AA.VV., *Cuentos del País de las Nieves*, México, Renacimiento, 1962.

BEAUVOIR, Simone, *La invitada*, Traducción de Silvina Bullrich, 2ª edición, Barcelona, Edhasa, 1955.

BEAUVOIR, Simone, *La sangre de los otros*, Traducción de Hellen Ferro, 1ª edición, Buenos Aires, Siglo XX, 1945.

BEAUVOIR, Simone, *El segundo sexo*, Traducción de Alicia Martorell, 1ª edición, Madrid, Cátedra, 1998 [1949].

BEAUVOIR, Simone, *Memorias de una joven formal*, Traducción de Silvina Bullrich, 1ª edición, Buenos Aires, Sudamericana, 1958.

BEAUVOIR, Simone, *La plenitud de la vida*, Traducción de Silvina Bullrich, 2ª edición, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

BEAUVOIR, Simone, *La fuerza de las cosas*, Traducción de Ezequiel de Olaso, 2ª edición, Buenos Aires, Sudamericana, 1971.

BENEDETTI, Mario, *Inventario*, 2ª edición, México, Nueva Imagen, 1978.

BENEDETTI, Mario, *Pedro y el Capitán*, 1ª edición, Alianza, 1979.

BRADBURY, Ray, *Crónicas Marcianas*, Traducción de Francisco Abelenda, 8ª edición, Barcelona, Minotauro, 1997.

BRADBURY, Ray, *Fahrenheit 451*, Traducción de Francisco Abelenda, 1ª edición, Buenos Aires, Minotauro, 1974.

BRAUNSTEIN, Néstor; PASTERMAC, Marcelo; BENEDITO, Gloria; SAAL, Frida, *Psicología, Ideología y Ciencia*, 1ª edición, México, Siglo XXI, 1975.

CASTELLANOS, Rosario, *Los convidados de agosto*, 3ª edición, México, ERA, 1975.

CASTELLANOS, Rosario, *El eterno femenino*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1978. [1605]

CORTÁZAR, Julio, *Historias de cronopios y de famas*, 4ª edición, Buenos Aires, Minotauro, 1968.

CORTÁZAR, Julio, *Rayuela*, 2ª edición, Barcelona, Bruguera, 1980. [1963]

DORFMAN, Ariel y MATTELART, Armand, *Para leer al Pato Donald*, 1ª edición, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.

FUENTES, Carlos, *La región más transparente*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

FUENTES, Carlos, *Las buenas conciencias*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

FUENTES, Carlos, *Aura*, 1ª edición, México, ERA, 1962.

FUENTES, Carlos, *Agua Quemada*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

GILLY, Adolfo, *La Revolución Interrumpida*, 1ª edición, México, El caballito, 1975.

GODOY, Ema, *Que mis palabras te acompañen*, 1ª edición, México, Jus, 1972.

HOFFMANN, Ernest; DUMAS, Alejandro; PETISKA, Eduard, *El Cascanueces*, 2ª edición, México, Extemporáneos, 1974.

IBARGÜENGOITIA, Jorge, *Las muertas*, 1ª edición, México, Joaquín Mortiz, 1977.

MARX, Karl, *El Capital*. Tomos I, II y III, Traducción de Pedro Scaron, 1ª edición, México, Siglo XXI, 1975. [1867; 1885; 1894].

- MATTELART, Armand, *La Comunicación Masiva en el Proceso de Liberación*, México, Siglo XXI Editores, 1973.
- MONSIVÁIS, Carlos, *Días de guardar*, 1ª edición, México, ERA, 1971.
- MONSIVÁIS, Carlos, *Amor perdido*, 2ª edición, México, ERA, 1986.
- ONETTI, Juan Carlos, *El astillero*, 1ª edición, México, Seix-Barral, 1961.
- ONETTI, Juan Carlos, *Juntacadáveres*, 1ª edición, México, Seix-Barral, 1964.
- PACHECO, José Emilio, *Morirás lejos*, 1ª edición, México, Joaquín Mortiz, 1967.
- PACHECO, José Emilio, *El principio del placer*, 1ª edición, México, Joaquín Mortiz, 1972.
- PONIATOWSKA, Elena, *Hasta no verte Jesús mío*, 1ª edición, México, ERA, 1969.
- PONIATOWSKA, Elena, *La noche de Tlatelolco*, 1ª edición, México, ERA, 1971.
- QUINO, *Mafalda* 1 al 12, 1ª edición, México, Ediciones Nueva Imagen, 1977.
- QUIROGA, Horacio, *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, 1ª edición Santiago de Chile, Andrés Bello, 1995 [1917].
- QUIROGA, Horacio, *Cuentos de la Selva*, 1ª edición, México, Albatros, 2003. [1918].
- SABINES, Jaime, *Tarumba*, 1ª edición. México, Joaquín Mortiz, 1956.
- SABINES, Jaime, *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, 1ª edición, México, Joaquín Mortiz, 1973.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Filosofía y Economía en el joven Marx*, 1ª edición, México, Grijalbo, 1982.
- SÜSKIND, Patrick, *El Perfume. Historia de un asesino*, Traducción de Pilar De Giralt Gorina, 1ª edición, Barcelona, Seix-Barral, 1985.

TOLKIEN, John Ronald Reuen, *El Señor de los Anillos*, Traducción de Matilde Horne y Luis Domènech, Barcelona, Minotauro, 1980. [1954]

TOLKIEN, John Ronald Reuen, *El Hobbit*, Traducción de Manuel Figueroa, Barcelona, Minotauro, 1982. [1937]

4. Literatura infantil y juvenil: fragmentos de una infancia

Joel Feliu i Samuel-Lajeunesse

La literatura infantil i juvenil és nova perquè abans la infància no existia.

EMILI TEIXIDOR (1933-2012)

Dicen algunos que la memoria es esencialmente un mecanismo narrativo. Pero para mí que funciona más bien por fragmentos inconexos. Son como flashes, destellos tan breves que iluminan por unos segundos una escena para volver a sumirla inmediatamente en las tinieblas. Luego empieza el trabajo de reconstrucción. Y entran en acción las palabras y las narraciones. Esto es memoria, por supuesto, pero lo anterior, desconectado, troceado, sin elaborar, también.

No es una mala idea la de que, cuando nos narramos, con ello construimos nuestra identidad y adquirimos una imagen de nosotros mismos; sin embargo para ello hace falta asumir que tenemos esa imagen de lo que somos. Yo no tengo una imagen clara de mí mismo. Para empezar, no tengo una sola narración, más bien va-

rias, y solo emergen si alguien pregunta. Por descontado, nunca es la misma narración, depende de quién pregunta. Así que me veo, múltiple y borroso.

Los flashes, cuando ocurren, se me aparecen de forma abrupta. Nunca son espontáneos, algo los convoca: un sitio, un objeto, un olor, una palabra, una fotografía, un libro. Son breves, apenas desarrollados, y se desvanecen rápidamente si no acuden las palabras a socorrerlos. Así que en seguida pasan a ser más narrativos que imagógicos. Las imágenes no tienen ningún poder sin las palabras, no pueden dibujar una novela, ni tan siquiera contar el cuento más breve del mundo y menos una biografía completa. Sin embargo, con el añadido de unas pocas palabras, pueden llegar a construir relatos breves; los fragmentos dispersos de una vida, por ejemplo. A veces son tan breves que no cabe en ellos ni el dinosaurio de Monterroso; para que quepa el dinosaurio hay que estirarlos, y para eso se necesitan más palabras y un texto como éste:

A Garbanzo se le encendió una bombilla en la cabeza: ¡había encontrado la jaula para los animales pequeños! Sin pensarlo en lo más mínimo, cogió la caja de plástico, la vació sobre la mesita y echó a correr hacia la sección gritando como un desesperado: -¡Ya la tengo! ¡Ya la tengo!

Un cierto desorden temporal reina en los fragmentos escritos a continuación. No solo entre ellos, sino incluso en lo que cuentan. Muchas cosas creo que no sucedieron simultáneamente. Algunas ocurrían a menudo, formaban parte de una rutina; otras, pocas veces. Puede que alguna ocurriera una sola vez. Pero todas juntas cuecen un puré espeso, difícil de remover e inseparable en sus ingredientes originales. Soy incapaz de ubicar estos fragmentos correctamente en un momento determinado y calcular su duración concreta.

¹ “A en Cigró se li encengué una bombeta dins el cap: havia trobat la gàbia per als animals petits! Sense pensar-s’ho gens ni mica agafà la capsa de plàstic, la buidà sobre la tauleta i arrencà a córrer cap a la secció cridant com un desesperat -Ja la tinc! Ja la tinc!?. SORRIBAS, S., *El zoo d'en Pitus*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1966.

¿Cuándo se añadió cada ingrediente y en qué cantidad? No lo sé. La vaguedad de la receta se corresponde muy bien con esa vaguedad que siento sobre quién y cómo soy. Cuando me veo obligado a pensar en ello por la insistencia o las preguntas de alguien, algunos de los ingredientes aparecen un momento a la superficie, flotan un rato y se hunden en finalizar la explicación. Se reincorporan al fondo del puré. Se diluyen y desaparecen otra vez. Los episodios no pueden tener fecha de ninguna manera. Se corresponden a algo que llamo la infancia. Punto.

Unos meses más tarde Xeu leyó en una revista de actualidad que cuando estrenaron la película en Londres la versión inglesa se titulaba “ONE WEST STORY”, que viene a ser, “UNA HISTORIA DEL FAR WEST”.²

Los tengo enfrente. Treinta y un libros de la editorial La Galera. En catalán. La mayoría con las tapas rotas. Huelen a polvo. Los leí todos, varias veces, muchas veces. Hace más de treinta años, entre los ocho y los trece, aproximadamente. Están en un estante bajo, en un lugar céntrico de mi casa. Los puse ahí para que los vieran mis hijos y, con suerte, los leyeran. Llevan ahí unos diez años. La mayor nunca ha agarrado ninguno. El pequeño, a punto de cumplir diez, los empieza a mirar con curiosidad. El otro día agarró uno. Se le cayó el lomo. Lo dejó y agarró otro mientras yo me esforzaba en pegar el primero. Parece que lo está leyendo. Pero esto será su historia si acaso llega a ser alguna historia.

En un rincón, un poco separados de los otros y sin hacer tanto alboroto, había seis o siete chicos. No necesitaban contarse las aventuras porque las habían vivido juntos ya que durante el verano no se habían separado.³

² “Uns mesos més tard en Xeu llegia en una revista d'actualitat que quan van estrenar la pel·lícula a Londres la versió anglesa es titulava “ONE WEST STORY”, que ve a ser, “UNA HISTÒRIA DEL FAR WEST”. VALLVÉ, A., *En “Xeu” se'n va a l'Oest*, 1ª edició, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1977.

³ “En un racó, una mica separats dels altres i sense moure tant de xivarri, hi havia sis o set nois. No els calia explicar-se les aventures perquè les havien

Cuenta mi madre que me costó mucho aprender a leer. Lo dice como un reproche y, en una familia de lectores, por supuesto lo es. También dice que soy muy negado para el dibujo y para la música, pero eso solo lo dice cuando se quiere burlar de mí. En realidad esto último no le importa. Lo de leer mal creo que lo llevé peor, así que volqué todos sus esfuerzos en que se me pasara rápido. Y así fue. Tan así que yo no recuerdo ninguna dificultad de las que menciona. Para mí que siempre he leído. Si la lógica no me impidiera pensarlo diría que nací leyendo.

Para explicar la historia de Dídac, que soy yo, Berta y la máquina de atar niebla, tengo que empezar por presentarme y decirnos quién soy, dónde estoy, cómo he conocido a toda la gente que conozco y que de cerca o de lejos están relacionados con esta extraordinaria máquina, y quizás algunas cosas más que se me irán ocurriendo a medida que avanzamos. Empecemos, pues, por mí.⁴

Aunque las tuvieran, nunca sentí sobre mí el peso de unas expectativas muy altas. Más bien tuve una educación *laisser-faire*, típica de los setenta en unos padres lectores de psicoanálisis. Pero tal como esperaban, leí. Y leí mucho. Desde siempre en casa ha habido libros, primero libros “de adultos”, literatura académica vinculada a los estudios de mi padre: lingüista, traductor, historiador... Como era autodidacta, nadie le obligó a ubicarse disciplinariamente. Era un académico fuera de la universidad, se ganaba la vida de traductor técnico en una empresa de productos químicos, y por la tarde se encerraba en su “despacho” en casa, para proseguir sus estudios histórico-lingüísticos. También había novelas, las que leía mi madre.

viscudes junts ja que durant l'estiu no s'havien separat”. CARBÓ, J., *La colla dels deu*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1969.

⁴ “Per explicar la història del Dídac, que sóc jo, la Berta i la màquina de lligar boira, haig de començar per presentar-me i dir-vos qui sóc, on m'estic, com he conegut tota la gent que conec i que de prop o de lluny està lligada amb aquesta extraordinària màquina, i potser algunes coses més que se m'aniran acudint a mesura que avancem. Comencem, doncs, per mi”. TEIXIDOR, E., *Dídac, Berta i la màquina de lligar boira*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1969.

Algunas eran compradas, otras heredadas de su hermana y de su madre. Mi padre no leía novelas, decía que la mejor novela era la historia. Aunque por otras razones, seguro que Hayden White, en *El texto histórico como artefacto literario*, le daría la razón. En casa no había dinero pero se compraban muchos libros, los que mi padre necesitaba para sus estudios. Antes de morir, hace tres años, andaba gastando unos 300 euros al mes en libros. Seguro que no siempre fue tanto, no teníamos ese dinero, pero en proporción siempre era mucho. Una austeridad implacable reinaba en casa, incluso para la comida, pero no para los libros.

A pesar de que los perros crecen deprisa, encontraréis algunos muy grandes que todavía son unos cachorros. Ya se veía venir que a Robellón le pasaría esto. Que se haría alto y gordo como un cepporro pero que seguiría siendo una “criatura”⁵

Yo no leí nunca esos libros, ni lo hago ahora, ando ubicado en otra disciplina, y eso en el mundo académico es una frontera tan dura como un muro en Israel. Pero leí otros: una enorme dosis de literatura infantil y juvenil. Algunos ejemplares fueron comprados en cumpleaños, Navidades o Sant Jordi, la fiesta nacional del libro en Cataluña. Eran pocos, pero con la acumulación de años, suficientes para generar una biblioteca considerable. Mis fuentes importantes de libros eran otras. En horario escolar, la biblioteca de la escuela. Por sorpresa y vía postal, mi tía Odile. Algunas tardes, la biblioteca del barrio. Los miércoles, la asociación de bibliotecarias a la que pertenecía mi madre. En verano, la librería FNAC y el Centro Pompidou, ambos en París.

Cuando los de la pandilla se despidieron, ya era muy oscuro. Emilio tuvo que prometer, bajo palabra de honor, que el día siguiente, por la tarde, él y Pony irían a casa del Profesor. Más tarde llegó el tío y cenaron. En el momento del café, el tío He-

⁵ “Tot i que els gossos creixen de pressa, en veureu de molt grossos que encara són uns cadells. Ja es veia venir que al Rovelló li passaria això. Que es faria alt i gros com un talòs i que seria una criatura”. VALLVERDÚ, J., *Rovelló*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1969.

imbold entregó solemnemente los mil marcos a su cuñada y le aconsejó que los depositara en el Banco.⁶

Mi madre era la bibliotecaria de la escuela. Me gustaría contar, creo que narrativamente quedaría muy bien, que pasaba largas horas en esa biblioteca, curioseando, leyendo, mientras mi madre rellenaba sus fichas y ordenaba los libros. Pero no fue así. No tengo recuerdos de haber pasado ahí largos ratos, apenas cinco minutos algún día mientras mi madre se preparaba para salir del trabajo. Y no cada día, puesto que ella estaba a tiempo parcial. Así que pocas veces salíamos juntos de la escuela. La biblioteca era uno de mis espacios escolares favoritos, pero accedía a él en la misma medida que el resto de los niños, en lo que se llamaba “la hora de biblioteca”. Por supuesto me enorgulleció de que mi madre estuviera ahí, aunque dudo que ninguno de mis compañeros reconociera ese orgullo ni le pareciera comprensible. Mi madre nos contaba cómo funcionaba una biblioteca, en qué consistía la Clasificación Decimal Universal y luego nos dejaba estar ahí para que viéramos lo que quisiéramos.

Mariona recordó de golpe la recomendación del señor Rovira de no pasar por este lugar, y un poco intranquila levantó la cabeza. Estaba pasando bajo la fatídica vuelta de la capilla, y justo en este momento un violento embate del viento hizo tambalear el frágil paño de viejas piedras. Una roca, la más alta y gorda, se desprendió, arrastrando otras en su caída. Con un grito de espanto la chica saltó de lado. La enorme piedra le pasó muy cerca de oreja, silbando, pero otra que seguía la atrapó de lleno.⁷

⁶ “Quan els de la colla van acomiadar-se, ja era ben fosc. L’Emili els va haver de prometre, amb paraula d’honor, que l’endemà, a la tarda, ell i la Pony anirien a casa del Professor. Més tard, arribà l’oncle i van sopar. Al moment del cafè, l’oncle Heimbold lliurà solemnement els mil marcs a la seva cunyada i va aconsellar-li que els diposités al Banc”. KAESTNER, E., *Emili i els detectius*. Traducció al catalán de Ramón Montón, 1ª edición, Barcelona, Animallibres, 2010. [1928]

⁷ “La Mariona recordà de cop i volta la recomanació del senyor Rovira de no passar per aquest lloc, i una mica intranquil·la aixecà el cap. Estava passant sota la fatídica volta de la capella, i just en aquest moment un violent embat del vent va fer trontollar el fràgil pany de velles pedres. Una roca, la més alta i grossa, es despreguè, arrossegant-ne d’altres en la seva caiguda. Amb un crit d’espant la noia saltà de costat. L’enorme pedra li va passar a frec d’orella, xiu-

La hora de biblioteca consistía en estar en la biblioteca y leer. Nada más. Visto desde la distancia, para algunos debía ser un tormento. Para otros, para mí, seguro, era un momento de descanso de las tareas diarias. Mi actividad preferida era leer revistas infantiles (*Cavall Fort* o *Tretzevents*). Me miraba los números viejos, puesto que en casa de mi tía ya se recibía *Cavall Fort* y en mi casa recibíamos *Tretzevents*, siempre en busca de los cómics que me había perdido por no haber nacido a tiempo. Ambas revistas tenían secciones de narrativa, pero pocas veces, por no decir ninguna, leía esos cuentos. Yo buscaba las aventuras de Jan i Trencapins, Els Barrufets, una serie sobre un grupo de Boy Scouts, y otros, siempre B.D.⁸ de la escuela belga de línea clara, que eran los que publicaban.

Eulàlia finalmente obedeció. Se levantó, estiró los brazos, pegó un saltito y al agua se ha dicho. De repente se encontró sumergida en un mundo azul y maravilloso, tan extraordinario que se quedó embobada “contemplándolo”.⁹

La biblioteca de la escuela también nos proporcionaba libros en préstamo, que nos llevábamos a clase y a casa. La escuela a la que iba no tenía un sistema de lecturas obligatorias. En aquellos años la enseñanza primaria, llamada Educación General Básica (EGB, para todos nosotros), duraba hasta los 14 años, así que no sufrí en carne propia lo que era una lectura obligatoria hasta que cambié de escuela para cursar estudios secundarios, oficialmente llamado por aquel entonces Bachillerato Unificado Polivalente (BUP, para todos nosotros). En primaria no es que no nos obligaran a leer, sí lo hacían, pero no nos decían qué leer. Podíamos ir a la biblioteca y escoger el libro que quisiéramos. Tengo muy claro que mi madre, junto con las maestras, ejerció su poder de selección tanto como pudo para que sólo hubiera

lant, però una altra que seguia la va agafar de ple”. MATHIEU, Renée, *El fugitiu de Queragut*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1976.

⁸ Historietas, en francés: Bandes Desinées. [N. de la E.]

⁹ “L'Eulàlia finalment obeí. S'aixecà, estirà els braços, féu un saltiró i de cap a l'aigua s'ha dit. Tot seguit es veié submergida en un món blau i meravellós, tan extraordinari que es quedà embadalida contemplant-lo”. CANELA, M., *Utinghami, el rei de la boira*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1979.

lecturas adecuadas según su parecer. Pero había muchas opciones, lo cual daba suficiente sensación de libertad. Al llegar a clase, la maestra nos preguntaba qué habíamos agarrado, lo apuntaba en una lista e iba haciendo un seguimiento de la lectura, de modo que todo el mundo estuviera leyendo algo en algún momento. Supongo que hubo quien leyó un par o tres de libros en cada curso, pero en mi caso rondaban la treintena larga.

Roc Pons levanta la cabeza y silba: «¡Todo el día encaramado allí arriba, tiene que acabar mareado, pobre hombre!» Se mete las manos en los bolsillos y continúa paseando por debajo de la estatua de Colón. Le gusta ver el mar, los barcos y las gaviotas que van distraídas de un lugar a otro. Durante un buen rato se queda plantado ante un barco que descarga madera con unas grúas descomunales que parecen brazos. Muy interesante. A fe que pasaría horas, contemplándolas.¹⁰

Tengo este número muy claro, porque al finalizar el curso, sobre todo en los cursos superiores, entre algunas (básicamente unas cuatro o cinco niñas y yo) se desarrollaba una especie de competición amistosa para ver quién había leído más. Pero también porque en primero del BUP, la tutora de la nueva escuela nos preguntó cuántos libros habíamos leído el curso anterior. Dije que treinta-y-cuatro. Fui amonestado con una mirada suspicaz y cuestionado. Me salvaron de ser tachado de mentiroso públicamente mis antiguos compañeros, que lo certificaron. Sin embargo, sí había mentido. Había leído muchísimos más. Seguramente el doble. En casa. Fuera del sistema de monitoreo de la maestra. Muchos en francés, así que no tenía ni pruebas ni expectativas de ser creído.

¹⁰ “En Roc Pons alça el cap i fa un xiulet: «Tot el dia enfilat allà dalt, ha d’acabar marejat, pobre home!» Es fica les mans a les butxaques i continua passejant per sota l’estàtua de Colom. Li agrada veure el mar, els vaixells i les gavines que van badocant d’un lloc a l’altre. Durant una bona estona ha estat palplantat davant d’un vaixell que descarregava fusta amb unes grues descomunals que semblaven braços. Molt interessant. A fe que s’hi passaria hores, contemplant-ho”. CABRÉ, J., *La historia que en Roc Pons no coneixia*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1980.

Nosotros no os recomendamos que gastéis CALZONCILLOS PATANCRÀS XINXOLAINA, por la sencilla razón que los CALZONCILLOS PATANCRÀS XINXOLAINA NO SE GASTAN, DURAN TODA LA VIDA.¹¹

Me pasó algo parecido en la universidad, cuando uno de mis profesores de psicología nos hizo rellenar una pequeña encuesta sobre nuestra procedencia y características. Por afán sociológico supuestamente, pero creo que más bien para justificar su desprecio por el bajo nivel de los estudiantes. Entre otras pocas cosas, preguntó cuántos libros teníamos en casa. Dado que no tenía ni idea, respondí con el único número que sabía seguro, unos tres mil. Esos eran los que mi padre tenía fichados. Eran libros académicos. Seguramente debían ser un cincuenta por ciento más, añadiendo la literatura infantil y juvenil, las novelas, la poesía, los diccionarios y enciclopedias, algún que otro libro de arte, los cómics de Astérix y de Tintín... Meses más tarde, en una conversación de pasillo entre profesores y estudiantes, me enteré que un mentiroso había contestado que tenía unos tres mil libros en su casa, lo cual no era posible de todas todas, porque nadie, nadie, tiene tal cantidad de libros.

El invierno jugaba a ser frío. Se había acompañado de una niebla calmada y delgada que se te metía por las grietas de la piel y se te clavaba en los pensamientos. Ni una brizna de aire ni un trago de sol: sólo un cielo todo igual –todo azul escaldado, todo neblina juguetona– como una campana de vitral. Cerca del río, la niebla agarraba cuerpo y era como humo pastoso y denso de leña húmeda. –¿No me engañáis, padrino? Es cierto que aquellos pájaros son... gaviotas?¹²

¹¹ “Nosaltres no us recomanem que gasteu CALÇOTETS PATANCRÀS XINXOLAINA, per la senzilla raó que els CALÇOTETS PATANCRÀS XINXOLAINA NO ES GASTEN, DUREN TOTA LA VIDA”. SENNEL, J., *En Patancràs Xinxolaina*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1981.

¹² “L’hivern jugava a fer fred. S’havia acompanyat d’una boira calmosa i prima que se’t ficava a les clivelles de la pell i et punxava els pensaments. Ni un bri d’aire ni un glop de sol: només un cel tot igual -tot blau escaldat, tot boirir jugar- que era una campana de vitral. Vora el riu, però, la boira prenia cos i era com fum pastós i dens de llenya humida. -No menganyeu, padrí? És cert

Aunque estuve a punto, creo que no llegué a terminarme la biblioteca de la escuela. Sin embargo, ocho años de escuela primaria dan para mucho. No sólo agarraba libros durante la semana. Fuera del control de la maestra, y por lo tanto fuera de «competición», si mi madre iba a la biblioteca el fin de semana a acabar alguna tarea, aprovechaba para agarrar alguno más.

Alba, una chica de catorce años, virgen y morena, regresaba del huerto de su casa con un cestito de higos negros de cuello de dama, cuando se paró a avergonzar a dos chicos que pegaban a otro y lo hacían caer al charco de la esclusa, y les dijo: -¿Qué os ha hecho?¹³

Otra fuente de libros fue mi tía Odile, la hermana de mi madre, que vivía en París y se dedicó algún tiempo a algo que tenía que ver con la literatura infantil. No estoy muy seguro de lo que hacía. Creo que escribía reseñas o algo parecido. La cuestión es que tenía acceso a un sinnúmero de libros infantiles y juveniles, así que de vez en cuando llegaban por correo enormes paquetes de libros de literatura infantil y juvenil en francés. Por supuesto, los devoraba instantáneamente. Mi tía Odile, a su pesar porque se lo pedí yo, también me suscribió a la revista *PIF-Gadget*, una revista infantil francesa, combinación de reportajes y B.D.s. A ella no le gustaba porque en muchas tiras cómicas reproducían el francés oral, subvirtiendo dolorosamente la plusquamcentenaria, es decir, alejada de la realidad, ortografía francesa. Le parecía que eso hacía mucho daño a las nuevas generaciones. No afectó a mi ortografía, que no podía ser mala visto lo que llegaba a leer. No sé la de los otros niños franceses, pero si sólo hubieran leído *PIF-Gadget*, algo poco probable, puedo conceder que seguramente hubieran acabado con

que aquells ocells son... gavines?" BARCELÓ, J., *Ulls de gat mesquer*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1979.

¹³ "L'Alba, una noia de catorce anys, verge i bruna, tornava de l'hort de casa seva amb un cistellet de figues negres, de coll de dama, quan s'aturà a avergonyar dos nois, que pegaven a un altre i el feien caure al toll de la resclosa, i els va dir: - Què us ha fet?" PEDROLO, M., *Mecanoscrit del segon origen*, 1ª edición, Barcelona, Edicions 62, 1974

problemas. *PIF* traía un *gadget*, de ahí su nombre. Un juguecito de plástico que no solía llegar. Se perdía en alguno de los laberintos de las oficinas de correos españolas. O bien el cartero lo eliminaba. Parece que esa protuberancia provocaba que no cupiera la revista en el buzón. Pero cuando llegaba me hacía muy feliz. En los años ochenta no se compraban tantos juguetes como ahora.

Era como si estuvieran llegando al borde del mar. La llanura se abría al infinito ante ellos, todo era gris. El cielo y la tierra se confundían en una suerte de bruma en medio de la cual el sol aparecía como un disco sin resplandor. A lo lejos, hacia lo que debía ser horizonte, se apilaban centenares, millares de cubos de tamaños diversos que, sin duda, eran casas. Esta inmensa ciudad ocupaba todo el campo de visión. Tan lejos como se pudiera mirar, a derecha o a izquierda, habían, habían. –¿Qué es eso?– preguntó Prune. –Es la metrópolis, respondió Grison.¹⁴

Cuando me dejaron salir solo a la calle, como hacia los nueve o diez años, una de las cosas que empecé a hacer fue ir a la biblioteca del barrio. Era una biblioteca que pertenecía a la obra social de una caja de ahorros. Sus fondos no eran muy buenos, más bien parecían libros donados de bibliotecas particulares. Algunos eran viejos, muchos de ediciones baratas. De ninguna manera tenían la calidad de los libros que pasaban por casa, en parte por la industria editorial catalana y española de aquel entonces, que no se podía comparar ni en sueños con la francesa, y en parte por la estricta política de selección de mi madre, que no dejaba pasar según qué. Sin embargo, me aficioné a la biblioteca del barrio. Encontraba cosas que ni mi madre ni mi tía hubieran seleccionado jamás. No

¹⁴ “C’était comme s’ils étaient arrivés au bord de la mer. La plaine s’ouvrait à l’infini devant eux, tout était gris. Le ciel et la terre se confondaient dans une sorte de brume au milieu de laquelle le soleil apparaissait comme un disque sans éclat. Au loin, vers ce qui devait être l’horizon, s’empilaient des centaines, des milliers de cubes de tailles diverses et qui, sans doute, étaient des maisons. Cette immense ville occupait tout le champ de vision. Aussi loin qu’on pouvait porter les regards, à droite ou à gauche, il y en avait, il y en avait... -Qu’est ce que c’est? demanda Prune. -C’est la Métropole, répondit Grison.” SAUTEREAU, F., *Un trou dans le grillage*, 1^a edición, París, Fernand Nathan, 1977.

es que estuvieran prohibidas, pienso más bien que era una cuestión de calidad percibida. Básicamente ciencia ficción, mucho Asimov, literatura de fantasía y algún que otro *best-seller*. De estos últimos, recuerdo haber leído *Papillon* y *Los cuatro jinetes del apocalipsis*.

Llegaban rumores de cosas extrañas que sucedían en el mundo exterior, y como, en aquellos tiempos, Gandalf no había aparecido ni había enviado ningún mensaje desde hacía muchos años, Frodo recogía toda la información que podía reunir. Ahora se podían divisar los elfos, que antes raramente se adentraban en La Comarca, encaminándose hacia el Poniente a través de los bosques, al anochecer, dirigiéndose a algún lugar del cual nunca volvían; abandonaban la Tierra Media y ya no les inquietaban sus problemas.¹⁵

Luego estaban los libros que aparecían los miércoles al anochecer. A esa hora, mi madre regresaba de su reunión semanal del seminario de bibliotecarias de la Asociación de Maestros Rosa Sensat. En aquel seminario se reunían, siguen haciéndolo cuarenta años después, las bibliotecarias de las bibliotecas infantiles y juveniles, escolares o no, de Barcelona. No tengo idea de qué han podido hablar durante tantos años, para mí que la bibliotecología no da para tanta conversación. En todo caso, sí sé seguro que una de las cosas que hacen es comentar las novedades que editoriales y librerías les envían, y luego redactan reseñas y recomendaciones para las bibliotecas y las escuelas. Ahora ya no lo sé, pero antes, una vez al año, se encargaban de redactar el librito con las novedades destacadas que Abacus (una gigantesca cooperativa catalana de consumo de libros y material escolar) publica cada año por Sant Jordi. Por supuesto, mi hermana

¹⁵ “Arribaven rumors de coses estranyes que succeïen al món exterior; i com, en aquells temps, en Gàndalf no havia aparegut ni havia tramès cap missatge des de feia una pila d’anys, en Frodo recollia tota la informació que podia reunir. Ara hom podia divisar els elfs, que abans rarament s’endinsaven en La Comarca, encaminant-se cap a ponent a través dels boscos, a l’hora foscant, tot dirigint-se cap en algun lloc del qual mai no tornaven; abandonaven la Terra Mitjana i ja no els inquietaven els seus problemes.” TOLKIEN, J.R.R., *El senyor dels anells*, Traducció de Francesc Parcerisas, 1ª edición, Barcelona, Vicens Vives, 1986.[1954]

y yo, y alguna vez mis primos, éramos sus conejillos de Indias. Mi madre nos traía los libros cada miércoles y nos interrogaba sobre ellos antes de devolverlos la semana siguiente.

Mientras bajaba por el camino de Sant Miquel en dirección a Mataró, Pere Vidal intentaba averiguar por qué el señor Magí lo quería ver con tanta urgencia. Aquella mañana el chico no silbaba como era su costumbre puesto que Pere, ciertamente, estaba preocupado. La inquietud empezó la noche anterior cuando Miqueló le dijo que el ahogapobres, el más temible usurero de la villa, había recibido la visita de Gipeta, y que, los dos, deseaban hablar con él a media mañana.¹⁶

Los largos veranos escolares pasaban inevitablemente en una urbanización de calles polvorientas de Collbató, un pueblo al pie de la montaña de Montserrat, a unos cincuenta kilómetros de Barcelona. Ahí estábamos todo el verano, menos las dos o tres semanas que pasábamos en Francia visitando a la familia materna. En Collbató no había ni librería ni biblioteca, sólo un quiosco que nos proporcionaba los *Mortadelo* y *Filemón* que íbamos acumulando años tras año. Mil veces leídos, mil veces reídos. Los cómics de Mortadelo eran mi otra fuente de contacto con la literatura más popular y más alejada de los cánones maternos.

-Filemón: ¡Desgraciado! ¿Quién le mandaba preguntarle nadaaaa?

-Súper: ¡Mi coche! ¡Recién pagado el último plazo! ¡Si lo agarrooooo!

-Mortadelo: ¡Eso, todos contra mí! ¡Siempre contra el más calvo! ¡Qué vida!¹⁷

¹⁶ “Mentre baixava pel camí de Sant Miquel en direcció a Mataró, Pere Vidal intentava esbrinar per què el senyor Magí el volia veure amb tanta urgència. Aquell matí el noi no xiulava com era el seu costum ja que en Pere, certament, estava preocupat. La inquietud va començar anit quan en Miqueló li va dir que l'escanyapobres, el més temible usurer de la vila, havia rebut la visita d'en Gipeta, i que, tots dos, desitjaven parlar amb ell a mig matí.” VERGÉS, O., *La ciutat sense muralles*, 2ª edición, Barcelona, La Galera, 1980.

¹⁷ IBÁÑEZ, F., *Mortadelo y Filemón. ¡A por el niño!*, 1ª edición, Barcelona, Bruguera, 1979.

La visita a la familia francesa incluía necesariamente unos días en París. A principios de agosto, cuando aún las librerías estaban abiertas, mi padre se gastaba su paga de verano buscando tesoros inalcanzables en la Barcelona tardo y postfranquista. Yo lo acompañaba con mucho gusto en sus recorridos. No eran muy variados. Empezábamos por la *FNAC Montparnasse*, en la *Rue de Rennes*, allá me abandonaba a mi gran placer, en la sección de *B.D.* infantiles y juveniles. A diferencia del resto de la tienda, la sección estaba enmoquetada, así que me sentaba en el suelo y me pasaba entre una y dos horas leyendo *B.D.s.* Hasta que mi padre llegaba para proseguir el recorrido o regresar a comer. La siguiente parada, a veces el mismo día, a veces otro día, siempre a pie, era la librería *Gibert*, en el Boulevard Saint Michel. Mucho menos atractiva para mí, ya que me tenía que quedar de pie mirando los libros que me interesaban. Finalizábamos en la librería *Vrin*, en la *Place de la Sorbonne*, donde no había absolutamente nada para mí, así que no me quedaba más remedio que esperar a que mi padre acabara de localizar lo que andaba buscando.

Yo no tengo ganas de ir a merendar a lo de Agnan ni de tomarlo de ejemplo. Agnan, el mejor de la clase, el consentido de la maestra, no es buen compañero, pero no le pegamos demasiado porque usa anteojos.¹⁸

El centro Pompidou se convirtió en otra visita obligatoria. Creo que nunca entramos a ninguna exposición. Lo que le interesaba a mi padre era su biblioteca pública. Ahí me quedé también unos buenos ratos en su sección infantil y juvenil. Esta se encontraba físicamente separada del edificio principal, donde se ubica la biblioteca académica. Así que tenía que esperar allí sin que se me ocurriera moverme a otro lado. No creo que nadie deba extrañarse de que eso no se me

¹⁸ “Moi, je n'avais pas tellement envie d'aller goûter chez Agnan, ni de prendre exemple sur lui. Agnan, c'est le premier de la classe, le chouchou de la maîtresse, il n'est pas bon camarade, mais on ne tape pas trop sur lui, parce qu'il porte des lunettes.” SEMPÉ, J. y GOSCINNY, R., *Le petit Nicolas*, 1ª edición, Paris, Denoël, 1960.

ocurriera jamás. No recuerdo ni tan siquiera que me lo tuvieran que decir. Ni por todo el oro del mundo me hubiera movido de ahí. Al contrario, más bien me molestaba que regresaran a buscarme.

El Infierno no es como entre nosotros. Es incluso lo contrario: todo lo que está bien aquí está mal en el Infierno; y todo lo que aquí está mal, se considera que está bien allá. Eso pasa, en principio, porque los demonios son malos. Para ellos, está bien ser malo. Pero nuestro pequeño diablo quería ser amable, lo que causaba la desesperación de su familia.¹⁹

Creo que si alguien quiere sentir hoy en día la sensación que yo debía causar, debe de buscar a un niño de entre nueve y catorce años jugando a un videojuego y decirle que pare. El silencio que obtendrá por respuesta, los ruegos subsiguientes ante la insistencia, eso es lo que conseguían de mí. Estoy seguro de que siempre estuve pendiente de lo que pasaba a mi alrededor, que nunca me perdí nada, que estaba atento y escuchaba, por si acaso. Pero no puedo recordar nada de lo que pasaba. Diría que mi atención se posaba en mi entorno sólo para prevenir que nadie ni nada me interrumpiera. Cuando eso no pasaba, borraba de mi cabeza inmediatamente cualquier circunstancia exterior a la lectura. Lo primero, los llamados de mi madre para comer o cenar.

—¿Qué me importa a mí el futuro? No hay duda de que Seldon lo ha previsto y está preparado contra todo lo malo que pueda acontecer.²⁰

Si dijera que tuve una infancia feliz, todos los que me conocieron dirían que miento. Era un niño con mucho miedo, angustiado por

¹⁹ “L’Enfer, ce n’est pas comme chez nous. C’est même le contraire: tout ce qui est bien chez nous est mal en Enfer; et tout ce qui est mal ici est considéré comme bien là-bas. C’est pourquoi, en principe, les diables son méchants. Pour eux, c’est bien d’être méchant. Mais notre petit diable, lui voulait être gentil, ce qui faisait le désespoir de sa famille”. GRIPARI, P., *Le gentil petit diable et autres contes de la rue Broca*, Paris, Folio Junior, 1982. [1967]

²⁰ ASIMOV, I., *Fundación*, Traducción de Pilar Gilrat, 2ª edición, Barcelona, Bruguera, 1983. [1951]

cualquier cosa que pudiera ocurrir a mi alrededor. Cualquier conflicto me provocaba pánico y buscaba inmediatamente el refugio de un adulto. Los adultos se peleaban, los niños también, y las noches estaban pobladas de monstruos y asesinos sin piedad. Lo curioso, o no tanto, es que yo no leía libros de monstruos, ni de vampiros ni de asesinos. Ninguno de esos libros hubiera pasado el filtro bibliotecario maternal. Mi infelicidad se construyó más bien a partir de rumores y malentendidos, a partir de un mundo, televisivo y cinematográfico, que sólo conocía a medias, de oídas, pero del cual no participaba. Los niños que tenían televisión me contaban de un mundo terrible, que existía y del que yo no sabía nada. Los libros me ayudaron a escapar de ese mundo que no entendía muy bien e hicieron algo difícil de lograr: construyeron una infancia feliz.

Los cohetes llegaban con redobles de tambor en la noche. Los cohetes llegaban como langostas, en oleadas, levantando enormes flores de humo ardiente. Y, de los cohetes, se abalanzaban hombres armados con martillos para modelar este universo insólito a imagen de su mundo familiar, atropellando toda su “singularidad”.²¹

El concepto de «lectura adecuada» creo que describe de forma justa casi toda la literatura que leí antes de los trece o catorce años. Una literatura construida para los niños y los jóvenes, escrita con la finalidad de educarnos en los valores de unas sociedades basadas en las utopías más bien *hippies* de los sesenta, que no existían pero cuyos valores compartieron mis padres y toda una legión de escritores y maestros. En esos libros, la existencia del mal jamás se asumía en toda su crueldad, ningún mal era irreparable, todos los dolores del mundo se podían mitigar, la solidaridad, el coraje y la honestidad eran los valores que dirigían los pasos de sus protagonistas, y no sólo de los personajes principales, sino de sociedades

²¹ “Les fusées arrivaient avec des roulements de tambour dans la nuit. Les fusées arrivaient comme des sauterelles, par vagues, soulevant d’énormes fleurs de fumée ardente. Et, des fusées, s’élançaient des hommes armés de marteaux pour façonner cet univers insolite à l’image de leur monde familial, en écraser toute l’étrangeté”. BRADBURY, R., *Chroniques martiennes*. Traducción al francés de Henri Robillot, París, Gallimard, 1982. [1955]

enteras. Sin embargo, el ruido del mundo que me llegaba de fuera no se correspondía con eso. Borrosamente sabía que el mundo no era así, y me daba terror.

Y las nueve sonaron, cuando los carboneros tomaron finalmente la carretera de Vandame, para llegar a la cita decidida la víspera, en el bosque. Por otra parte, Etienne comprendió en seguida que de ninguna manera habría, allá, en Jean-Bart, los tres mil camaradas con los cuales contaba. Muchos creían que la manifestación se pondría.²²

Puede que por esta razón, algo que no es un vacío pero que sí lo es, ocupa el lugar de las lecturas habituales del canon juvenil. Julio Verne, Salgari, Defoe, Twain, Walter Scott... Los he leído a todos. Ninguno en su versión original. Versiones adaptadas se encargaron de hacerme llegar las narraciones mutiladas. No sé muy bien sin qué. Sé que conozco las aventuras de Robinson Crusoe, y las de Tom Sawyer, así como los viajes de Gulliver. *La isla del tesoro* es un paisaje familiar. Sé quién es Nemo y qué hizo durante veinte mil leguas. Conozco la ballena blanca. Pero no sé cómo sus autores lo escribieron. Las versiones que leí fueron adaptadas para mí y gente como yo. Para que no abandonara la lectura, se centraron en el argumento; obviando, creo, las largas descripciones de paisajes, los momentos de introspección y reflexión, las discusiones y diálogos demasiado largos. No lo sé. No sé qué cortaron ni con qué criterio porque no he regresado nunca a los originales: ya me sé la historia.

²² “Et neuf heures sonnaient, lorsque les charbonniers prirent enfin la route de Vandame, pour se rendre au rendez-vous décidé la veille, dans la forêt. D’ailleurs, Etienne comprit tout de suite qu’il n’aurait point, là-bas, à Jean-Bart, les trois mille camarades sur lesquels il comptait. Beaucoup croyaient la manifestation remise...” ZOLA, É., *Germinal*, 1ª edición, Paris, Garnier, 1979. [1885]

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El huidizo delincuente de quien se cuentan proezas en todos los periódicos desde hace meses! El enigmático personaje con quien el viejo Ganimard, nuestro mejor policía, comprometió ese duelo a muerte cuyas peripecias se desarrollaron de modo tan pintoresco. Arsène Lupin, el extravagante caballero que no opera más que en castillos y salones, y que, una noche, penetró en casa del barón Schormann, y yéndose con las manos vacías, dejó su mapa, adornado con esta fórmula: “Arsène Lupin, caballero-ladron, volverá cuando los muebles sean auténticos.” Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces: ora chófer, tenor, corredor de apuestas, niño bien, adolescente, anciano, viajante de comercio marsellés, médico ruso, torero español.²³

La inexistencia de personajes demasiado crueles en la literatura infantil y juvenil que pasó por mi casa quedó compensada por la aparición de los nazis en algún momento. El *Diario de Anna Frank* o *Mi amigo Friedrich*, de Hans Peter Richter, introdujeron el mal en mi mundo. Sin embargo, eran males demasiado pretéritos. Podía llorar con sus acciones y sentir aún sus consecuencias en el mundo actual y en mi entorno, pero de ninguna manera eran una amenaza cercana o realizable en la inmediatez. Solía soñar con un holocausto nuclear (una pesadilla recurrente), no con campos de concentración. No obstante, el holocausto nuclear nunca fue tratado en ningún libro. Creo que gran parte del pánico venía de la lectura casi diaria del periódico y sus reiteradas noticias sobre los sucesivos

²³ “Arsène Lupin parmi nous ! L’insaisissable cambrioleur dont on racontait les prouesses dans tous les journaux depuis des mois ! L’énigmatique personnage avec qui le vieux Ganimard, notre meilleur policier, avait engagé ce duel à mort dont les péripéties se déroulaient de façon si pittoresque ! Arsène Lupin, le fantaisiste gentleman qui n’opère que dans les châteaux et les salons, et qui, une nuit, où il avait pénétré chez le baron Schormann, en était parti les mains vides et avait laissé sa carte, ornée de cette formule: «Arsène Lupin, gentleman-cambrioleur, reviendra quand les meubles seront authentiques.» Arsène Lupin, l’homme aux mille déguisements: tour à tour chauffeur, ténor, bookmaker, fils de famille, adolescent, vieillard, commis voyageur marseillais, médecin russe, torero espagnol!” LEBLANC, M., *Arsène Lupin. Gentleman Cambrioleur*, 1^a edición, Paris, Le Livre de Poche, 1973. [1907]

fracasos de las negociaciones de desarme entre Estados Unidos y la Unión Soviética, aunque la película «*El día después*» también jugó su papel; nunca la vi, pero con los anuncios en televisión tuve más que suficiente.

Friedrich rodó desde la entrada tiroteada hasta los ladrillos del camino. Le bajaba un rastro de sangre de la sien derecha hasta el cuello de la camisa. Mi mano se cerró con fuerza en torno a una rama de rosal llena de espinas. -Ha tenido suerte, éste, muriéndose!- dijo el señor Resch.²⁴

Tuve también la suerte de no ser un joven, o especialmente una joven, fácilmente pervertibles a través de las lecturas en la Europa decimonónica. Ni un jugador de videojuegos de principios del siglo XXI. En mi caso, leer estaba bien visto. Creo que sé cómo se siente el niño de entre nueve y catorce años que he mencionado anteriormente, ahora jugador intensivo de videojuegos. Igual que yo. Habitante de un mundo enorme, extenso, vasto, que sobrepasa los estrechos límites de la casa familiar. Un mundo que engrandece el espíritu. Un mundo que puede separar del entorno más inmediato, pero que aporta otras cosas, no sólo momentos de relajación y desconexión de las angustias diarias, también la inmersión en el imaginario occidental prescrito a los adolescentes.

Sin embargo, el jugador intensivo de videojuegos tiene que afrontar un estigma tecnofóbico que yo no tuve que sufrir. Apenas algún grito a la hora de ir a comer o cenar, nada más. Leer estaba bien, jugar a videojuegos no lo está. A los niños y jóvenes de hoy en día no se les deja enorgullecerse de las horas pasadas frente a una pantalla. En cambio, yo podía presumir de lector ante los adultos sin que se me tachara de adicto ni se me llevara al psicólogo.

²⁴ “Friedrich va rodolar des de l'entrada tirotejada fins als rajols del camí. Li baixava un rastre de sang de la templa dreta fins al coll de la camisa. La meva mà va cloure's amb força a l'entorn d'una branca de roser plena de punxes. -Ha estat de sort, aquest, morint-se!- va dir el senyor Resch.” RICHTER, H., *El meu amic Friedrich*, Trad. al catalán de Carme Serrallonga, 1ª edición, Barcelona, La Magrana, 1985.

Ante mis compañeros era otra cosa, presumir de lector sí estaba mal visto, y tenía que tener mucho cuidado. El estigma en la escuela era inevitable, pero siempre me cuidé mucho de no mencionar mis notas ni mi pasión por la lectura en el gimnasio al que acudía por la tarde o en los *escoltes* (versión catalana de los *scouts*, menos jerárquica, sin uniformes y mixta) los fines de semana. Ahí podía ser popular sin temor, nadie sabía nada de mí que yo no controlara. Afortunadamente la escuela no es nuestra única fuente de identidad.

¿Podemos ver al señor Tintín? Sí. Ya está mejor. ¿Así que está usted seguro, amigo mío, de que el avión no llevaba matrícula? Completamente seguro. Qué cosa tan rara... qué cosa tan rara... Eso digo yo: que es una cosa... ejem... una cosa muy rara.²⁵

Creo que tengo cosas de las que avergonzarme ante el mundo. En primer lugar, de la desconexión y desinterés por lo que ocurría a mi alrededor, quién sabe si suficientemente excusada por los miedos mencionados. En segundo lugar, del lamentable nivel literario de mis lecturas. No fueron malas lecturas, incluso literariamente tenían su interés. Recuerdo grandes momentos, recuerdo haber leído dos y tres y cuatro veces algunos libros porque me gustaban mucho. Pero el género infantil y juvenil peca claramente de simplificación. Nada de descripciones extensas, nada de personajes profundos, nada de malvados, mucha pedagogía bien intencionada y puro desarrollo argumental. Nada que pueda ser usado como excusa para dejar la lectura a un lado. Creo que ese debía ser el terror de los encargados de inventarla, que el lector sucumbiera a los atractivos de otros medios, y si para ello había que facilitar la lectura, se hacía. La literatura juvenil me alejó del canon de las grandes obras literarias, con descripciones largas, argumentos complejos, personajes difíciles, motivaciones grises. Sin embargo algo hicieron: colmaron mi sed de cierto tipo de literatura. Así que pronto dejé de leer *best-sellers*, el equivalente adulto de la literatura juvenil.

²⁵ HERGÉ, *La isla negra*, Traducción de Concepción Zembrera, 1ª edición, Barcelona, Juventud, 1974. [1961]

El buen material se almacenaba en un cuaderno secreto que los oficiales de información guardaban bajo el brazo, a salvo de todas las miradas indiscretas. El del virginiano contenía este lunes catorce de diciembre una lista de treinta y ocho sospechosos de la OLP, en su mayoría jóvenes inmigrantes palestinos pobres, que vivían en los sectores lindantes con los barrios negros de barracas de Bedford Stuyvesant. —Al menos nosotros sabemos dónde están nuestros sospechosos — comentó Feldman.²⁶

Por supuesto, la lectura le forja a uno como escritor, y mi escritura es, en mi opinión, demasiado simplista. Lo que para unos puede ser bueno, para otros no lo es, y para mí no lo es en absoluto. Porque para ello tiendo a eludir los temas demasiado complejos, a simplificar los razonamientos complicados, a evitar las estructuras no lineales y evitar los ejemplos paradójicos. Adolezco de una cierta pereza hacia la precisión, el rigor y la erudición. Prefiero la búsqueda del argumento fácil. Encontrar el esqueleto de la historia y centrarme en la narración antes que en los detalles. Algo que en el campo científico no es muy recomendable. Sobre lo bueno debo confesar que no hago demasiadas faltas de ortografía y que no cometo demasiados errores gramaticales para no tener ninguna formación filológica. Todo ello basado en dos cosas: mi memoria, que se la pasó fotografiando páginas y páginas de literatura juvenil, ¡sin embargo no desprovistas de faltas de ortografía!, y los molestos e impertinentes comentarios lingüísticos de mi padre, que sí tenía formación filológica y que fueron calando en mí muy lentamente, hasta que surtieron efecto. Para perjuicio de quienes me rodean, veo sus faltas incluso antes de leer lo que escriben.

Carlet ronda arriba y abajo del aposento y mira en todas partes. Encima de la cajonera encuentra una lupa. Todo lo ve maravilloso cuando lo contempla a través de esta lente prodigiosa. El grano de la madera de la cómoda, los pétalos del geranio rojo, el

²⁶ COLLINS, L. y LAPIERRE, D., *El quinto jinete*, Trad. José Ferrer Aleu, 1ª edición, Barcelona, Plaza y Janés, 1981.

dibujo de la manta. -Mañana miraré más cosas-, piensa Carlet mientras se acuesta y se arroja bien.²⁷

Retomando el epígrafe inicial de Emili Teixidor, uno de los autores que leí en esas edades, maestro de escuela y autor de éxito para adultos en los últimos años de su vida, ciertamente la literatura infantil y juvenil no pudo existir antes del invento de la infancia. Y cuando aparece la infancia, aparece junto al mandato cultural de recordarla como un paraíso perdido. No recordar la infancia como un espacio de felicidad es motivo de trauma y de visita al psicólogo. Una idea que pertenece a la ideología capitalista de la felicidad concebida como despreocupación, cuando en realidad no hay nadie más preocupado que un niño o una niña. Literalmente pre-ocupados, pues aún no pueden ocuparse de nada y la vida les pasa por encima como un tren que no pueden parar y que no saben a dónde va. No conozco a ningún niño que no tenga sus momentos de angustia sobre el futuro, tanto el más inmediato del día o el año siguiente, como el más alejado del trabajo, los hijos y la muerte.

Por esta razón, la felicidad en la infancia es una potente ideología, un recuerdo creado que podría no ser más que una argucia para inculcar el ánimo de lucro en las personas. Para que veamos en el dinero, en la acumulación de montones de dinero, la única vía para recuperar las largas y supuestamente despreocupadas vacaciones de la infancia, sus ensueños y sus fantasías. Sin embargo todo tiene dos caras, y por supuesto hay algo de revolucionario en pensar que la felicidad es posible y que la hemos conocido. Como dice, o hubiera podido decir, la sabiduría popular: ¡Que nos quiten lo leído!

Es rojo. Es grande. Suelta unas espesas nubes de humo. Y todos los animales lo rodean mudos de asombro. Pero el Tractor Max les da la espalda. Avanza petardeando por el patio, sale al cam-

²⁷ “En Carlet ronda amunt i avall de l'estança i mirà pertot. Damunt la calaixera hi troba una lupa. Tot ho veu meravellós quan ho contempla a través d'aquesta lent prodigiosa. El gra de la fusta de la còmoda, els pètals del gerani vermell, el dibuix de la manta. Demà miraré més coses, pensa en Carlet mentre es fica al llit i s'acotxa bé.” BERGMAN-SUKSDORFF, A., *La lent prodigiosa*, Trad. al catalán de Alfons Quinones i Sopena, 1ª edición, Barcelona, Martínez Roca, 1986.

po y trabaja durante todo el día. Ara tres campos enormes y un campito pequeño como regalo.²⁸

Ya de adultos, la infancia sólo existe en nuestra memoria. Es una narración sobre el pasado, condicionada por los requisitos culturales de lo que se supone una buena infancia y una buena narración. Una narración que, en mi caso, las lecturas permiten situar arbitrariamente en el lado correcto del mandato. Otra memoria sería posible. Sin embargo, la memoria que he presentado en este texto es una memoria hegemónica, normalizada. La literatura infantil y juvenil me sirvió para crear este paraíso simulado que es la infancia y hoy puedo decir que sí tuve una infancia feliz y que fue la literatura infantil y juvenil quien la hizo posible.

Coda

Esta no ha sido una autoetnografía, tal y como concibo el género. No puede ser una autoetnografía porque no es un texto teóricamente orientado. No ofrece conceptos, no ofrece ideas o argumentos que nos puedan ayudar a discernir el papel de la literatura en la vida de la gente. No aporta tampoco ninguna recopilación de literatura académica relevante sobre el tema. No la interpreta, no la ofrece revisada críticamente al lector. Simplemente porque no la he consultado, porque no tengo espacio para hacerlo ni de tenerlo podría hacerlo. Se aleja demasiado de mi campo de trabajo actual. Sin embargo, pienso que algo puede aportar. Creo que ofrece una experiencia, evoca una forma de vida, sin duda curiosa y peculiar, no abundante en extremo: el niño-adolescente lector. No es un mundo pretérito; las librerías están llenas de libros de literatura infantil y juvenil, incluso más que antes. Y los niños y las niñas leen más, y libros más largos, como demostró Harry Potter en su único y verdadero acto de magia. Pero posiblemente mi experiencia intensiva de lectura no interrumpida, en una casa sin televisión, sin computadora y sin

²⁸ SCHROEDER, B., *Florián y el Tractor Max*, Traducción de Esther Tusquets, Barcelona, Lumen, 1972.

videojuegos, sí sea ya algo que pertenece al pasado. Las futuras escrituras estarán moldeadas por otros patrones, y el factor “literatura infantil y juvenil” será ya solamente uno más entre muchos otros.

De la misma manera que mis libros estaban todos ilustrados, frecuentemente con dibujos a una sola tinta cada 5 o 10 páginas, he querido ilustrar este texto con fragmentos de los libros que leí. Todos los fragmentos pertenecen a libros que leí de niño y de adolescente y que aún conservo. Por supuesto no todos pertenecen al género *literatura infantil y juvenil*, sería una trampa muy burda afirmar que solamente leía eso y en los fragmentos que he puesto se puede ver que eso no es del todo cierto, puede que ya fuera un poco más mayor pero Émile Zola, las hermanas Brontë, Victor Hugo, Agatha Christie, Maurice Leblanc, Bradbury, Asimov, Tolkien... en algún momento también pasaron a formar parte de mí. Sin embargo, si es por números no hay duda alguna, más del noventa por ciento de lo que leí sí fue *literatura infantil y juvenil*. La estantería de mi casa tiene un sesgo: sólo guardé lo que consideré *heredable* en un momento dado.

Los fragmentos están escogidos al azar dentro de lo que cabe atribuir al azar. Sería mejor hablar de un azar controlado: he sacado un libro que recordara como importante del estante, he abierto el libro por cualquier página y he buscado un párrafo que se sostenga por sí mismo, esto es, que se pueda comprender y evoque algo de la atmósfera del libro entero tal y como lo recuerdo. Me ha parecido importante mantenerlo en la lengua en la que lo leí. De la misma manera que las ilustraciones de mis libros, permiten recuperar algo de la experiencia de la lectura, aunque fragmentada y sin la intensidad que tuvo en su momento. Estas son las únicas referencias bibliográficas que constan al final de este texto.

Agradecimientos

Mil gracias a Adriana Gil-Juárez por sus comentarios, siempre tan pertinentes, y a María Verdaguer Mata por sus atinadas lecciones de estilo.

Bibliografía

ASIMOV, Isaac, *Fundación*. Traducción de Pilar Gilrat, 2ª edición, Barcelona, Bruguera, 1983. [1951]

BARCELÓ, Joan, *Ulls de gat mesquer*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1979.

BERGMAN-SUKSDORFF, Astrid, *La lent prodigiosa*. Traducción al catalán de Alfons Quiñones i Sopena, 1ª edición, Barcelona, Martínez Roca, 1986.

BRADBURY, Ray, *Chroniques martiennes*. Traducción al francés de Henri Robillot, París, Gallimard, 1982. [1955]

CABRÉ, Jaume, *La historia que en Roc Pons no coneixia*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1980.

CANELA, Mercè, *Utinghami, el rei de la boira*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1979.

CARBÓ, Joaquim, *La colla dels deu*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1969.

COLLINS, Larry y LAPIERRE, Dominique, *El quinto jinete*. Traducción de José Ferrer Aleu, 1ª edición, Barcelona, Plaza y Janés, 1981.

GRIPARI, Pierre, *Le gentil petit diable et autres contes de la rue Broca*, París, Folio Junior, 1982. [1967]

HERGÉ, *La isla negra*. Traducción de Concepción Zembrera, 1ª edición, Barcelona, Juventud, 1974. [1961]

IBÁÑEZ, Francisco, *Mortadelo y Filemón. ¡A por el niño!*, 1ª edición, Barcelona, Bruguera, 1979.

KAESTNER, Erich, *Emili i els detectius*. Traducción al catalán de Ramón Montón, 1ª edición, Barcelona, Animallibres, 2010. [1928]

LEBLANC, Maurice, *Arsène Lupin. Gentleman Cambrioleur*, 1ª edición, París, Le Livre de Poche, 1973. [1907]

MATHIEU, Renée, *El fugitiu de Queragut*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1976.

PEDROLO, Manuel de, *Mecanoscrit del segon origen*, 1ª edición, Barcelona, Edicions 62, 1974.

RICHTER, Hans Peter, *El meu amic Friedrich*. Traducción al catalán de Carme Serrallonga, 1ª edición, Barcelona, La Magrana, 1985.

SAUTEREAU, François, *Un trou dans le grillage*, 1ª edición, París, Fernand Nathan, 1977.

SCHROEDER, Binette, *Florián y el Tractor Max*. Traducción de Esther Tusquets, Barcelona, Lumen, 1972.

SEMPÉ, Jean Jacques y GOSCINNY, René, *Le petit Nicolas*, 1ª edición, Paris, Denoël, 1960.

SENNELL, Joles, *En Patancràs Xinxolaina*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1981.

SORRIBAS, Sebastià, *El zoo d'en Pitus*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1966.

TEIXIDOR, Emili, *Dídac, Berta i la màquina de lligar boira*, 1ª edición, Barcelona, La Galera, 1969.

TOLKIEN, J.R.R. *El senyor dels anells*. Traducción de Francesc Parcerisas, 1ª edición, Barcelona, Vicens Vives, 1986. [1954]

VALLVÉ, ANDREU, EN "XEU" SE'N VA A L'OEST, 1ª EDICIÓN, BARCELONA, PUBLICACIONS DE L'ABADIA DE MONTSERRAT, 1977.

VALLVERDÚ, JOSEP, ROVELLÓ, 1ª EDICIÓN, BARCELONA, LA GALERA, 1969.

VERGÉS, ORIOL, LA CIUTAT SENSE MURALLES, 2ª EDICIÓN, BARCELONA, LA GALERA, 1980.

ZOLA, ÉMILE, GERMINAL, 1ª EDICIÓN (EN ESTA EDITORIAL), PARÍS, GARNIER, 1979. [1885]

5. Coros y variaciones en torno a tres historias

Vanina Papalini

Cuando los autores de un texto se autointerpretan y reflexionan sobre sus circunstancias, practicar un análisis de sus relatos es como esforzarse por “leer por encima del hombro de aquellos a quienes dichos textos pertenecen propiamente”.¹ Aunque no sea otra cosa la operación del intérprete, en este caso está muy poco justificada: no hay ninguna necesidad de traducción porque los narradores hablan con los códigos del conocimiento y la civilización occidentales y “dicen” sin necesidad de que nadie les “haga decir”.

El uso de la técnica de la autoetnografía, justamente, persigue el propósito de brindar un texto autoanalítico; sin embargo, esta operación no es fácil porque demanda a la vez la inmersión en el yo, una anamnesis y un distanciamiento tal que permita reconstruir la historia social –telón de fondo y horizonte de sentido– redescubierto por y personificado en la historia singular. En el relato de la propia biografía, los contextos se invisibilizan, se naturalizan.

Mi punto de vista en relación a las piezas escritas por Carlos, Adriana y Joel es privilegiado: comprendo mejor las biografías porque conozco algo más de las historias personales. Debo emparejar esa ventaja para honrar el principio de honestidad intelectual. En este capítulo me propongo, entonces, añadir algunas informaciones a estos relatos biográficos, como si se tratara de una autoetnografía complementada por la mirada de un tú que conoce más que lo dicho, como la mirada del testigo que acompaña el relato en pri-

¹ GEERTZ, C., *La interpretación de las culturas*, Trad. Alberto Bixio, 8ª reimpresión, Barcelona, Gedisa, 1997, pág. 372.

mera persona. Ese yo de relieve en la voz autobiográfica resulta así descentrado y examinado con la extrañeza de un no-yo conocido; una segunda persona que dialoga con cada relato y encuentra entre ellos paralelismos y divergencias.

Me rindo así a la tentación del subrayado y el ímpetu científico que me arrastran a poner en relación algunas de las reflexiones expresadas por Carlos, Adriana y Joel con los términos que desarrollé al conceptualizar la lectura. Otras ideas se encienden en la comparación cruzada de casos y contextos. Abrigo la expectativa de que el funcionamiento abstracto de las “máquinas lectoras” y sus ensamblajes con la vida vivida cobren carnadura e inteligibilidad escudriñando la historia de estos lectores en una suerte de narración a dos voces: solista y coro.

Biografías y ensamblajes

En 2012, cuando escribió este texto, Carlos tenía 46 años, al igual que Adriana. Uno menos tiene Joel. Los tres son psicólogos sociales y los tres han optado por seguir estudiando hasta alcanzar su doctorado. Viven en pareja, tienen hijos y trabajan en distintas universidades. Carlos es venezolano, Adriana es mexicana y Joel es catalán. Los tres pertenecen a ese sector amplio e incierto denominado “clase media profesional”. Este es el punto en el que los encontramos hoy, pero no son las condiciones en las que vivieron durante su infancia.

Carlos se presenta como un lector de bajos recursos económicos, que vivía en un pueblo montañoso en las afueras de Caracas: Los Teques. Es el único varón entre ocho hermanas. La familia de Carlos ilustra la vida de los sectores populares latinoamericanos, en donde la música circula en tiempos de trabajo y tiempos de ocio, mientras que el consumo de alcohol y el baile son disfrutes exclusivos de los tiempos libres. No es un ambiente en donde la cultura letrada, la cultura que, según informa la teoría, es considerada “legítima”,² sea

² La noción de “lecturas legítimas”, “lengua legítima” y “cultura legítima”, que Pierre Bourdieu desarrolla, entre otros textos, en *La distinción* y *¿Qué sig-*

especialmente valorada; otras fruiciones culturales llenan la casa: la lectura aparece como práctica común, compartida, entre Carlos y sus hermanas. Los libros que circulan forman parte de la llamada “literatura popular”: novelas, fundamentalmente *best-sellers*, e historietas. Éstos son gustos característicos de este grupo social, y en estos gustos se marca la diferencia con lectores “cultos”.³

No obstante, el relato de Carlos va apartándose de los recorridos previsibles, al punto de plantear un itinerario que genera perplejidades insoslayables frente a uno de los conceptos más afamados de la sociología contemporánea: el de *habitus*, de Pierre Bourdieu.

Si se observa regularmente una correlación muy estrecha entre las probabilidades objetivas científicamente construidas (por ejemplo, las oportunidades de acceso a tal o cual bien) y las esperanzas subjetivas (las ‘motivaciones’ y las ‘necesidades’), no es que los agentes ajusten conscientemente sus aspiraciones a una evaluación exacta de sus oportunidades de éxito (...). En realidad, del hecho de que las disposiciones duraderamente inculcadas por las posibilidades e imposibilidades, las libertades y las necesidades, las facilidades y las prohibiciones que están inscritas en las condiciones objetivas (...) engendran disposiciones objetivamente compatibles con estas condiciones y en cierta manera preadaptadas a sus exigencias, las prácticas más improbables se encuentran excluidas, antes de todo examen, a título de impensable, por esta especie de sumisión inmediata al orden

nifica hablar?, es reveladora cuando muestra que las inflexiones en los gustos culturales reciben valoraciones concordantes con la detentación de la hegemonía. Pero habría que preguntarse dónde se materializa esa valoración (¿sistema educativo?, ¿campo intelectual?, ¿circuitos culturales de las propias clases?) y a quién interesa. Para los agentes editoriales, “legítimo” en el sentido de “alta cultura” es una noción de importancia muy relativa. En la práctica, para el sistema editorial, “legítimo” es lo que los públicos prefieren. BOURDIEU, P., *¿Qué significa hablar?*, Trad. Esperanza Martínez Pérez, 3ª edición, Madrid, Akal, 2008.

³ BOURDIEU, P., *La distinción*, Trad. María del Carmen Ruiz de Elvira, 1ª edición (en esta editorial), Buenos Aires, Taurus, 2012.

que inclina a hacer de la necesidad virtud, es decir, a rehusar lo rehusado y a querer lo inevitable.⁴

“Querer lo inevitable” no parece ser del todo cierto en la biografía de Carlos, ni tampoco en la de Adriana, como vimos. Aunque para Pierre Bourdieu las trayectorias de los agentes no sean idénticas ni fijas, son aproximadamente homologables: se despliegan como un haz pero no se dispersan ni divergen de manera sustancial. Carlos no reproduce su *habitus*, y la interiorización de las “estructuras estructurantes” ha sido, por lo menos, falta, cuando no desviada. Su caso, el de un lector contumaz, apasionado y lúcido, pone en tela de juicio la aplicación simple de este concepto. Aun si fuera lo que en sociología se denomina “caso marginal” o “excepción”, exige que se *piense* en relación con él. La articulación entre objetividad y subjetividad establecida en este afamado concepto no es equitativa: según Bourdieu, dado que las condiciones de existencia son aproximadamente determinantes, el *habitus* tiende a su reproducción.

El relato de Adriana, por su lado, presenta un doble desafío a la clase y a las determinaciones del género. Adriana recuerda que en casa paterna se guardaban semanarios y otras revistas y que su madre atesoraba como joyas un cierto número de historietas, entre las que se destacaban aquellas en las que se plasmaban los mitos grecorromanos. También había una biblioteca, pero no recuerda estos libros especialmente; puede haberse tratado del mismo tipo de literatura que circulaba en casa de Carlos: libros “populares”, tal vez una enciclopedia y ciertamente un diccionario, pues Adriana lo rememora en un episodio particular. Ningún estímulo explícito para la lectura y más bien cierto desaliento, como aquellas cosas que dificultan a una chica tener novio o la distraen de sus quehaceres. Entonces, si sólo hubiera reproducción, ¿cómo llegó Adriana a convertirse en una gran lectora?

No tiene sentido negar la existencia de “estructuras estructurantes”, “disposiciones” o poderes que sujetan al sujeto. El ser social no es un componente suelto que elige arbitrariamente su trayectoria.

⁴ BOURDIEU, P., *El sentido práctico*, Trad. Álvaro Pazos, 1ª edición, Madrid, Taurus, 1991, pág. 94.

Pero es imprescindible explicarse los “casos negativos”, los que escapan de esos paisajes ya trazados como el fondo fijo de un cuadro en donde sólo cabría estampar sus figuras.

“Querer lo inevitable” debiera haber significado la cancelación de un futuro orientado al estudio, la conformación de un gusto “popular” a cierta distancia de la alta cultura y la reproducción de los consumos de los sectores menos favorecidos económicamente, de zonas semiurbanas (Carlos) o urbanas (Adriana). Carlos sale del círculo que lo aprisiona porque simplemente no sabe que está encerrado. Adriana recoge el deseo soterrado de su madre y lo esgrime contra su padre en una suerte de resarcimiento del género.⁵ Estas operaciones espontáneas y contingentes, insumisas y dispuestas a buscar algo más, cuestionan el valor de nuestros conceptos sociológicos, que terminan pareciendo imaginaciones deshechas con relativa facilidad.

La sociología provee de otras explicaciones para estos casos raros, como el concepto de “ascenso individual”. Denunciado generalmente como mito, el ascenso se obtiene de una generación a otra; en América Latina coincide con la trayectoria de los inmigrantes y el crecimiento de las clases medias al calor de la expansión económica que advino después de la Segunda Guerra Mundial, en los países agroexportadores, y el descubrimiento de petróleo, en casos como el venezolano. La versión iluminista del mito relaciona el ascenso con la educación, como se representa la obra *M'hijo el doctor*.⁶ La versión norteamericana, influida por el calvinismo, lo vincula a otra figura: la del emprendedor o *self-made man*.⁷ Ninguna de las dos variantes se aplica a nuestros autores: para Carlos, la compulsión lectora existió *antes* de la voluntad de seguir estudios universitarios. Para Adriana, la escritura asociada a la lectura y a la narración oral

⁵ Dice Adriana: “Pero lo más importante de aquel torrente de libros es que me hicieron sentir lectora, entendí la necesidad de leer ‘lo que fuera’ de mi madre, a ella le cortaron el afluente de pequeña y luego siempre tuvo sed.”

⁶ Se trata de una obra de teatro escrita en 1903 por el dramaturgo uruguayo Florencio Sánchez.

⁷ CAWELTI, J., *The Apostles of the Self-Made Man*, 2a. edición, Chicago, The University of Chicago Press, 1968.

fueron las claves de una posición productiva, y en ese sentido, creativa y contestataria frente al papel que se le asignaba.

Busquemos otros apoyos. En su última etapa, Michel Foucault reflexiona sobre las posibilidades de autotransformación, de devenir -otro, de escapar de las redes de los poderes establecidos. Examina cuidadosamente la vida en las sectas helénicas y fija su atención en un conjunto de técnicas aplicadas al “cuidado de sí”, lo que significa, en la antigüedad clásica, llevar una vida de acuerdo a ciertos principios que se apartan de los practicados en el “mundo”. A veces, estas prácticas se desarrollan con el objetivo de volver al mundo para gobernarlo (poder gobernarse a sí mismo para ser capaces de gobernar la ciudad). Las prácticas que Foucault describe son frecuentes entre los monjes de las más diversas religiones y también reaparecen en el presente, aplicadas secularmente, para alcanzar el objetivo exactamente opuesto: adaptarse mejor.⁸ El análisis que Foucault realiza lo lleva a idear un concepto original, el de “tecnologías del yo”.⁹ Entre las tecnologías del yo enumeradas están la lectura y la escritura aplicadas al trabajo sobre el sí mismo.

Iré un paso más allá para decir que aún antes de ser usadas para un fin específico de autotransformación, algunos de los modos en los que la lectura “hace máquina” con deseos y potencias pueden producir estos cambios de modo imperceptible. Las nuevas trayectorias producen a su vez otras experiencias que alimentan ese mo-

⁸ Desarrollo más ampliamente esta idea en “La domesticación de los cuerpos”, *Enl@ce: Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*, Año 4, No. 1, Enero-Abril 2007, p 39-53.

⁹ Foucault distingue las “tecnologías de poder” de las “tecnologías del yo”: las primeras involucran las determinaciones a las que se somete a los sujetos, las segundas conciernen a las operaciones que éstos realizan sobre sí mismos –sobre sus cuerpos, pensamientos, prácticas– con el fin de alcanzar la dicha. El “cuidado de sí” conduce a la autonomía del yo. Toda una serie de técnicas se utilizan para ese logro, apuntando a la memorización, la escucha atenta, la introspección y el autoexamen, la aceptación de las experiencias negativas, la abstinencia o privación física y el control de las representaciones mentales. Se trata de “ligar sujeto y verdad”, de proveerlo de algo que no conocía y conseguir que progresivamente reine sobre él. FOUCAULT, M., *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France. 1981-1982*, Trad. Horacio Pons, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

vimiento, aumentan la brecha, empujan cada vez más hacia afuera del cuadro prefigurado.

Dicho de otro modo: del lado de las suposiciones lógicas, Carlos hubiera debido reproducir la pobreza o, con un poco de suerte en el ascenso social, una condición modesta de clases medias no profesionales. “Debido a mi status socioeconómico de entonces, lo coherente era que no continuara con estudios superiores, pero sucedió lo contrario”, dice. Su muy improbable pasaje al mundo de la fruición cultural más sofisticada no es efecto de un libro o de una maestra, sino del ensamblado de una máquina que entró en funcionamiento a partir de lecturas no canónicas y siguió, por el desarrollo gradual de un gusto propio, por sensibilidad y porque la inclusión de algunos grandes autores en una biblioteca de *best-sellers* como la del Círculo de Lectores lo facilitó, hacia una literatura canónica, sin traicionar su gusto, sea cual fuere el valor legítimo de los textos. El goce es el vector fundamental de esta aproximación a la lectura.

Menciono tres condiciones convergentes que son las manifiestas en su relato, para hacer evidente este “armado”, este ensamblaje de contingencias. Posiblemente haya otras. A veces el encuentro se produce a partir de la literatura de circulación masiva, a veces por un texto ofrecido por la escuela, a veces, son las historietas las que ponen en funcionamiento la máquina y otras, como vimos en la biografía de lectura de Adriana, hay un impulso que nace de una vocación frustrada en el ámbito familiar.

Esta cita de Adriana proporciona una descripción de lo que significa esa convergencia y articulación de condiciones con una disposición subjetiva particular:

(...) me gustaría remarcar que todo lo que hice para ser lectora y me hizo ser lectora no se puede explicar por una simple relación de influencia, en una sola dirección. No hay algo que me haya determinado. Aparte de que hay muchísimas cosas en juego, empujando en varias y contrarias direcciones, también yo hice esa influencia, la fui construyendo, la fui dibujando en varios y diversos sentidos, la fui buscando y repeliendo. Por ello lo que

leí, importa tanto como lo que no leí, lo que me recomendaron marcó tanto como lo que yo escogí.

Los ensamblajes pueden resultar aún más sutiles. Cuando Carlos habla de su predilección por la literatura fantástica, hace alusión a una atmósfera “mágica” que impregnaba su vida familiar, un conjunto de creencias que se resiste a ubicar en el orden de las supersticiones, una religiosidad heterodoxa que se entrelaza con la vida cotidiana y que, sintéticamente, implica asumir la existencia de una dimensión trascendente, mística, que influye sobre muchos de los eventos rutinarios. Sin examinar detalladamente esa cosmovisión,¹⁰ presumo que comparte con los géneros fantásticos la creencia en procesos y presencias sobrenaturales que escapan a nuestra percepción: un orden prodigioso invisible que se liga a la dimensión que habitamos. Esta sencilla manera de convivir con lo extraordinario provee de cierta familiaridad con el relato fantástico, que no es rechazado como “un cuento fabuloso e inverosímil” sino que es parte de una estructura de sentimientos compartida.¹¹ Así, un mundo cotidiano discretamente fantástico facilita en este caso el abrir la puerta a la conmoción literaria.

Mediaciones y circuitos

Las mediaciones son significativas cuando hay una receptividad particular. En el caso de Adriana, la ocasión de un concurso de escritura que le permite poner en juego capacidades propias –en las que confía, frente a otras en las que se siente menos hábil, como la práctica deportiva–, y el premio recibido –un libro, un texto in-

¹⁰ La experiencia del trabajo de campo sobre temas afines a la religiosidad popular me hace imaginar una mixtura entre santos católicos, el culto a la Virgen, devociones populares, recurso a médiums y predicciones, veneración de antepasados, mixturas con rituales de pueblos originarios, como el culto a la Pachamama en la zona andina, y algunos rasgos de cultos afroamericanos. Por prudencia o por pudor, Carlos no lo aclara, de modo que sólo podemos comprenderlo difusamente.

¹¹ WILLIAMS, R., *Marxismo y literatura*, Trad. Pablo di Masso, 1ª edición en esta colección, Barcelona, Península/Biblos, 1997, pág. 150-164.

fantil diferente a los conocidos, con ilustraciones que le provocan admiración– impulsa su interés en la lectura. El libro llega a través del sistema escolar, marcado positivamente como recompensa y como parte de un reconocimiento por un talento propio, en una relación dialéctica entre escritura y lectura. El libro es la apertura a un universo diferente que genera asombro y deleite, que intriga y conmueve.

Durante el período en el cual Adriana se ve recluida en una institución de salud a raíz de una enfermedad, la vocación lectora se consolida. Este episodio –en el cual Adriana relata su lectura de *Don Quijote*– mueve a interrogarse: ¿cómo sabe Adriana de la existencia del libro?, ¿por qué lo elige? Al igual que Carlos, las obras clásicas de la literatura universal se cuelan en los comentarios de las personas que los rodean, a través de catálogos –como el del Círculo de Lectores– o material de difusión. Probablemente en este caso la insinuación provenga de la escuela. La elección de clásicos, en Adriana como en Carlos, es el gesto de quien replica un universo culto que no se ve estimulado en el ámbito familiar, que investiga posibilidades y objetos que despiertan curiosidad o cuya falta se experimenta como carencia.

Esta última presunción puede sonar un poco estereotipada y por eso la propongo de manera un poco indecisa: no quisiera que se interprete como “pobreza” sino más bien como “falta” en el sentido psiconanalítico, es decir, como un vacío que moviliza un deseo sin objeto preciso: no se sabe qué lo colmará. En mis exploraciones, esta intranquilidad indefinida caracteriza a un tipo de lectores que llamo “buscadores”. Son aquellos que siempre tienen interrogantes, que no se sienten colmados, que expresan una expectación asimilable a la que Foucault llama “inquietud de sí”. No importa si lo que leen son libros de autoayuda: éstos no saciarán su necesidad de respuestas. Los buscadores, como Carlos y Adriana, siguen los caminos de la autotransformación, a sabiendas de que los llevarán lejos del mundo conocido.

(...) pedí a mi familia que me llevaran a *Don Quijote de la Mancha* para leer. De dónde me salió ese pendiente, no lo sé, pero también causó la extrañeza de mis cuidadores (...).

Yo la verdad no sabía a qué venían tantos remilgos, su calidad de obra universal no estaba en cuestión –aunque no sé por qué lo sabía yo–, lo teníamos en casa en ese momento, así que no significaba ningún gasto extra. (...)

Así que continué insistiendo, yo tenía claro que tenía que leer unas cuantas obras fundamentales, y que en algún momento había que empezar con ellas.

La “calidad de obra universal”, o que “tenía que leer unas cuantas obras fundamentales”, son marcaciones de un estándar de cultura legítima que probablemente provengan de la escuela. Adriana se plantea la necesidad de leer obras de calidad universalmente reconocida en un “hacerse” voluntario. No es un autodidactismo en sentido estricto, porque no es un logro vinculado a la formación individual. El cultivo de sí, la autotransformación, se teje con otros.

Quiénes son estos “otros”, cómo y cuándo aparecen, son preguntas relevantes que dan inteligibilidad a las biografías lectoras. El circuito de lectura está muy presente en el caso de Carlos; los libros vienen de la mano de hermanas, amigos, profesoras, y se continúan en comentarios, charlas, evocaciones, discusiones. Las lecturas se expanden y se vuelven motivo de reunión, a tal punto que “marcan” afectivamente una etapa de la biografía y se constituyen en un sendero de rememoración del pasado. “Estas lecturas dominicales hechas con el silencio amodorrado y a veces bochornoso de Los Teques me hacen sentir una nostalgia que duele más de lo que gusta”, dice Carlos. En el relato de Adriana, la lectura del Quijote se yuxtapone con la atracción romántica por un eventual interlocutor. En ambos relatos, las lecturas siguen a los amoríos o a las amistades.

De la mano de personas cercanas, las lecturas se vuelven también matrices de interpretación. Dice Carlos: “esas mismas palabras [de la profesora] tendieron un puente entre la escritura y mi vida cotidiana”. La literatura se vuelve significativa, se apropia, de tres modos que Carlos explicita. El primero; la literatura brinda pautas de intelección del mundo: “un libro, si fue significativo, siempre se conecta con más de un asunto extra-literario”, “la literatura era *la vida por otros medios*”; es decir que la literatura –más precisamente, ciertas lecturas significativas–, se tornan claves interpretativas. El segundo; el ejercicio de la lectura literaria conforma un modelo de aproximación a cualquier texto: el modo de leer ejercitado en el tiempo libre (se recuerda o no un libro según su relevancia subjetiva) es aplicado como método de lectura en los estudios, un método personalísimo por el cual Carlos colecciona un conjunto de conceptos con los que sintoniza. Dice Carlos de su lectura de Foucault: “No lo leía como quien está decidido a desentrañar el sentido oculto entre renglón y renglón, sino como aquel que lee aventuras (tal como leí *La Biblia*).” El tercero; la lectura constituye un *refugio*: “Incluso pudiera decir que la literatura, fantástica o no, ha sido y es mi refugio”. Y explica muy bien el alcance que le da a esta idea:

El lugar donde uno está a salvo de ese peligro, el lugar hacia donde se huye, se llama refugio; palabra que significa *estando aquí ya no es necesario seguir huyendo*. A veces, huyo de este mundo hacia la literatura. En ocasiones busco un refugio desconocido, es decir, que no sé cuál es su capacidad de protección; otras, busco refugio seguro.

Frente a la acusación realizada hacia ciertas fruiciones culturales –la lectura, en tiempos pretéritos,¹² la televisión y el cine, más contemporáneamente– como maniobras llamadas rápidamente “de evasión”, la interpretación de Carlos, atenta a los vaivenes de sus afectos, desafía las voces de los analistas que pretenden detentar el

¹² LITTAU, K., *Teorías de la lectura*, 1ª edición. Traducción de Elena Marenco, Buenos Aires, Manantial, 2008.

privilegio de la interpretación: explicadas en primera persona, las prácticas adquieren otros sentidos.

Estos tres tipos de apropiación que señalé despliegan algunas de las dimensiones creativas de una “máquina lectora”; en este caso, matrices de comprensión, operaciones cognitivas y emociones.

Lectura e identidades

La recepción emotiva suele ser adosada a una condición del género femenino, mientras que el interés informativo en la lectura es cuestión del género masculino.¹³ El aprendizaje de los modos de leer está generizado, corresponden a la mujer la identificación, la catarsis, la ensoñación, la proyección y la evasión, y a los hombres la lectura crítica, la ponderación de argumentos, el distanciamiento.

Comparemos entonces estas citas:

No se podía negar que allí hubiera un posicionamiento, con el cual se podía dialogar, se podía contraargumentar y si una estaba atenta, permitía “pescar” elementos para elaborar un “texto” propio.

Era un niño con mucho miedo, angustiado por cualquier cosa que pudiera ocurrir a mi alrededor. Cualquier conflicto me provocaba pánico y buscaba inmediatamente el refugio de un adulto. Los adultos se peleaban, los niños también, y las noches estaban pobladas de monstruos y asesinos sin piedad. (...). Los niños que tenían

¹³ Littau retoma la conocida cita de Novalis (“la razón es de los hombres; el sentimiento, de las mujeres”) para explicar que los temores a la identificación o mimesis con los personajes y situaciones de las novelas llevaron al control patriarcal de las lecturas: “el temor a la sobreidentificación, a la exaltación y a la hipersensibilidad habrían de expresarse en la forma de prédicas que aconsejaban a las mujeres cómo debían leer”, *Ibidem*, pág. 115. De manera que la literatura de novelas era considerada como un peligro. Estos temores fueron transformándose sobre todo a partir de la presencia del cine, que concitó mayores sospechas aún. Más adelante, la autora distingue dos grandes corrientes de la crítica literaria; una considera a la literatura como un “estímulo afectivo” y la otra como un “estímulo intelectual”. En el siglo xx la segunda ha prevalecido y hasta se considera “complacencia emocional” el dejarse arrastrar por los sentimientos. *Ibidem*, pág. 137-138.

televisión me contaban de un mundo terrible, que existía y del que yo no sabía nada. Los libros me ayudaron a escapar de ese mundo que no entendía muy bien e hicieron algo difícil de lograr, construyeron una infancia feliz.

La primera cita es de Adriana; la segunda, de Joel. Es cierto que una corresponde a la adolescencia y la otra a la infancia, no obstante, el tipo de aproximación es muy distinta y no parece responder a la diferencia de edades. También podría mediar una cuestión de “clase”: la lectura afectiva, según Bourdieu, corresponde a la estética de las culturas populares.¹⁴ Pero Joel no pertenece a una cultura popular sino al universo exótico y erudito, eminentemente libresco, en el que lo colocaba ser hijo de un especialista en la lengua y cultura hebrea y de una bibliotecaria judeofrancesa ferviente amante de la literatura.

Los casos de Joel, Carlos y Adriana, paradójicamente, muestran invertido el estereotipo de género, y fisurada la tipificación de clases: Carlos “se cuele” a través de las lecturas como si fueran el hoyo bajo el árbol de Alicia y se deja llevar hacia otros universos en donde le es permitido expandir su imaginación y su sensibilidad, Joel se instala en la literatura infantil como “mundo seguro” y Adriana cuestiona las lecturas sentimentales o banales socialmente prescritas para las mujeres. Por extensión, la práctica de la lectura se convierte en un modo de disputa del poder patriarcal.¹⁵ Lejos de buscar la catarsis, se enfrasca en textos marxistas camuflados bajo ropajes cándidos. La lectura aparece ligada a modalidades de transgresión y recreación del mundo vivido.

Para algunos lectores, la práctica de la lectura es una transgresión en sí misma, más allá de sus contenidos; leer es ocasión de problemas porque la práctica desoye o contraviene los mandatos familiares y sociales. En muchos casos se trata de hombres: teniendo en cuenta que se les adjudica la inclinación a la acción, leer es inacción; suponiendo que el “hacer” es productivo y útil, la lectura, que implica

¹⁴ BOURDIEU, P., *La distinción*, op. cit.

¹⁵ “Parece que lo que más le preocupaba es que yo creyera que había alguna forma de resistirse a la autoridad, y que con esa creencia sólo conseguiría problemas en el mejor de los casos”. GIL JUÁREZ, A., pág. 115.

la reflexión, es improductiva e inútil.¹⁶ Y siendo que es más pasiva que activa, resulta una práctica inherente al mundo femenino. Pero, como vemos en el caso de Adriana, también para las mujeres resulta inconveniente leer, ya que “cultivarse” no es el modo de autocuidado que se espera de una jovencita en edad de tener novio. Así estereotipada en algunos ambientes, la lectura se hace a escondidas: debe ocultarse de la desaprobación o el castigo, sea éste social o familiar. El nombre que he dado a esta figura es “lector oculto” y quizá sea Adriana la que mejor lo represente.

Estos espacios escamoteados a las demandas del entorno familiar y social protegen una dinámica reflexiva de grados de autonomía creciente, un espacio de configuración de subjetividades disidentes, en fuga de las “estructuras estructurantes”. La configuración de subjetividades se refiere a un devenir, a las sucesivas respuestas que nos damos sobre qué creemos que somos, que querríamos ser y cómo podríamos acercarnos a esa aspiración. Ni lo que creemos que somos, ni lo que querríamos ser, ni los recursos a los que echamos mano para convertirnos en ello, salen de una mente sin carnadura. Las respuestas siempre surgen de un diálogo con los otros y con el mundo en el que estamos inmersos. Muchas de estas respuestas son más o menos previsibles. Pero no están escritas de antemano ni pueden predecirse con certeza.

Horizontes

El proceso de lectura que Carlos describe no se parece a una especulación racional. Carlos usa un lenguaje lleno de calor pulsional, de erotismo: la máquina lectora funciona como cópula. No hay un “plan” que haya seguido en función de sus lecturas sino que éstas alientan un deseo que crece como un fuego y va conquistándolo todo. Al punto que Carlos “es”, va siendo, los libros que lee. Por

¹⁶ PETIT, M., *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, Trad. Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

supuesto, no *es* sólo sus lecturas sino otras muchas prácticas; es también su música, la música de un melómano impenitente amante del jazz. Los libros y la música son parte de su rostro social, y no es extraño que aparezcan más ostensiblemente que otros aspectos –como su capacidad de resistencia y adaptación a condiciones de vida adversas– puesto que con esas herramientas, con esos estímulos, Carlos trazó una trayectoria singular, inaudita en relación a la lógica de las determinaciones sociales. Sus lecturas son su signo de distinción, que no debe tomarse en un sentido lato como sinónimo de prestigio, sino como una diferencia, como la marca de una identidad personal repujada esmeradamente. ¿Cómo se construye un imaginario de viajes, cuando se está “destinado al sedentarismo”, como él mismo enuncia? No hay aquí identificación ni proyección sino una feroz imaginación nutriendo un futuro ignoto, una posibilidad nunca antes pronunciada en su entorno.

Por su parte, en Adriana, el extrañamiento experimentado frente a aquellos niños protagonistas de sus lecturas infantiles, que jugaban y “tenían aventuras” de modos completamente ajenos a su realidad, permite mensurar la distancia con sus condiciones de vida. Esta distancia, esta brecha entre una identidad prescrita y una identidad fuera de norma se continúa y consolida en sus lecturas adolescentes, que a su modo le ofrecen un abanico de otras posibilidades. Sin dudas no son sólo las lecturas, pero el relato autobiográfico realiza, tomándose de ellas, una síntesis significativa de la inflexión vital que la arroja a otros derroteros. Adriana encuentra una manera de ser mujer alejada, pero en algún sentido en continuidad, con las lecturas de mitos de su madre y las revistas femeninas de su tía. En continuidad reivindicativa, pero desde el ejercicio de una ruptura radical, recupera el gesto del leer como una manera de establecer un “cuarto propio” simbólico,¹⁷ y modifica la cualidad y la apropiación de las lecturas, apoyándose en ellas para afirmar un punto de vista. La condición de lectora no cancela su calidad de mujer, sino

¹⁷ WOOLF, V., *A Room of One's Own*, Nueva York, Harcourt Brace & Co., 1989. Original de 1929. Existe traducción castellana: *Un cuarto propio*, varias ediciones y traducciones, entre ellas una de Jorge Luis Borges.

que abre su posibilidad de serlo de otro modo, aunque esto cause algunos enfrentamientos.

En ambos casos, la lectura –sin necesidad de averiguar *qué lectura* pues, como se refleja en los relatos, éstas son diversas– han movilizadas sensibilidades, acciones, imaginaciones y afectos hacia el mundo del que participan. Decir que la lectura ofreció un impulso emancipatorio sería exagerado. Ni emancipatorio ni alienante. Pero esta segunda posibilidad, normalmente desterrada de plano de toda consideración moderna de la lectura, es plausible. Así como la “alienación” se predica normalmente de los juegos informáticos, restándole la posibilidad de ser un espacio de experimentación,¹⁸ la idea de que los libros sólo pueden conducir a la libertad intelectual es igualmente reductiva. Se trata de un prejuicio positivo desmesuradamente confiado en caminos rectos, cuando el trabajo interior se caracteriza por sus meandros. No hay entre las autoetnografías que presentamos aquí un ejemplo de este tipo, que se asocia a ciertos géneros literarios en particular. Constatarlo, además, requiere analizar su correlato en las prácticas.

En el caso de Joel, la lectura tendió a la evasión, sustrayéndolo del tipo de experiencia lúdica compartida con otros niños. “Diría que mi atención se posaba en mi entorno sólo para prevenir que nadie ni nada me interrumpiera”, señala. Joel no habla de sus juegos. Sólo parece haber leído desafortunadamente durante toda su infancia: leía hasta volver ridícula la categoría de gran lector que se refiere apenas a una decena de libros al año.

(...) la tutora de la nueva escuela nos preguntó cuántos libros habíamos leído el curso anterior. Dije que treinta-y-cuatro. Fui amonestado con una mirada suspicaz y cuestionado. Me salvaron de ser tachado de mentiroso públicamente mis antiguos compañeros, que lo certificaron. Sin embargo sí había mentido. Había leído muchísimos más. Seguramente el doble. En casa. Fuera del sistema de monitoreo de la maestra. Muchos en francés, así que no tenía ni pruebas ni expectativas de ser creído.

¹⁸ Vale la pena interesarse al respecto. Por ejemplo: TURKLE, S., *La vida en la pantalla*, Trad. Laura Trafí, 1ª edición, Barcelona, Paidós, 1997.

Leía para respirar, para poder vivir fuera de su mundo, de la única manera que le era permitido escapar: sin dar muestra alguna de rebeldía o transgresión. Estaba allí, leyendo, cumpliendo las expectativas que se tejían sobre él, pero al mismo tiempo huía, atinaba a sobrevivir generando una burbuja protectora invisible en un ambiente desdichado, como sugiere cuando dice “si dijera que tuve una infancia feliz, todos los que me conocieron dirían que miento”.

Su entorno era drásticamente diferente al de Adriana o Carlos: era un medio culto, altamente lector. Su modo de vivir la infancia fue el que le proporcionaron, en directa prolongación con el mundo de sus padres.

Aunque las tuvieran, nunca sentí sobre mí el peso de unas expectativas muy altas. Más bien tuve una educación *laissez-faire*, típica de los setenta en unos padres lectores de psicoanálisis. Pero tal como esperaban, leí. Y leí mucho.

Las diferencias con Adriana y Carlos son inmediatamente visibles. La educación *laissez-faire*, es “típica de los sesenta” en unos padres de clases medias “cultas”, que no es el caso de Adriana ni de Carlos. Hay obligaciones domésticas que cumplir para estos niños. Esto resulta especialmente claro en la narración de Adriana, pues señala su extrañeza frente a lecturas en las que donde los niños no tenían tareas para hacer en el hogar: “No hacían nada más que jugar (...). No ayudaban en casa, ni tenían niños pequeños o viejos a su cargo”.

Para Joel, los libros son el paisaje familiar, pero además son objeto de visitas especiales, de paseos a ámbitos no mencionados por sus congéneres, como centros culturales y librerías. Joel está suscripto (él, niño) a una revista infantojuvenil y recibe de parte de su tía, paquetes de libros por correo. Mientras que Adriana y Carlos revisan bibliotecas, Joel vive en una. Las primeras lecturas no surgieron de exploraciones propias; vienen de la mano de un entorno en el cual el no leer se torna inadmisibile. Esta experiencia conducida produce una doble restricción: la eliminación de las prácticas de reconoci-

miento de lo diverso, y una dosificación de contenidos considerados *a priori* aptos para su destinatario.

El concepto de «lectura adecuada» creo que describe de forma justa casi toda la literatura que leí antes de los trece o catorce años. Una literatura construida para los niños y los jóvenes, escrita con la finalidad de educarnos en los valores de unas sociedades basadas en las utopías más bien *hippies* de los sesenta, que no existían pero cuyos valores compartieron mis padres y toda una legión de escritores y maestros.

Esta selección “mutila”, dice Joel. Las versiones de los clásicos adaptadas al público infanto-juvenil predigieren la obra, minan la posibilidad de conmoción. Los mundos distantes se vuelven conocidos porque han sufrido una tamización que eliminó lo que pudieran tener de subversivo. Pero el niño “sabe” porque hay “otros”: las noticias de la televisión, los diarios, los compañeros de colegio. El mundo no era como lo pintaban las lecturas selectas, y la incongruencia sólo causaba más temor a eso oscuro, no nombrado, pero presente como una amenaza inaprehensible.

Imaginando que Joel cumple el ideal de la escuela, ¿qué tipo de sujeto se configura? Un lector de textos despojados de dificultad, con una escritura igualada; textos tranquilizantes que producen un efecto imaginativo más o menos calculado.

En mi caso, leer estaba bien visto. Creo que sé cómo se siente el niño de entre nueve y catorce años que he mencionado anteriormente, ahora jugador intensivo de videojuegos. Igual que yo. Habitante de un mundo enorme, extenso, vasto, que sobrepasa los estrechos límites de la casa familiar. Un mundo que engrandece el espíritu. Un mundo que puede separar del entorno más inmediato, pero que aporta otras cosas, no solo momentos de relajación y desconexión de las angustias diarias, también la inmersión en el imaginario occidental prescrito a los adolescentes.

La lectura tiene una valoración positiva *per sé* porque conduce a la emancipación por la vía racional e ilustrada. Joel sin embargo la compara con el gran enemigo de la educación contemporánea, el videojuego. En uno y otro caso, el dato relevante parece ser que la práctica cobra una centralidad tal que desplaza otras experiencias igualmente valorables. De modos parecidos, ambas pueden resultar lo bastante absorbentes como para darle a la existencia un carácter unidimensional. La unidimensionalidad, como yo la resigifico, cobra el sentido de un debilitamiento de la experiencia por el cultivo de una actividad prioritaria, casi excluyente; es decir, se revela como el accionar de una “máquina total” que excluye otras posibilidades.¹⁹ La preponderancia de una práctica por sobre otras implica una reducción del campo de vivencias potenciales. Aquí la pérdida de riqueza –que acontece por la uniformidad de la actividad– atañe al espesor vital, a la experiencia.

Como generalmente el análisis sobre la lectura moviliza un aparato conceptual ligado a la noción de conciencia –y no a la totalidad de la existencia–, se habla de ella en términos de libertad intelectual o espiritual. Su contrapunto es, pues, el concepto de alienación, referido a un estado de conciencia y atado a una cascada de asociaciones de carga negativa. El término “libertad” parece cortar las cadenas del espíritu alienado y la “espada bienhechora” es el libro. “El libro nos hace libres”, rezan los eslóganes editoriales, proporcionando una síntesis perfecta de esta idea.

La serie emancipación – conciencia – libertad – autonomía individual – soberanía - ilustración, tan afín al campo semántico de la

¹⁹ La noción de alienación tiene numerosos significados. Descarto de entrada todos los que la asimilan a “locura”. La entiendo como resultante de una actividad que el sujeto controla débilmente y que, en vez de regresarlo sobre sí mismo, lo orienta al exterior, es decir que el término califica los efectos de una actividad excéntrica, centrífuga. En cuanto a su dinámica, la alienación supone cierta obligatoriedad (como imposición objetiva o como compulsión) que va avanzando sobre las otras dimensiones de la vida hasta abarcar gran parte de la existencia. Bajo esta acepción, la designación de alienación se aplica tanto al trabajo como a la adicción a drogas y supone básicamente el agostamiento de la existencia, la uniformidad, la “unidimensionalidad”, en términos de Marcuse, que significa la reducción del campo de experiencia.

lectura, es opuesta a reciprocidad – imaginación – (inter)dependencia – compromiso – inquietud de sí – ensoñación. No veo por qué una secuencia más individualista y racional debería ser considerada superior a otra comunitaria y afectiva. Concebidas en términos abstractos, tanto alienación como emancipación pueden resultar categorías metafísicas: no están siendo problematizadas lo suficiente como para que advirtamos que ninguna de ellas es portadora de un valor indiscutible en sí. Son los modos concretos de darse de estas nociones –su encarnación– lo que debe ser examinado.

Mi insistencia en reconocer ensamblajes intenta comprender en qué condiciones concretas se realizan las biografías. La unidimensionalidad (como concepto abstracto) habla de una limitación de las vivencias potenciales. Abogo por la pluridimensionalidad de la existencia, como elección ético-política. Comprendo cada juego, cada rol en el que nos involucramos,²⁰ como una particular máquina deleuziana. La diversidad y la riqueza de la vida consisten, desde mi punto de vista, en la coexistencia de juegos, la conformación de máquinas contingentes, que funcionan con distintas intensidades, se arman y se desintegran haciendo proliferar en cantidades y calidades diferentes las experiencias de los sujetos.

En términos de juegos, ¿qué falta en el relato de Joel? Falta la relación con los otros niños, apenas aludidos como quienes estigmatizan al “demasiado lector” –una nueva categoría que quizá tenga en Joel a uno de los pocos exponentes– o mencionados tangencialmente, como cuando se refiere al grupo de niños exploradores. Aparecen indiferenciados, como un fondo bullicioso y quizá cruel de la es-

²⁰ La noción de juego y compromiso o involucramiento, así como el papel de los otros significantes, son nociones inspiradas en la obra de George Herbert Mead; la noción de papel (que aparece bajo el galicismo “rol” en la traducción) y la reelaboración de la noción de juego (*play*) provienen de Erving Goffman. Algunas interpretaciones de la relación entre subjetividades y condiciones sociales del interaccionismo simbólico y el posestructuralismo no son tan diferentes, si bien la posición frente a ellas difiere diametralmente. Véase VARELA, J. y ALVAREZ-URÍA, F., “Marginados: de la sociología de la desviación a las nuevas políticas de control social”, en MÁIZ, R. (comp.), *Discurso, poder, sujeto. Lecturas sobre Michel Foucault*, 1ª edición, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1987.

cuela y las actividades extra-clase. Ni siquiera su hermana, pues Joel tiene una hermana menor, cobra existencia nítida. Las lecturas de Adriana toman su entorno como contrapunto –tía, madre, padre, enamorados y compañeros. Carlos, por su parte, aparece rodeado por sus hermanas, profesores y amigos que “le presentan” autores. Las lecturas de ambos se abren en una conversación infinita que tanto se mantiene con los otros como prosigue hacia el interior. Las lecturas de Joel, en cambio, construyen un lugar de resguardo. Las otras personas de su mundo –la tía Odile, su mamá y más lejanamente, como una presencia distante, su papá– se presentan como mediadores (y censores) de los libros.

Dice Joel de las lecturas (en analogía con los videojuegos) que transitar por estos mundos imaginarios “engrandece el espíritu”. Seguramente esta forma de crecimiento lo libró de rencores y mezquindades. También ha sido un modo de protección que evacuó frustraciones, agresividad, soledad o sufrimiento. Leyendo encontró el modo de forjarse la “infancia feliz” prescrita por el imaginario social de la niñez, en un mundo afectivo que, insinúa, debió no haber sido dichoso en absoluto.

La metáfora de la lectura como refugio aparece muy recurrentemente entre lectores de todo tipo, y es enunciada tanto por Joel como por Carlos. Describe en realidad un sentimiento, no un espacio, aunque sin dudas hay en la denominación evocaciones sensoriales. Si la lectura puede convertirse en una de esas tácticas sutiles que los sujetos emplean para enfrentarse con la vida y para transformarla, autotransformándose, entonces es, en ese preciso sentido, uno de los recursos que necesitamos.

Conclusiones

He intentado revisar, un poco impertinentemente, este rico caudal de las experiencias de lectura de mis amigos, sirviéndome de ellas para hacer más visibles algunos de los conceptos diseñados en el

primer capítulo. Las historias singulares siempre dejan un poco en ridículo las nociones que laboriosamente edificamos, de allí la necesidad de construir categorías flexibles que puedan terminar de delinearse cuando se especifican.

Más allá de mis dotes como analista o de mi producción de nociones circunstancialmente útil, las autoetnografías (ciertas o dudosas, aceptadas como tales o rechazadas como un género que nos pone en riesgo, nos ex-pone) muestran más que las entrevistas, y mucho más que cualquier derivación que se haga a partir de los textos mismos.

La lectura no es un *en-sí*. Puede ser un recurso reflexivo que colabore con procesos de autotransformación, o puede ser lo contrario. No hay lecturas buenas y malas. Hay apropiaciones diversas: hay lectores. Eso no le resta el trabajo a la crítica literaria que se dedica a la obra, pero sí nos previene ante la intención de extender las interpretaciones más allá de la obra misma. Tampoco intento sugerir que hay tantas lecturas como lectores. Pero esta tipificación en grupos mayores, esta construcción de categorías enraizadas, es una tarea apenas iniciada. Espero que este libro ayude a impulsarla.

Bibliografía

BOURDIEU, Pierre, *El sentido práctico*, Traducción de Álvaro Pazos, 1ª edición, Madrid, Taurus, 1991.

BOURDIEU, Pierre, *La distinción*, Traducción de María del Carmen Ruiz de Elvira, 1ª edición (en esta editorial), Buenos Aires, Taurus, 2012.

CAWELTI, John, *The Apostles of the Self-Made Man*, 2a. edición, Chicago, The University of Chicago Press, 1968.

FOUCAULT, Michel, *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France. 1981-1982*. Traducción de Horacio Pons, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

GEERTZ, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Traducción de Alberto Bixio, 8ª reimpresión, Barcelona, Gedisa, 1997.

GOFFMAN, Erving, *Frame analysis. Los marcos de la experiencia*, Traducción de José Luis Rodríguez, 1ª edición, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI de España editores, 2006

GOFFMAN, Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Traducción de Hildegarde Torres Perrén y Flora Setaro, 1ª edición, Buenos Aires: Amorrortu, 1981.

LITTAU, Karin, *Teorías de la lectura*, Traducción de Elena Marango, 1ª edición, Buenos Aires, Manantial, 2008.

MARCUSE, Herbert, *El hombre unidimensional*, Traducción de Antonio Elorza, 1º edición en esta editorial, México, Ariel, 1968. Original en inglés: 1954.

MEAD, George, *Espíritu, persona y sociedad*, Traducción de Floreal Mazía, Supervisión de Gino Germani, 1ª edición, Buenos Aires, Paidós, 1973.

PAPALINI, Vanina, “La domesticación de los cuerpos”, *Enl@ce: Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*, Año 4, No. 1, Enero-Abril 2007, pág. 39-53.

SANCHEZ, Florencio, *M'hijo el dotor*, 2ª edición en esta editorial, Buenos Aires, Kapelusz, 1954. Texto original de 1903.

TURKLE, Sherry, *La vida en la pantalla*, Traducción de Laura Trafí, 1ª edición, Barcelona: Paidós, 1997.

VARELA, Julia & ALVAREZ-URÍA, Fernando, “Marginados: de la sociología de la desviación a las nuevas políticas de control social”, en MÁIZ, Ramón (comp.), *Discurso, poder, sujeto. Lecturas sobre Michel Foucault*, 1ª edición, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1987.

WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Traducción de Pablo di Masso, 1ª edición en esta colección, Barcelona, Península/Biblos, 1997.

6. Indagar e indagarse: reflexiones sobre autoetnografía

Alejandra Martínez

El cuerpo y el alma en juego

En el año 2007, en el marco de mis primeros estudios sobre masculinidades, llegó a mis manos un libro que capturó completamente mi atención. Se trataba del texto *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*, de Loïc Wacquant.¹

El libro de este autor francés me envolvió en su encanto por varios días. No sé si eso ocurrió porque desde hace años soy una apasionada del noble arte del boxeo, o bien porque me intrigan los extraños modos en los que los investigadores sociales nos las arreglamos para vincular de manera coherente datos, teoría y metodología. Recuerdo no haber podido soltar el libro hasta finalizarlo. Ese texto me mostró que existían otras maneras de hacer ciencias sociales, mucho más interesantes y ricas que las que yo conocía hasta el momento.

Por lo que he podido saber, el libro tuvo el mismo impacto sobre muchas otras personas. La audacia de Wacquant hizo cimbrar las rígidas estructuras del campo académico. Sus métodos fueron tanto aplaudidos como puestos en duda, y su forma de reflexionar sobre lo social intrigó a científicos y no científicos. Esto se puso en evidencia

¹ WACQUANT, L., *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

cuando el autor recibió, luego del lanzamiento de su obra, la oferta de una importante editorial para publicar su *novela*.²

Ahora bien ¿cómo surgió este texto? En 1988, interesado en observar las estrategias sociales de los jóvenes del sub-proletariado negro de la ciudad de Chicago, Loïc Wacquant se inscribe, por sugerencia de un colega, en el Woodlawn Boys Club; un gimnasio de boxeo situado en el corazón del gueto negro de Chicago. A pesar de ser un intelectual francés (y blanco), Wacquant logra con el tiempo formar parte de la compleja red social que se teje alrededor de un club de box.

Partiendo desde el corazón de la práctica del pugilismo, el autor reflexiona sobre la vida de los negros pobres en Estados Unidos, sumidos en la denigración material y simbólica, desde una perspectiva hasta entonces impensada. Durante más de tres años, Wacquant entrena la dura disciplina del boxeo, hasta llegar incluso a participar en el conocido y prestigioso torneo pugilístico *Golden Gloves*.

En el libro *Entre las cuerdas* (y muchos otros textos producidos por él más adelante), Wacquant analiza los padecimientos de los negros pobres que viven (y sobreviven) en los guetos de Chicago, mientras describe con una maestría admirable su propia *experiencia* física (sensitiva, sufriente) en un momento específico de su inmersión etnográfica. Ambos elementos se combinan para brindar un cuadro vívido y cristalino de la realidad de aquellos cuya experiencia desea capturar científicamente, visibilizando *el cuerpo y el alma* de quien investiga y se halla comprometido en “carne, nervio y sentidos”³ con aquello que se propone observar.

Debo decir que la experiencia que refleja *Entre las cuerdas* no me sorprendió por la originalidad de la metodología empleada, aun cuando Wacquant desarrolla una etnografía experimental que describe como observación participante (o, mejor dicho, como *participación con observación*). Lo que captó toda mi atención fue su manera de *narrar*; de presentar al lector las reflexiones sobre la experiencia vivida y el material obtenido en campo.

² Ibidem.

³ Ibidem, pág. 15.

Ese tipo de narración es característica de muchos investigadores que muestran su trabajo, o parte del mismo, a través de la escritura autoetnográfica; un tipo de narración académica que implica involucrarse en primera persona en el momento analítico y convertirse en un nexo vivo entre lo subjetivo y lo cultural. En el segundo apartado del capítulo retomaremos esta idea.

En primerísima persona, Wacquant teje en su obra el material obtenido en el campo, los datos estadísticos prolijamente recabados, las contribuciones teóricas de diversos autores y sus propias reflexiones, ofreciendo un cuadro vívido de la vida en el gueto y un relato limpio, esclarecedor y a la vez apasionante, por estar despojado de artificios académicos presuntuosos.

Wacquant ingresa a la etnografía no como sí mismo sino como un personaje, un *sujeto experimental*, que construye cuidadosamente en el texto y en el que se compenetra con cada fibra de su ser. Es bautizado por sus compañeros de guantes como ‘Busy Louie’ “sufriendo esta asombrosa *metanoia* de la cual emerge el boxeador hábil, un nuevo ser sacado del viejo, capaz y deseoso de invertirse a sí mismo por mucho tiempo en el arte del puño, para bien o para mal”.⁴ El autor pone mucho énfasis en la importancia que tiene, en la práctica de la antropología reflexiva, el desdoblamiento de los dos sujetos que representa: el boxeador y el científico.

En el gimnasio, Wacquant realiza, según sus propias palabras, un trabajo etnográfico que no es sólo del cuerpo en sentido de objeto (“*of the body*”) sino a partir del cuerpo como herramienta de investigación (“*from the body*”).⁵ Durante su experiencia en el Woodlawn Boys Club, el investigador desarrolla un *habitus pugilístico*⁶ que le permite la observación de su objeto de conocimiento desde un punto de vista privilegiado, aun corriendo el riesgo de verse “capturado”

⁴ WACQUANT, L., “Conexiones carnales: sobre corporización, aprendizaje y experiencia”, *Pensar. Epistemología, Política y Ciencias Sociales*, Números 3 y 4, 2008-2009, pág. 36.

⁵ WACQUANT, L., *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendizaje de boxeador*, op. cit., pág. 16.

⁶ WACQUANT, L., “Chicago Fade: volver a poner el cuerpo del investigador en juego”, *Astrolabio Nueva Época*, Número 9, 2012.

por su magia. Esta es una aproximación radical incluso si se piensa en la perspectiva bourdiana de la objetivación participante a la que Wacquant adhiere.

Según Bourdieu, la objetivación participante no consiste sencillamente en *observarse observando*. Tampoco busca explorar *la experiencia vivida* del sujeto cognoscente. Su fin es capturar las condiciones sociales de posibilidad de la experiencia y el acto de objetivación.⁷ Se trata del hecho de objetivar el “mundo social que ha hecho el antropólogo y la antropología consciente o inconsciente que él compromete en su práctica antropológica”,⁸ incluyendo el punto de vista y los intereses del sujeto que observa, así como el inconsciente histórico que el sujeto cognoscente compromete en su trabajo de investigación.

Para Bourdieu, nada es más falso que la máxima universalmente admitida en las ciencias sociales según la cual el investigador no debe poner nada de sí mismo en su investigación. Hace falta, al contrario, referirse permanentemente a su propia experiencia, pero no, como es demasiado a menudo el caso, inconsciente o incontroladamente.⁹

La advertencia sobre *controlar la experiencia* es clave para comenzar a pensar en las implicancias que tiene hacer autoetnografía. Es el mismo Pierre Bourdieu quien le advierte a Loïc Wacquant, en un momento de su proceso etnográfico, sobre el peligro de verse capturado de manera irreversible por el objeto del conocimiento.¹⁰

Según Bourdieu, el control sobre la experiencia resulta clave para no caer en el divertimento narcisista o en el subjetivismo sin sustento teórico. El proceso de objetivar al sujeto objetivante no es simple y obliga al investigador a profundizar en el conocimiento de sí mismo, al tiempo que se sumerge en aquello que estudia, que a la vez lo transforma y lo alienta a revisarse y volver a transformar su práctica. Desde esta perspectiva, “el investigador puede y debe

⁷ BOURDIEU, P., “L’objectivation participante”. *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 150, 2003.

⁸ *Ibidem*, pág. 89.

⁹ *Ibidem*, pág. 95.

¹⁰ WACQUANT, L., *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*, op. cit.

movilizar su experiencia, es decir, ese pasado en todos sus actos de investigación. Pero él no está en el derecho de hacerlo más que a condición de someter todas esas vueltas del pasado a un riguroso examen crítico”.¹¹

El socio-análisis concienzudo que propone Bourdieu, y que Loïc Wacquant ejercita en su trabajo etnográfico, permite al investigador reconciliarse consigo mismo y sus propiedades sociales, para así poder captar el fenómeno que observa desde una perspectiva mucho más profunda que la que pudiera capturar sin efectuar esta búsqueda. Sin embargo, es preciso decir que el control en el que tanto énfasis pone Bourdieu, tiene el peligro de poner límites a la riqueza de la producción analítica, en tanto remite a las estructuras de poder que señalan lo legítimo y lo profano en el campo de las ciencias sociales. Como señala Denzin,¹² se reconoce la osadía en las prácticas de estos autores, pero el resultado termina siendo el de vino nuevo en viejas botellas.¹³

Un tiempo después de la publicación de *Entre las cuerdas*, Wacquant publica un artículo titulado “Chicago fade” (traducido al español en 2012 para la revista *Astrolabio Nueva Época*) en donde pone en evidencia la habitual ausencia del cuerpo de los investigadores sociales en los trabajos que tratan, precisamente, sobre los avatares del cuerpo. A lo largo de su relato, que el propio autor cataloga como de apariencia banal, se accede a un análisis pormenorizado de los sujetos que producen (y re-producen) sus prácticas en ese espacio social. Allí, más que en ningún otro escrito, se verá clara la idea del autor de “poner al investigador en escena como un ser carnal y sufriente”.¹⁴ Pues:

(...) los etnógrafos no son distintos de las personas a las que estudian: son seres sufrientes de carne y hueso que, lo quieran

¹¹ BOURDIEU, P., “L’objectivation participante”, op. cit., pág. 100.

¹² DENZIN, N., “Analytic autoethnography, or *déjà vu* all over again”, *Journal of Contemporary Ethnography*, 35(4), 2003.

¹³ DENZIN, N., “Prólogo”, en MERLINO, A., *Investigación cualitativa en ciencias sociales: temas, problemas y aplicaciones*, Buenos Aires, 2009, Cengage.

¹⁴ WACQUANT, L., “Chicago Fade: volver a poner el cuerpo del investigador en juego”, op. cit., pág. 157-158.

admitir o no, entienden mucho de sus temas “por el cuerpo” y después trabajan, con grados variados de conciencia reflexiva y de éxito analítico, para explotar y traducir lo que han comprendido de manera visceral al lenguaje conceptual de sus disciplinas académicas.¹⁵

Será también en “Chicago Fade” en donde se verán desdibujados los límites del boxeador y el científico, y en donde ambos compartirán un cuerpo sufriente, aunque en sentidos distintos. En “Chicago fade”, ‘Busy Louie’, el personaje construido por Wacquant, relata cómo luego de un año y medio de su incorporación al Woodlawn Boys Club (y después de haber pasado por la durísima prueba de combatir en los *Golden Gloves*), uno de sus compañeros de práctica boxística, Curtis, le ofrece realizarle él mismo el “Chicago Fade”; un corte de pelo de moda entre los habitantes negros de los barrios empobrecidos de aquella ciudad.

Entendiendo que dicha intervención en su estética corporal supone un rito de aceptación relevante para Curtis y el resto de sus compañeros del club, ‘Busy Louie’ accede, comprendiendo la importancia que ese tipo de intercambios tiene en la red de relaciones que estudia. Sus compañeros del gimnasio celebran la decisión de hacerse el corte de cabello y exclaman entusiasmados: “¡*Louie quiere ser negro!*”¹⁶

El procedimiento resulta dolorosísimo para Wacquant. Según relata en primerísima persona, los instrumentos de peluquería de Curtis no parecen haber sido afilados en años; luego de eternos minutos, el sufrimiento sigue *in crescendo*. El autor relata: “Cierro mis ojos y me estremezco. Es pura tortura, no puedo creerlo. Ni siquiera me animo a echar un vistazo al estado de sus tijeras”¹⁷

Luego de aquella tortura casi eterna, el corte de cabello del etnógrafo-boxeador está terminado y la agonía concluyó. Pero final-

¹⁵ WACQUANT, L., “Conexiones carnales: sobre corporización, aprendizaje y experiencia”, op. cit., pág. 34.

¹⁶ WACQUANT, L., “Chicago Fade: volver a poner el cuerpo del investigador en juego”, op. cit., pág. 160.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 161.

mente, ya en su entorno habitual (su hogar, su espacio de trabajo) es el sujeto Loïc Wacquant (y no su personaje experimental ‘Busy Louie’) el que debe enfrentar la mirada espantada de su pareja, la desconfianza de sus vecinos y hasta la confusión de su propia madre. Los personajes se mezclan. Ambos sufren el “Chicago Fade”: uno, por el dolor de su maltratado cuero cabelludo, el otro, por las reticentes miradas de su entorno. En esta historia, la intención de Wacquant de distinguirse de su personaje se dificulta, porque resulta muy complejo separar a ‘Busy Louie’ del científico y profesor francés.

El relato resulta útil para dar cuenta (¡y cómo!) de lo que significa para un investigador que trabaja con los cuerpos, *poner el cuerpo*. Metodológica y narrativamente, tambalea la idea de presentar al boxeador como una construcción separada del investigador que escribe. En “Chicago Fade”, Wacquant corre el riesgo de caer en una tendencia que denuncia en su texto de 2002, *Scrutinizing the Street*, en el que advierte sobre los textos sociológicos en los que “la narración predomina sobre el análisis y los testimonios desplazan la teoría”.¹⁸ Y sin embargo, el relato resulta de enorme valor para que el lector comprenda lo que el autor desea explicar.

Es el encono con las posturas más rupturistas (o su *habitus* construido ladrillo a ladrillo en la academia francesa) el que lleva a Wacquant a desdeñar fieramente los modos de acercarse a la realidad social que pretenden romper radicalmente con las tradiciones epistemológicas dominantes. Su rechazo es llamativo, considerando sus propios (y loables) esfuerzos por mirar a la pobreza urbana desde un ángulo completamente heterodoxo.

En el año 2004, Gary Fine publica una reseña del libro *Entre las cuerdas* en el *American Journal of Sociology*, señalando que Wacquant puede ser considerado un pionero en la escritura autoetnográfica. Wacquant reacciona respondiendo a la reseña de Fine. En su artículo “Conexiones carnales: sobre corporización, aprendizaje y pertenencia”,¹⁹ Wacquant señala que, por más halagador que resulte

¹⁸ WACQUANT, L., “Scrutinizing the Street: Poverty, Morality, and the Pitfalls of Urban Ethnography”, *American Journal of Sociology*, 107(6), 2002, pág. 1526.

¹⁹ Versión en español en *Revista Pensar*, 2008/2009.

el ser considerado un pionero, de ninguna manera debe entenderse el trabajo de *Entre las cuerdas* como una autoetnografía. Dedicar varias páginas a aclarar el equívoco haciendo un esfuerzo evidente por tomar distancia de la autoetnografía o de cualquier formato de escritura semejante.

Wacquant se refiere al estilo utilizado en *Entre las cuerdas* como una evocación literaria.²⁰ Un texto que “coloca medios de expresión literarios al servicio de una sociología expansiva”,²¹ rechazando vehementemente otras categorías en las que se lo ha pretendido incluir. El autor manifiesta que el texto puede incluso “ser interpretado como *anti-autoetnográfico* en diseño y espíritu”.²² Señala:

Mi libro es reflexivo en que, de manera auto-consciente, pone de relieve al etnógrafo en la escena y en que, de manera continua, lleva a la teoría sociológica que desarrolla de regreso a las experiencias de campo, pero es decididamente no auto-etnográfico bajo ninguna acepción actual de ese género mal definido.²³

Desde mi perspectiva, Wacquant se acerca mucho más al género autoetnográfico de lo que él mismo se permite aceptar. Su trabajo en el ámbito del pugilismo se constituye como un aporte de gran interés a los nuevos modos de hacer etnografía, aunque él se debata en una intensa lucha argumentativa por señalar lo contrario. Quizás por no verse incluido en el conjunto de etnógrafos que Bourdieu critica duramente; aquellos que “al otro lado del Océano” desarrollan prácticas etnográficas profanas con las que persiguen un éxito inmediato.²⁴

Las explicaciones de Wacquant respecto de su postura anti-autoetnográfica no resultan, a mi juicio, claras ni suficientes. Por supuesto, cada quien tiene derecho a definirse y a definir su trabajo.

²⁰ WACQUANT, L., *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*, op. cit..

²¹ WACQUANT, L., “Conexiones carnales: sobre corporización, aprendizaje y experiencia”, op. cit., pág. 36.

²² Ibidem, pág. 36.

²³ Ibidem, pág. 35-36.

²⁴ BOURDIEU, P., “L’objectivation participante”, op. cit.

Siendo la autoetnografía un subgénero *borroso*,²⁵ no es mi intención insistir en este punto.

Norman Denzin sostiene que tanto Bourdieu como Wacquant, entre otros, toman elementos de las autoetnografías evocativas (que tienen como característica ser analíticas y creativas) para sus propias versiones de autoetnografía reflexiva.²⁶ Según Denzin, estos intentos osados están aún resguardados en prácticas canónicas que no buscan preguntarse seriamente por la crisis de la representación. Sobre esta discusión avanzaremos en el próximo segmento del capítulo.

En este primer apartado he pretendido mostrar un modo de hacer ciencias sociales que marida tres modos de escribir; el analítico, el narrativo y el experiencial, y he dedicado algunos párrafos a la invitación al auto-socio-análisis de Pierre Bourdieu para dar cuenta del valor de la experiencia de quien investiga para mejorar las cualidades analíticas de un trabajo científico. Me he ocupado, además, de enfatizar el recelo que puede producir el ser referenciado como auto-etnógrafo, tal es el caso de Loïc Wacquant, y la triste vinculación que puede hacerse entre autoetnografía, subjetividad y divertimento narcisista.

He “forzado” a tres autores (a quienes admiro y suelo consultar con asiduidad) a reunirse en estas páginas (me refiero a Wacquant, Denzin y Bourdieu), ya que considero que lo que los tres proponen, aun desde intereses y perspectivas epistemológicas diferentes, es de enorme interés para pensar el avance de las ciencias sociales. Y lo es para la etnografía, en particular, como un modo de explicación de la realidad que se acerca a problemas sociales reales y concretos, aún a cuenta del sacrificio de la comodidad de quien investiga.

En el siguiente segmento intentaré señalar algunos de los puntos principales que permiten distinguir a la autoetnografía como género, intentando aproximarme a una definición inicial y siempre plausible de modificar. La autoetnografía es un modo de escritura y de reflexión al que los sociólogos y antropólogos pueden o no adherir, pero que parece provocar, al menos, inquietudes y pasiones intensas.

²⁵ DENZIN, N., “Analytic autoethnography, or déjà vu all over again”, op. cit.

²⁶ Ibidem.

¿A qué llamamos autoetnografía?

Algunos desarrollos en nuevas formas de escritura académica son relativamente recientes. Desde principios de la década de los ochenta y la de los noventa, se produjo en las ciencias sociales la llamada “crisis de representación” que se centró fundamentalmente en cuestionar los ejes fundamentales del paradigma positivista; sus objetivos, premisas, métodos, técnicas e implicaciones políticas.²⁷

De esa “guerra de paradigmas”, tal como la llama Norman Denzin, se ha esperado el fin de una postura epistemológica que persigue a rajatabla la objetividad y la neutralidad sobre la realidad, basadas en el “punto de vista de Dios”.²⁸ Por otro lado, la puesta en cuestión del positivismo y las maneras más ortodoxas de hacer investigación abogan por legitimar nuevos modos de aproximarse a los fenómenos sociales, basados en metodologías que involucren reflexivamente el punto de vista del actor social y que a la vez integren la subjetividad de quien investiga. A pesar de los esfuerzos realizados en esta dirección, la resistencia es mucha, y se ponen en evidencia en las tensiones expuestas en el apartado anterior.

En este marco de cambio y apertura en las formas de estudiar la realidad social, los formatos narrativos etnográficos cambiaron. Nuevas formas de hacer etnografía surgieron y comenzaron a producirse a través de prácticas analíticas creativas (CAB, por sus siglas en inglés).²⁹ La puesta en valor del subgénero conocido como autoetnografía surgió a partir de este movimiento.

Escribir autoetnografía obliga al autor a cambiar radicalmente su manera de concebir la producción científica. Implica permitirse una escritura emotiva, en la que quien escribe se ve claramente inmerso. Este tipo de escritura incluye, a modo de collage, fragmentos de

²⁷ BLANCO, M., “Autobiografía o autoetnografía?”, *Desacatos*, número 38, 2012, pág. 170.

²⁸ DENZIN, N. y GIARDINA, M., *Qualitative inquiry and the politics of evidence*, Walnut Creek, California, Left Coast Press, 2009.

²⁹ DENZIN, N., “Analytic autoethnography, or déjà vu all over again”, op. cit.

historias personales, documentos no oficiales, artículos académicos y textos populares.³⁰

El formato canónico de escritura científica es dejado de lado, por carecer por completo de las herramientas que permitan involucrar de manera reflexiva el individuo con el contexto cultural y social que lo contiene. Quien escribe autoetnográficamente se ve obligado a abandonar la mayoría de los artificios aprendidos en el recorrido académico para “entregarse” al texto, tomando en cuenta su propio punto de vista (sentimientos, percepciones, ideas, juicios previos), y la perspectiva del sujeto de la observación. Se genera entonces un diálogo que involucra la mirada sobre el otro a la vez que el propio socio-análisis.

La realidad cotidiana de nuestra experiencia como trabajadores de la ciencia nos indica que, cuando escribimos un artículo científico, pende sobre nuestra práctica una expectativa “comunitaria” (que proviene del editor, el referato, el director del instituto en donde trabajamos, nuestro director, los mismos lectores, entre otros) respecto al formato literario a adoptar. Nuestro *habitus* académico nos obliga a respetar las reglas de citación del sistema tal o cual, el uso del modo impersonal o de la primera persona del plural, de manera tal de asumir la “distancia” necesaria del objeto, la neutralidad y el desinterés personal, entre otras prácticas que bien conocemos.³¹ Si decidimos entonces escribir tomando alguna distancia de la modalidad convenida, sabemos que deberemos asumir el riesgo de perder credibilidad.

Como lo señala Joel Feliú:

Eso lleva a pensar que la credibilidad de un artículo, junto con otras características, se pone en juego en el momento de dar forma al contenido. Y es más, nos puede hacer pensar que precisamente estas características científicas reposan más en la forma

³⁰ FELIU, J., “Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía”, *Athenea Digital*, número 12, 2007.

³¹ *Ibídem.*

que en el contenido, es decir en adscribirse correctamente en el género adecuado.³²

La autoetnografía nos obliga entonces a desafiar nuestro *habitus* (cuestionando así las estructuras objetivas que coadyuvaron a constituirlo) y a asumir una nueva manera de mostrar lo que hacemos, mostrándonos a nosotros mismos. Implica tomar distancia de nuestra formación canónica para adentrarnos de manera casi temeraria en un terreno desconocido, en el que abundan los cuestionamientos y las críticas, algunas más constructivas que otras.

La autoetnografía puede ser definida, *a priori*, como un subgénero literario-científico que surge en los albores de la década de los noventa en el marco de la crisis de representación de las ciencias sociales. Así como otros esfuerzos que se realizaron en ese entonces para legitimar diferentes maneras de hacer investigación (cualitativa), la autoetnografía es un esfuerzo deliberado por entender los fenómenos estudiados por las ciencias sociales desde una perspectiva que no ansía la objetividad ni la distancia neutral del objeto conocido, sino que busca plasmar la subjetividad del sujeto cognoscente como prueba viva de la relación entre el individuo (y su experiencia individual) y la cultura. Según Ellis, en este subgénero “las distinciones entre lo personal y lo cultural se vuelven borrosas”.³³

La búsqueda siempre apunta a hacer un aporte al conocimiento, tomando como punto de partida la imbricación entre lo contextual y lo personal. El fin es *comprender* los fenómenos sociales desde una perspectiva que demanda del investigador una reflexividad y un autoanálisis permanente. No se trata de escribir por escribir, y tampoco de relatar los avatares de la propia vida (en ese caso estaríamos pensando en un género más bien autobiográfico). Hacer autoetnografía es producir conocimiento de una manera diferente y con herramientas distintas a las que estamos acostumbrados, pero pensando siempre en hacer un aporte al campo científico.

³² Ibídem, pág. 264.

³³ ELLIS, C., “An autoethnographic response to critics”, *International Review of Qualitative Research*, 2(3), 2009, pág. 673.

Esta relación entre lo individual y lo social no se piensa en equilibrio o inmovilidad. La autoetnografía es un diálogo que se logra a partir de la reunión entre investigación, escritura y método.³⁴ Describe un mundo en estado de movimiento y cambio constante que vincula la historia y el contexto, el lector y el autor.

Según Holman Jones, la autoetnografía “crea momentos cargados de claridad, conexión y cambio”.³⁵ Es por ello que un relato autoetnográfico debe incluir la emoción, la acción, la introspección, la conciencia de sí mismo y el propio cuerpo, a la vez que requiere el uso de un estilo de comunicación narrativo-literario.

Según Feliú, escribir autoetnografía demanda algunas prácticas específicas. Estas son, entre otras, romper la distancia emocional, promover la polifonía, remarcar el carácter ficcional del texto, recuperar las interacciones entre los informadores y el investigador, borrar los límites disciplinares, explicitar los procesos de elaboración y las relaciones de poder, reflexionar y mostrarse vulnerable.³⁶ Según Richardson, se busca abandonar la escritura habitual “hecha por nadie y desde ningún lugar, a favor de una escritura en la que el investigador se implica y se responsabiliza personalmente de los procesos que describe”.³⁷

Este es un género que exige el habla en primera persona. El investigador se muestra, expone sus sentimientos, sus temores, sus propias experiencias, convirtiéndose así en un agente social semejante a aquel que observa.

La autoetnografía se basa en una perspectiva epistemológica que sostiene que la vida de un individuo “puede dar cuenta de los contextos en los que vive la persona en cuestión, así como de las

³⁴ ELLIS, C. y BOCHNER, A., “Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity. Researcher as Subject”, en DENZIN, N. y LINCOLN, Y. (eds.), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Walnut Creek, California, Sage, 2003.

³⁵ HOLMAN JONES, S., “Autoethnography: making the personal political”, en DENZIN, N. y LINCOLN, Y., *Collecting and interpreting qualitative materials*, Thousand Oaks, 3ra edición, California, Sage, 2008, pág. 207.

³⁶ Retomaré las estrategias mencionadas en el último apartado del capítulo.

³⁷ FELIU, J., “Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía”, op. cit., pág. 270.

épocas históricas que recorre a lo largo de su existencia”³⁸ En este sentido, el formato autoetnográfico ofrece la oportunidad de mostrar cómo lo social se encuentra depositado en el cuerpo y es un modo privilegiado de capturar el sentido que los agentes sociales otorgan a sus prácticas. La autoetnografía permite comprender de una manera sensible el significado de lo que la gente siente, piensa y hace.³⁹

Por otra parte, la autoetnografía acorta las distancias entre el lector y el autor en la medida en que un texto de estas características permite una lectura más amigable, de experiencia grata y comprensible. El lector novel, en lugar de verse expulsado por la intrincada escritura científica tradicional, es llamado a introducirse en un relato entretenido, vívido, que lo impacta intelectual y emocionalmente.⁴⁰

La autoetnografía es invitante y genera interés por nuevos aspectos de la realidad social, que se ven plasmados en la narración desde una perspectiva más humana y creíble, y abre las puertas de los hallazgos académicos a quienes deseen entrar. Esto naturalmente, como señala Denzin, tiene consecuencias políticas.

Esta modalidad de reflexión y escritura tiene como característica poner en evidencia las experiencias personales de quien escribe, es decir, el investigador, quien se ve obligado a abandonar su puesto de observación privilegiado (y fundamento de su poder) para exponer sus debilidades y fallos. Esto puede resultar un ejercicio muy complejo para quienes hemos aprendido que, como científicos, debemos escondernos tras una máscara de objetividad y neutralidad, a distancia prudencial de casi cualquier cosa (me refiero a los peligros que acechan en nuestro complejo campo social).

La incomodidad que genera este tipo de exposición se pone en evidencia en los comentarios que hace Bourdieu en relación a la recepción de su obra *Homo Academicus*. En este libro, el autor se ocupa de estudiar, desde la perspectiva de la objetivación participante, el campo constituido por las instituciones académicas en

³⁸ BLANCO, M., “Autobiografía o autoetnografía?”, op. cit., pág. 170.

³⁹ ELLIS, C., “An autoethnographic response to critics”, op. cit.

⁴⁰ FELIU, J., “Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía”, op. cit.

Francia, dedicándose a objetivar a quienes usualmente objetivan (los científicos).

En su trabajo, pone en evidencia las estructuras objetivas del espacio social y las redes de relaciones en las que los investigadores están inmersos, reflexionando sobre su propia trayectoria personal. Bourdieu señala que *Homo Academicus* “devela, y divulga, por una transgresión que toma aires de *traición*,⁴¹ las estructuras objetivas de un microcosmos social del cual el investigador es él mismo parte”.⁴²

La traición de la que Bourdieu habla no es ni más ni menos que la exposición de la lógica de funcionamiento de un espacio social interesado en permanecer oculto con el fin de conservar intactos sus mecanismos de objetivación de la realidad. Cuando se arroja luz sobre las condiciones objetivas, las reglas de funcionamiento y las estrategias de conservación dentro de la lógica de la producción científica, los interesados se incomodan como un mago se incomodaría ante la idea de develar sus trucos al resto de los mortales.

Es por ello que la autoetnografía es objeto de pasiones encontradas: en primer lugar, el mismo sistema académico se ocupa de cuestionar a aquel que se aleja del camino legitimado con el fin de proteger un funcionamiento que garantiza la reproducción de las metodologías dominantes (acusándolo de manera más o menos evidente de ingenuo, profano, narcisista, entre otros insultos específicos). Y en segundo lugar, porque, amenazado por la posibilidad de rechazo (y hasta la expulsión), no cualquier académico se permite una autoexposición consciente, en la que se ve comprometido a explorar de manera crítica sus propias prácticas investigativas.

Desde mi punto de vista, hacen falta más valientes, que se animen a ingresar en los laberintos de la subjetividad, para poder comenzar a desacralizar los viejos mecanismos de la producción de las ciencias sociales. Pero la deconstrucción de las viejas estructuras siempre ha sido ardua y dolorosa y en el mundo académico, no lo es menos.

⁴¹ Las cursivas son añadidas.

⁴² BOURDIEU, P., «L'objectivation participante», op. cit., pág. 90.

A continuación me referiré a los tres capítulos que incluyen autoetnografías en este libro, retomando algunos criterios mencionados en los apartados previos.

Trayectorias de lectura y relato autoetnográfico

Adriana Gil-Juárez, Joel Feliú y Carlos Silva prestaron sus voces a este libro para escribir sobre sus recorridos como lectores, y para compartir el recuerdo de dolores y alegrías de sus infancias y juventudes. Cada uno trazó una historia en primera persona, en la que enfatizó diferentes momentos de su trayectoria lectora. Además, los tres reflexionaron sobre los hilos que fueron tejiendo sus subjetividades, en tanto obstáculos, limitaciones, oportunidades y logros.

Los autores se concentraron en un devenir vinculado a la práctica de la lectura que en alguna dimensión les permite reflexionar (y explicar) quiénes son hoy. Se *entregan* en la escritura de los textos, cumpliendo con una premisa básica de la autoetnografía, que es la de abandonar el puesto de vigía objetivo y neutral, y adentrarse en el terreno de lo individual y emotivo.

Se expusieron ante los lectores como sujetos sensitivos y sufrientes, constreñidos por sus propias experiencias vitales. Hicieron esfuerzos evidentes por relacionar sus individualidades con el mundo exterior que albergó sus infancias y juventudes, vinculando sus sensaciones personales con las condiciones objetivas de existencia que gestaron sus trayectorias.

Estos textos son, como toda recomposición de los recuerdos del pasado, en buena parte una ficción.⁴³ Se mezclan elementos del pasado, fragmentos de libros, fotos, viñetas, voces familiares y propias, y a la vez se recuperan conceptos teóricos, aunque no sean explicitados de la manera en que lo exige el código académico. Las voces se entremezclan e invitan al lector a sumar sus propias memorias del pasado, del presente y de otras personas (los padres, los

⁴³ FELIU, J., “Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía”, op. cit.

amigos, los profesores). Así, la escritura autoetnográfica borra los límites de tiempo, espacio, autor y lector.

En los escritos autoetnográficos referidos a algún tipo de experiencia investigativa, la búsqueda es borrar los límites entre el sujeto cognoscente y el sujeto conocido.⁴⁴ Se genera así un diálogo que involucra a quien escribe, no como aquel que observa desde lejos, sino como quien está (¡indudablemente!) situado en la acción que estudia.

La ruptura de la distancia emocional que propone Feliú en su texto de 2007, como modo de acercarse a los sujetos que son objeto de la investigación, así como a los lectores, se observa en los tres relatos presentados. Allí, Carlos, Adriana y Joel dan cuenta de sus sensaciones, temores y dudas, y se tornan vulnerables ante la mirada de quien los observa: los roles tradicionales se invierten, y quien observa se ve observado.

Mostrándose en sus ámbitos privados como seres sensibles, los autores rompen con una norma clásica que rige el trabajo científico; aquella que apunta a la objetividad, la neutralidad y la distancia psicológica.⁴⁵ Los textos hablan de cómo la lectura contribuyó a constituir la subjetividad de sus autores, orientando sus gustos e inquietudes, y resultando en consecuencias de vida muy concretas.

Por ejemplo, resulta iluminador el relato de Carlos, en el que explica cómo la explicación de su profesora sobre los modos de interpretar *La Metamorfosis* lo transforma a él mismo (haciendo un paralelismo inequívoco con Gregorio Samsa). También la vivencia de Adriana, de tener que ocultar de sus padres sus libros políticos tras unos inocentes cobertores de ositos y corazones. La lectura los transformó, y en esta transformación pueden leerse desgarros y encuentros, dolores y alegrías.

La ruptura con la objetividad y la distancia emocional se pone en evidencia cuando los autores explicitan procesos por los cuales llegaron a pensar como piensan, o a ser como son. Un autor que opta por la autoetnografía está convencido de que debe realizar este

⁴⁴ Ibídem.

⁴⁵ Ibídem.

ejercicio de apertura y sinceramiento, aun cuando ciertas explicaciones puedan resultar en críticas u observaciones que vayan más allá del texto, modificando la mirada de los lectores sobre quien escribe.

Un ejemplo de lo dicho en el párrafo anterior se encuentra en el capítulo de Carlos. Allí cuenta (¡casi confiesa!) cómo fue su particular acercamiento al comunismo. Recuperamos aquí un fragmento:

Yo no llegué al mundo comunista por la vía de la búsqueda personal ni por la experiencia encarnada de la injusticia social. Llegué allí porque me gustaba una muchacha y ella, mucho más madura que yo, leía esos libros de los que hablé en el párrafo anterior.

Lo mismo ocurre con Joel, cuando se refiere a sus propias limitaciones en el campo de la escritura. A pesar de *saber que está siendo observado* (por los colegas que contribuimos en este volumen, los editores, otros colegas y sus propios alumnos), él se autodefine como un autor de escritura simplista, a quien le produce pereza buscar la precisión, el rigor y la erudición. Esta exposición de lo que él considera sus limitaciones, lo obliga a descender del glorioso pedestal de la academia tradicional, ubicándolo en una posición en la que se vuelve *humano*.

La capacidad de *dejarse ver* puede tener un efecto que otros textos académicos no tienen, y es que el relato de quien escribe sea más creíble y resulte mucho más rico que aquel que se oculta tras las estructuras sagradas de la cientificidad canónica. El texto es entonces producido como una narración fluida e interesante, se vuelve rico y entretenido, y permite el acceso a lectores que no necesariamente provienen del campo científico.

De esto se trata la escritura autoetnográfica: de permitirse la observación de las propias fortalezas y debilidades, y presentarlas como parte del análisis realizado sobre aquel tema en el que estamos trabajando. Así, nuestro aporte académico gana en dimensiones, se vuelve más complejo, y nos obliga a revisar nuestra producción intelectual una y otra vez.

La escritura autoetnográfica también nos obliga a revisarnos a nosotros mismos durante todo el proceso de producción de sentidos. Los relatos de Adriana, Joel y Carlos, por ejemplo, muestran sus esfuerzos por regresar al pasado, estimular la memoria y reflexionar sobre sus propios procesos subjetivos, para saber quiénes son y cómo ven el mundo y, desde allí, poder avanzar sobre sus propias interpretaciones de la realidad. La autoetnografía resulta un camino ideal para despertar en uno mismo, y en quien lee, evocaciones y sensaciones.⁴⁶

Ahora bien, si nos detuviésemos estrictamente en las dimensiones metodológicas (siempre provisionarias) que definen a la autoetnografía como género, coincido con la observación final del capítulo de Joel en la que señala que su texto no es estrictamente autoetnográfico. Y quizá, tomando su reflexión, esto mismo podría extenderse a los escritos de Adriana y Carlos, pues no están específicamente basados en una búsqueda analítica en un marco científico más amplio, y por ello resulta complejo encontrar el vínculo para comprender relacionamente lo cultural con lo individual.

Sin embargo, creo que los capítulos tienen el gran valor de arrojar luz sobre muchos de los aspectos que tienen que ver con los caminos que llevan a la escritura autoetnográfica, y que abren la puerta a un análisis que se extiende a infinidad de campos, a la vez que se invitan a profundizar en detalle muchos de los aspectos mencionados como parte de las trayectorias de los autores.

Decidir si un texto es autoetnográfico o no ha sido uno de los ejes de debate en este capítulo. La realidad es que es la urgencia de la legitimación decimonónica la que presiona hacia la generación de una definición inequívoca de la autoetnografía. Las críticas hacia el género hablan de ello.⁴⁷

Pero la autoetnografía se resiste a esa definición, en primer lugar, por ser un enfoque en pleno desarrollo (y sin urgencia de tantas precisiones); en segundo lugar, por ser un género aún borroso (rechazo aquí la expresión de Wacquant al señalarlo como “mal defi-

⁴⁶ ELLIS, C., “An autoethnographic response to critics”, op. cit.

⁴⁷ *Ibidem*.

nido”) y, en tercer lugar, porque, precisamente, persigue poner en cuestión aquellas definiciones canónicas que pretenden cristalizar las respuestas a una serie de eternas preguntas. Y estas preguntas son: ¿cuál es la naturaleza del conocimiento?, ¿cómo debe ser la relación entre el sujeto cognoscente y el sujeto conocido?, ¿cómo compartimos nuestros hallazgos?, ¿a quiénes?, ¿qué efectos tiene nuestra práctica científica?⁴⁸

Por mi parte, aún no estoy segura de que la autoetnografía sea la mejor manera de hacer ciencias sociales. Tampoco me resulta sencillo decidir cuáles son sus márgenes. Creo que es mucho lo que resta experimentar y aprender en este sentido, así como en todos los aspectos que tienen que ver con la aplicación de diferentes metodologías. Coincido con Denzin cuando señala que necesitamos “una comunidad metodológica y ética que respete y celebre la diversidad paradigmática y metodológica”.⁴⁹

Con los cambios sociales, es esperable que devenguen cambios en los modos de interpretar el mundo. Es por ello que creo firmemente que las ciencias sociales tendrían muchísimo más para aportar si se permitieran tomar distancia de las viejas estructuras, cuestionarlas y repensarlas, en función de comprender que algunas de las metodologías tradicionales se anquilosan, y comienzan a fallar en explicar aquello que estudian. La autoetnografía puede ser o no uno de los caminos posibles, pero al menos tiene como objetivo la deconstrucción de prácticas culturales y metodológicas, persiguiendo una sociedad más igualitaria, democrática y justa.⁵⁰

Bibliografía

BLANCO, Mercedes, “Autobiografía o autoetnografía?”, *Desacatos*, número 38, 2012.

⁴⁸ HOLMAN JONES, S., “Autoethnography: making the personal political”, op. cit.

⁴⁹ BLANCO, M., “Autobiografía o autoetnografía?”, op. cit., pág. 177.

⁵⁰ DENZIN, N., “Analytic autoethnography, or déjà vu all over again”, op. cit.

BOURDIEU, Pierre, *Homo Academicus*, Barcelona, Siglo XXI, 2008.

BOURDIEU, Pierre, «L'objectivation participante», *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 150, 2003.

DENZIN, Norman, “Prólogo”, en MERLINO, Aldo, *Investigación cualitativa en ciencias sociales: temas, problemas y aplicaciones*, Buenos Aires, Cengage, 2009.

DENZIN, Norman, “Analytic autoethnography, or déjà vu all over again”, *Journal of Contemporary Ethnography*, 35(4), 2006.

DENZIN, Norman y GIARDINA, Michael, *Qualitative inquiry and the politics of evidence*, Walnut Creek, California, Left Coast Press, 2009.

ELLIS, Carolyn, “An autoethnographic response to critics”, *International Review of Qualitative Research*, 2(3), 2009.

ELLIS, Carolyn y Arthur BOCHNER, “Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity. Researcher as Subject”, en DENZIN, Norman & LINCOLN, Yvonna (eds.), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Walnut Creek, California, Sage, 2003.

FELIU, Joel, “Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía”, *Athenea Digital*, número 12, 2007.

FINE, Gary, “Review of Loïc Wacquant, Body and Soul: Notebooks of An Apprentice Boxer”, *American Journal of Sociology*, 110(2), September, 2004.

HOLMAN JONES, Stacy, “Autoethnography: making the personal political”, en DENZIN, Norman y LINCOLN, Yvonna, *Collecting and interpreting qualitative materials*, Thousand Oaks, California, Sage, 3ra edición, 2008.

WACQUANT, Loïc, “Chicago Fade: volver a poner el cuerpo del investigador en juego”. *Astrolabio Nueva Época*, Número 9, 2012.

WACQUANT, Loïc, “Conexiones carnales: sobre corporización, aprendizaje y experiencia”. *Revista Pensar. Epistemología, Política y Ciencias Sociales*. Números 3 y 4, 2008-2009.

WACQUANT, Loïc, *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

WACQUANT, Loïc, "Scrutinizing the Street: Poverty, Morality, and the Pitfalls of Urban Ethnography", *American Journal of Sociology*, 107(6), 2002.

Encontranos en



www.eduvim.com



[eduvim](https://www.facebook.com/eduvim)



www.eduvim.com/blog



[@eduvim](https://twitter.com/eduvim)



[editoriaLeduvim](https://www.instagram.com/editoriaLeduvim)

Buscanos en

Librería Universitaria Centro

Chile 253 - Villa María (Cba.) CP 5900

☎ +54 (353) 4539145

Librería Universitaria Mediateca

Av. Sabattini 40 - Villa María (Cba.) CP 5900

☎ +54 (353) 4539118

Librería Universitaria Campus

Arturo Jauretche 1555 - Villa María (Cba.) CP 5900

librecampus@gmail.com

Librería Universitaria Córdoba

Félix Frías 60 - Córdoba Capital - CP 5004

libreriauniversitaria.cba@gmail.com

☎ +54 (351) 4265713

Librería Universitaria San Francisco

Trigueros 151 - San Francisco (Cba.) CP 2400

libreriauniversitariacusf@gmail.com

Librería Universitaria Villa del Rosario

Ríoja 730 - Local 3 - Terminal de Ómnibus - Villa del Rosario (Cba.) CP 5963

luvilladelrosario@gmail.com

Distribuidora Córdoba

ventaseduvimcba@gmail.com

☎ +54 (351) 4265713

Distribuidora Tramas

Piedras 575 - Planta Baja (CABA)

Contacto: Silvia Barrios - silfeba@gmail.com

☎ +54 9 (11) 53277306 / +54 (11) 43454774

Los autores de este libro asumen una posición materialista, pensando el libro como objeto, atendiendo a la trama de relaciones por donde circula y anclando los fragmentos biográficos en su contexto. Este enfoque es claramente interpretativista pero al mismo tiempo –y aunque parezca paradójico– anti-humanista, bajo inspiraciones deleuzianas y latourianas, como antídoto ante la suposición fácil de que la condición humana es siempre y completamente la misma. Es una cosecha dispar de fragmentos de una teoría en construcción, impresiones, interrogantes, estímulos, enigmas, sugerencias. Algunas ideas, pocas respuestas, ninguna receta.



ISBN 978-687-699-343-2

